

ANTILIADOS

LA LLAMADA
DE LA NOCHE
NOCTURNOS 1



D.J.57

LA LLAMADA
DE LA NOCHE

NOCTURNOS I

ANTILIADOS



Primera edición: Marzo 2019

Diseño de la colección: Valen Bailon

Corrección morfosintáctica y estilística: Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta: Adobe Stock

Del diseño de la cubierta: ©Munyx Design

Maquetación del interior: ©Munyx Design

Del texto: Antiliados

www.editorialvanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2019

Editorial Vanir

www.editorialvanir.com

valenbailon@editorialvanir.com

Barcelona

ISBN: 978-84-949846-5-5

Depósito legal: B-7511-2019

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

AGRADECIMIENTOS

Este es el momento en el que un autor se sincera y habla con voz propia para, quizás, intentar dejar constancia de todas esas personas que le han dado ánimos para continuar con su objetivo: su sueño de escribir.

Pues bien, aquí estoy, dando las gracias a todas esas personas que han creído que mis letras les harán reír, llorar, sentir o amar. Gracias especialmente a mis lokit@s. Sois geniales, nunca me cansaré de decíroslo.

A mi hija, por supuesto. Me alegro mucho de que compartamos el mismo sentimiento hacia los libros.

No me puedo olvidar de Valen Bailon y Esme Gonzalez, por confiar en esta loca soñadora. Mil gracias.

Ahora, disfrutad de la lectura y dejad que *La llamada de la noche* os haga viajar con sus personajes.

Prólogo

Era imposible continuar, Amanda corría con las pocas fuerzas que le quedaban en el cuerpo tras llevar cerca de cuatro horas huyendo de su destino. La respiración se le entrecortaba con cada paso que daba, pero la desesperación por alejarse lo máximo posible de allí era lo que la motivaba a continuar.

Jamás se le había pasado por la mente que su vida daría ese giro inesperado al conocer a James dos meses antes. Y mucho menos se imaginó el secreto que la familia Lowell guardaba a ojos del mundo en los alejados e inhóspitos bosques de Alaska; pero eso no era lo que más la angustiaba.

El sudor le recorría la espalda y el frío comenzaba a ser un problema. Las temperaturas en esa latitud bajaban a pasos agigantados al anochecer. Sin embargo, gracias a la luna llena y al cielo despejado era capaz de discernir dónde debía pisar sin caerse.

Dando un paso tras otro, mientras sentía cada latido de su corazón como un martilleo constante en los tímpanos, miraba a su espalda preocupada. Sus perseguidores no cesarían en darle caza, así como los osos del lugar, pero a estos últimos no les temía tanto. Debía proseguir con la marcha o su vida acabaría antes de lo esperado.

Se adentró en una zona frondosa, apartando ramas con las palmas de las manos e intentando no hacerse daño en el proceso. Acto seguido, el ruido de pisadas la sobresaltó.

¡Estaban cerca! Debía apurarse.



I

Dos meses antes.

Como cada mañana, el señor Lowell, Billy, se levantó antes del amanecer para cortar leña y así encender un fuego en la chimenea de la cabaña en la que vivía con su querida familia.

Sabía que sus hijos no tardarían en levantarse, y creía que calentar el agua con la que asearse ayudaría un poco ante la dura jornada que tenían por delante. Tocaba reabastecer la pequeña despensa; el invierno estaba acechando y debían prepararse para el cambio drástico que eso supondría.

Billy amaba a su familia por encima de todas las cosas, e intentaba demostrarlo realizando pequeños gestos que su mujer, Ely, apreciaba. La decisión de alejarse del bullicio de una ciudad, por amor, había sido un acuerdo al que ambos habían llegado debido a la negativa de su *clan* a aceptarla como una más. No obstante, en su interior siempre recordaría el sacrificio que su amada había realizado para quedarse a su lado.

Demasiados años habían pasado desde aquello y Billy seguía alerta por lo que pudiera suceder. Debía proteger a su familia, por ese motivo no se fiaba de nadie.

Había establecido tres reglas muy sencillas que todos debían acatar: no relacionarse con desconocidos, nunca desvelar la ubicación de su hogar y, por último, pero no por ello menos importante, jamás desvelar su secreto.

Cuando nació su primogénito Matt, se propuso crear un lugar apacible y autosuficiente donde criarlo. No fue fácil; las temperaturas en invierno en esas latitudes, sin un techo en el que cobijarse, eran demasiado alarmantes. Bien es cierto que disponía de herramientas básicas para emprender su nueva vida: un hacha, una sierra, pico y pala para trabajar... Pero cavar en tierra helada era una tarea complicada incluso para él. Y pese a que tardó más de lo que imaginaba en conseguirlo, al final lo logró.

El tiempo pasó con rapidez y el resto de la manada fue creciendo. Para el siguiente verano llegó James, al que lo sucedieron, dos años más tarde, Jay y Calvin. A Billy, el parto de los gemelos le causó un temor enorme porque su mujer tuvo que alumbrar en mitad de la naturaleza sin la ayuda de un especialista. Sí, ya había pasado por ello en dos ocasiones, pero el peligro al que se exponía Ely en esa ocasión era mayor.

Sin embargo, pese a creer que perdería a su adorada esposa en el proceso, su mujer superó la agonía de las catorce horas que duró el parto, y los pequeños nacieron sanos.

Tras esa experiencia, el patriarca se mantuvo firme ante la decisión de no tener más descendencia; no imaginaba la vida sin su otra mitad. Era un sentimiento demasiado amargo como para contemplarlo. Pero el destino quiso que Amber llegase de forma inesperada, y con ella la rutina dejó de existir.

Volviendo al presente, el hombre aparcó los recuerdos en su memoria al entrar en la cabaña cargando la leña. La dejó caer a los pies de la chimenea y se sacudió, como si de un perro se tratase, los copos de nieve que llevaba en el pelo. Iba a encender el fuego cuando el aroma inconfundible del desayuno inundó sus fosas nasales. Cerró los ojos un instante y se deleitó del momento; sin duda alguna, su esposa era una excelente cocinera. Se apresuró en acudir a la cocina, o lo que usaban como tal, pues lamentaba no poder ofrecerle a Ely electrodomésticos modernos para facilitar su día a día, aunque ella nunca se hubiese quejado de ello.

La vida de los Lowell se asimilaba más a la de los primeros pioneros que a una familia del siglo veintiuno. Su alimentación estaba basada en lo que la naturaleza les otorgaba; su ropa, fuera de moda, la habían conseguido en el pueblo más cercano, al que Billy acudía una vez al año para abastecerse de las provisiones que en el bosque les era imposible adquirir; y el vecino más próximo que tenían vivía a unas setenta millas de distancia.

Ely sintió la presencia de su marido incluso antes de que le rodeara con ambos brazos su estrecha cintura. Depositó un beso tierno en su sien y ella sonrió llena de júbilo.

Al girarse se quedó observando a su esposo un instante; era un hombre fuerte y corpulento, lleno de energía y vitalidad. Tenía el mismo aspecto físico que cuando se habían conocido, exceptuando la barba que ahora poblaba su mandíbula cuadrada y angulosa.

—¿Te he dicho hoy cuánto te amo? —le preguntó Billy acercando sus labios a los de la mujer que idolatraba.

—Solo una vez —aseguró ella, conociendo de sobra lo siguiente que él le diría.

—Inaceptable. Te mereces más, siempre más —reconoció él antes de besarla—. Se acerca un cachorro... —anunció, alejándose con pesar.

—¡Me muero de hambre! —exclamó el muchacho para, acto seguido, sentarse a la mesa.

—Eres un pozo sin fondo, Jay. ¿Dónde están tus hermanos?

No dio tiempo a que el hijo contestase a su madre; el resto del *clan* Lowell entró de repente y, uno por uno, fueron depositando un beso en la mejilla de Ely.

La matriarca amaba con todo su corazón a sus hijos, pero en el fondo se sentía culpable. Sabía que en el lugar donde se encontraban jamás encontrarían a sus respectivos acompañantes de vida. ¡Y no era justo!

Se fijó en cada uno de ellos con una sonrisa en el rostro. Matt, el mayor, era una mezcla perfecta de ambos. Era alto y fuerte como su padre, pero había heredado de ella el cabello castaño y los ojos azules.

James, sin embargo, pese a ser igual de alto que su hermano, no era tan robusto; tenía un aspecto más bien atlético debido a que siempre estaba saltando y corriendo por todas partes. Poseía una mirada astuta y llena de picardía.

Los gemelos eran físicamente iguales, ambos de pelo moreno, con los ojos verdes como el padre e igual de fuertes que él. Sin embargo, existía una peculiaridad que los distinguía. Calvin tenía una mancha de nacimiento en el cuello que Jay no compartía. Eso, sin contar que sus personalidades eran muy distintas.

La pequeña Amber, siendo la más joven, era sin duda alguna la más audaz e intrépida de todos. Su hermosa melena rubia destacaba sus facciones de muñeca. Era una chica menuda que se encontraba a las puertas de convertirse en toda una mujer, y eso era un tanto incómodo para sus hermanos, dado que cada cierto tiempo realizaba preguntas a las que no estaban preparados para responder.

Justo antes de que se sentaran a la mesa de madera, la madre frunció el ceño y le echó una mirada llena de complicidad a su esposo. Puede que vivieran alejados de la civilización, pero no iba a permitir que sus hijos se comportaran bajo su techo como unos salvajes sin modales.

—Chicos —anunció Billy con voz profunda para llamar la atención de todos ellos—, debéis asearos antes de comenzar el desayuno. He ido a por leña, podéis esperar a que se caliente un poco el agua y...

—¿¡Quién se viene al río!?! —articuló James sin perder tiempo.

Casi no le dio tiempo a escuchar las quejas de su hermana requiriendo que la esperase, porque eran tantas las ganas que tenía de sentir el aire golpeando su rostro, que no le dio importancia. Recorrió la distancia en menos de cinco minutos; el latido de su corazón bombeaba con fuerza con cada zancada que avanzaba. Agudizó el oído percibiendo el sonido del río y alzó el mentón en la dirección que soplaba el viento; el aroma del bosque era reparador. Llenó sus pulmones de oxígeno, dándose cuenta de que sus hermanos le pisaban los talones, y aceleró el paso. No iba a dejar que le ganasen.

Al llegar a la orilla se desprendió de la poca ropa que llevaba, y los primeros rayos del alba bañaron su torso marcando los músculos de su cuerpo. Entrando en las aguas gélidas del río, usó las manos como recipiente para mojarse el cabello. Sonrió victorioso al darse cuenta de que había sido el primero en llegar.

Las voces de sus hermanos los situaban muy cerca; por ello, aprovechó para zambullirse tranquilamente antes de que llegasen. Cuando emergió, algo llamó su atención. El curso del río arrastraba consigo algo... ¿O era a alguien?

Entrecerró los ojos y esperó a que la corriente hiciera el trabajo por él. Aguantó lo que parecía una eternidad hasta que al fin tomó la decisión de moverse. Cuando se dio cuenta de que era una persona la que estaba siendo empujada por la corriente, se sumergió sin pensarlo dos veces y nadó con ahínco.

El color rojo carmesí era lo único que lograba visualizar, la tela roja envolvía el cuerpo inerte del desconocido. Sujetándolo como pudo, lo llevó hasta la orilla, donde les esperaban Matt, Jay, Calvin y Amber.

Con cada bocanada de aire que daba, una nube de vaho se formaba a su alrededor. James era consciente de que acababa de infringir una de las normas que su padre había dictaminado al establecerse allí, pero algo en su interior le gritaba que estaba haciendo lo correcto, que debía ser de esa manera, y no pudo evitar obedecer a su instinto.

—Deberíamos avisar a papá —comentó Matt mientras observaba las inmediaciones con cautela.

No recibió respuesta alguna, la esencia inconfundible que desprendía el cuerpo era el de una mujer. James estiró el brazo y retiró hacia un lado parte de la tela que la cubría. Se quedó perplejo ante la belleza inaudita que tenía frente a él. Los labios de la joven estaban de un tono azulado preocupante y decidió actuar con rapidez.

La agarró con destreza y la pegó a su cuerpo. Ella parpadeó un instante y pudo vislumbrar el azul celeste de su mirada.

—¿Estás loco?! Papá te matará como la lleves a la cabaña —le reprendió su hermano mayor.

James no dudó; volteó la cabeza y gruñó, protegiendo lo que consideraba suyo.

—¡Mierda! —maldijo Calvin al entender lo que sucedía.

Mientras corría con desesperación para llegar lo antes posible a la cabaña, James apretó entre sus brazos a la muchacha. Intentó no perder la cabeza, repitiéndose una y otra vez en su interior: «Aún respira, aún respira». Se negaba a la posibilidad de perderla antes siquiera de haberla conocido.

Durante su existencia, los hermanos Lowell se habían resignado a la idea de que nunca conseguirían encontrar una pareja. Aislados, sin apenas tener contacto con nadie durante décadas, exceptuando a los suyos, creyeron que perecerían antes de que el destino les otorgara tal dicha.

Tras darle una patada a la puerta de la entrada, James entró sin contemplaciones en su hogar, llevando a la mujer lo más cerca posible de la estufa de leña rudimentaria que había construido su hermano Calvin. Frotó sus mejillas con las palmas de las manos, rogando para que respondiera.

—¿Se puede saber qué...? —irrumpió el padre en el salón, enfadado por las formas con las que su hijo había entrado. No obstante, al comprobar la postura encorvada que James mostraba protegiendo entre sus brazos a una total desconocida, se percató de inmediato de lo que acontecía—. No puede ser... —susurró.

—¡Mía! —rugió a pleno pulmón su hijo.

—¡Pá! —gritó al entrar en la estancia Jay, consiguiendo otro gruñido por parte de su hermano, quien cada vez estaba más irreconocible.

La madre apareció al oír el alboroto que su familia estaba formando y Billy abrió los brazos para impedir que se acercase.

—Lo sé, ya me he dado cuenta. Dejémosle espacio. Id a vuestro dormitorio o salid a cazar, pero no os acerquéis a él por el momento—comunicó a sus hijos con voz contundente. Luego miró a los ojos a su esposa y le dijo—: Vamos, querida, será mejor no intervenir.

—Pero... —Ely sentía la necesidad de auxiliar a su pequeño.

—No podemos hacer nada, ¿te acuerdas del momento en el que te encontré? —Los recuerdos llegaron a la memoria de Ely y esta asintió dando un paso atrás.

Al poco de quedarse a solas con la chica, James comenzó a sentir cómo sus extremidades se iban relajando. Ya no existía ninguna amenaza. Pero ¿en qué estaba pensando? ¡Ni que su familia lo fuese! No entendía por qué estaba reaccionando de esa forma.

Amanda se removió al sentir la calidez que la rodeaba. Algo no le cuadraba. El agua del río estaba congelada, el invierno acababa de dar comienzo con la llegada de las primeras nieves y el hielo no tardaría en aparecer; nada tenía sentido.

Un roce en la mejilla, una caricia en su hombro y un delicado beso en el cuello...

«¡Quieto todo el mundo!», pensó, alarmada, al percatarse de que una leve brisa tocaba su piel expuesta.

Abrió los ojos de par en par y al corazón se le saltó un latido al darse cuenta de que se encontraba entre los brazos de un hombre. Bajó la mirada por su cuerpo y retuvo el aliento antes de dar un grito al darse cuenta de que se encontraba desnuda.

—¡No te acerques a mí! —exclamó, saltando de los brazos del chico al duro suelo.

Su trasero amortiguó la caída. Nerviosa, revisó lo que la rodeaba y el miedo la invadió. ¿La habían encontrado?

—No debes preocuparte, no te haré daño —le indicó él frunciendo el ceño. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

—¡No, no, no! —gritó aterrada al ver que se aproximaba de nuevo a ella—. ¡Aléjate de mí!

James se levantó con la intención de auxiliarla; tan solo pretendía curar sus heridas y cuidar de ella.

—Te he dicho que no te haré daño —le repitió a la muchacha, extendiendo su mano con la esperanza de que aceptase.

—¡No me toques!

—¡James! —La voz profunda y autoritaria del padre se escuchó en cada rincón de la cabaña. Era una advertencia.

Soltando un gruñido, James comenzó a dar vueltas por la pequeña estancia. La lucha interna que tenía su corazón en ese instante era de tal calibre, que tardó varios segundos en bajar la mirada. Apenas advirtió la presencia de su hermano mayor, que estaba situado junto a su padre.

—Pá... —murmuró dolido, no por la reprimenda que acababa de recibir, sino más bien por la actitud que mostraba la chica hacia él.

—Lo sé, hijo, pero necesita tiempo —declaró con sabiduría. Centró su atención en la muchacha y le dijo—: Bienvenida al hogar de los Lowell, puedes llamarme Billy —Miró a su derecha—. Este es Matt, mi hijo mayor. James te encontró en el río y decidió traerte. Puede que sus métodos no sean los más ortodoxos, pero la intención es lo que cuenta.

Cuando el padre mencionó al hermano mayor, su otro hijo se puso en guardia de nuevo. Se colocó delante de la chica, tapando la visión de ambos. Estaba a nada de perder el control.

La boca de la muchacha se abrió, sin dar crédito a lo que pasaba. En parte se sentía aliviada al darse cuenta de que estaba en la casa de una familia normal. Bueno, muy normal no eran. Se habían puesto a discutir y ella seguía tal cual había llegado al mundo.

Escuchó los ruidos extraños que el chico realizaba con la garganta y decidió mantenerse quieta, abrazándose a sí misma con la intención de cubrirse los pechos con los brazos. Pero los segundos pasaban y daba la sensación de que se estuviesen olvidando de que ella estaba allí. Solo prestaban atención al demente que un rato antes la tenía entre sus brazos.

—¿Era necesario que me desnudaras?! —cuestionó agitada, recordándose.

—Era eso o morir de hipotermia —respondió el mayor, molesto por la ingratitud que mostraba la joven.

Amanda no estaba dispuesta a ofenderse por las palabras de un gorila; no era capaz de verle la cara, pero no consentiría que nadie le hablase así. Se levantó con dificultad del suelo y alzó la barbilla, altiva, harta de sentirse como una sumisa. Dio un paso al frente bajando los brazos a ambos lados de su cuerpo; si ellos no se alteraban por su condición, ella tampoco lo haría. Rodeó al chico mirándolo de reojo; tenía unos ojos verdes muy expresivos.

Se disponía a responderle a Matt cuando Ely llegó con una sonrisa en el rostro que la descuadró por completo. Se trataba de una mujer pequeña en comparación con los hombres que allí se encontraban.

—Soy la madre de estos maleducados —le dijo con voz suave, acercándose con cautela. Llevaba entre sus manos una manta y sabía que debía ser la chica quien diese el primer paso para que su hijo no se alterase más—. Toma —Le tendió la manta y añadió—: Debes

de estar agotada, te he preparado algo de comer en la cocina. Tienes que recuperar las fuerzas.

La muchacha avanzó en su dirección, y retirándole la manta de las manos, se la colocó por encima de los hombros, cubriendo de ese modo su cuerpo.

—¿Dónde está mi ropa? Me marcharé en cuanto me vista —revisó con nerviosismo cada superficie, buscándola como loca.

—Secándose junto al fuego —comentó Billy.

—¡No! —negó James volviendo a bufar.

—Tú —Ely, olvidándose por un instante de lo voluble que podía ser su hijo en ese momento tan delicado, lo señaló con el dedo—. ¿Acaso no te he enseñado nada a lo largo de estos años? ¡No se trata así a una mujer!

—Mamá, pero es que ella... —La voz lastimera de James conmovió por un instante a la chica.

—¡Pero es que nada! Ahora deja que la niña descanse —le indicó.

Ella tenía sus dudas sobre aceptar la hospitalidad de la mujer, debido a que la experiencia le había enseñado a no confiar en nadie. Viendo a su alrededor el panorama que se había formado en el salón, decidió seguirla, no sin antes fulminar con la mirada tanto a Matt como a James.

Tras sentarse en una de las sillas más próximas a la puerta, esperó a que la mujer fuera la primera en hablar. Se llevó la palma de la mano a la cabeza porque le dolía. Ely tomó asiento a su lado y comenzó a limpiarle el rostro con un paño caliente. Por un segundo la nostalgia la invadió, pero se repuso con rapidez. No podía mostrar debilidad, debía tener presente su objetivo.

—Cuéntame, ¿qué te ha sucedido para terminar en el río?

—No... no lo recuerdo —mintió.

—Vaya, ¿recuerdas tu nombre?

—Soy Amanda.

—Encantada de conocerte —Sonrió.

—¿Tienen un teléfono o un vehículo para desplazarse?

Ely negó con la cabeza mientras continuaba limpiándole las heridas.

Pese a lo afectuosa que la mujer se mostraba con ella, decidió ser precavida respecto a lo que podía contar. Intentó sonsacarle la ubicación en la que se hallaban, pero solo recibió evasivas.

—No debes preocuparte por eso, aquí te cuidaremos bien —Amanda apretó los labios enfurruñada.

Necesitaba salir de allí lo antes posible, y si debía ganarse la confianza de los Lowell para conseguirlo, lo haría.



II

Los Lowell, como se denominaban a sí mismos, parecían una familia encantadora. Tanto Billy como Ely se estaban portando con amabilidad, una actitud que agradecía Amanda, teniendo en cuenta el pasado que había vivido hasta ese instante. Sin embargo, en lo único que podía pensar era en cuánto tiempo duraría esa situación. Conocía de sobra que las apariencias solían engañar y que no debía confiarse.

Después de tomarse el brebaje que Ely le había preparado para que entrase en calor, y de colocarse rápidamente un jersey y un pantalón vaquero que le había prestado para que no enfermase, mientras vigilaba que nadie entrase en la cocina, dirigió su mirada hacia el ventanal. Era cuestión de tiempo que diesen con ella, debía marcharse lo antes posible porque el riesgo era demasiado elevado. Y eso no era justo para ellos.

La mañana se le hizo cuesta arriba, ya que las preguntas que le realizaban eran demasiado difíciles de responder: «¿De dónde eres? ¿Qué te pasó? ¿Tienes familia?».

¿Cómo podía responderles sin levantar sospechas y sin ponerles en peligro? La mejor opción era mantenerse distante y no dar muchos detalles sobre su pasado, presente, o el incierto futuro que se le presentaba.

Consiguió que dejaran de insistir al comprobar que no cedía ni un ápice.

Durante ese pequeño lapso de tiempo que llevaba en el hogar de los Lowell, llegaron el resto de los hijos que le quedaba por conocer.

La hija pequeña, Amber, no dejó de parlotear describiéndole lo emocionante que era que ella estuviese allí, ya que, además, gracias a su presencia ya no se sentiría en minoría.

Le costó descubrir el truco para diferenciar a los gemelos, hasta que se fijó en la mancha de nacimiento que mostraba Calvin en el cuello, y se fijó en que Jay era el más risueño de los dos.

A diferencia de estos últimos, Matt se mostró desconfiado. Realizaba una serie de gestos con las manos que eran respondidas por el resto, por lo que intuyó que sería una especie

de lenguaje de signos que solo ellos comprendían. Pero ¿para qué hablar de esa manera frente a ella? ¿Acaso escondían algo?

De vez en cuando miraba de reojo a James. Sentía curiosidad por la actitud que mostraba el chico, pues era sin duda alguna el más temperamental. Gruñía y murmuraba frases sin sentido por lo bajo, mientras se paseaba dando vueltas por la cabaña sin parar. En el fondo sabía que debía reconocerle el mérito de haberla rescatado de las gélidas aguas en las que probablemente habría perecido, pero Amanda hacía mucho tiempo que había dejado de pronunciar la palabra *gracias*. Por eso, primero tuvo que mentalizarse y, pasados unos minutos, inhaló con fuerza antes de hablar.

—Gracias —pronunció con dificultad—, pero debo irme —informó mostrando una sonrisa forzada al arrastrar la silla mientras se levantaba.

—¡No! —gritó James dando un paso al frente que la asustó.

El rostro del chico mostró arrepentimiento; sin embargo, eso no podía afectarla. Debía... Tenía que alejarse cuanto antes de ese lugar por el bien de todos.

—A lo que se refiere mi hijo es... —intervino la madre—. ¿A dónde vas a ir, querida?

—Depende —respondió nerviosa—, ¿cuál es el pueblo más cercano?

—Estamos demasiado alejados para permitir que te marches sola. Además, el invierno acaba de comenzar; no es conveniente que recorras tantas millas de distancia en esta época del año —Billy, pragmático como de costumbre, le expuso la realidad con franqueza.

—Pero... —quiso rebatirle ella.

—Amanda, te propongo un trato —mencionó su nombre y ese detalle consiguió su atención—. Puedes permanecer en nuestras tierras hasta que termine la temporada y luego... Bueno, luego ya veremos qué podemos hacer para ayudarte —le planteó.

Dudó qué contestarle, sopesando los pros y contras, mientras escuchaba de fondo las quejas de James. Según lo que le había comentado Amber, pocas personas conocían esa ubicación. Puede que funcionara.

—Por supuesto que debe quedarse —farfullaba el chico por lo bajo.

«¿¡Qué demonios le ocurre a ese chico!?!», pensó al oírlo.

—Está bien, me quedaré un tiempo —declaró con reticencia.

Exaltada, Amber agarró de la mano a Amanda y la llevó por cada rincón de la casa. Ella se dejó guiar sin apenas protestar, ¿acaso tenía otra opción?

La cabaña disponía de dos plantas. Su distribución consistía en una cocina, el salón y el dormitorio de los señores Lowell, que se encontraban en la planta baja, y en el piso de arriba el resto de las habitaciones: una para Amber, otra para Matt, la tercera para James, y por último, una cuarta que compartían los gemelos. Sin embargo, «¿dónde demonios se encontraba el baño?». Desechó la primera idea que le llegó a la mente. Era cierto que

hasta ese instante no había vivido con demasiadas, o más bien con ninguna comodidad, pero el hecho de imaginarse tener que salir para... bueno, para eso, era cruel, muy cruel.

Amanda dio por sentado que esa noche compartiría habitación con la muchacha, dado que fue la primera estancia que le mostró. Agotada por el alboroto y la energía que desbordaba Amber, decidió que tantear los alrededores en soledad la ayudaría a mitigar los nervios.

—No me alejaré mucho, tan solo necesito despejar la mente un poco —le indicó a la rubia.

—Será lo mejor, o James se pondrá insoportable —murmuró la chica para sí misma, logrando que la invitada solo consiguiese oír el nombre de su hermano.

Negando con la cabeza y sin comprender qué tenía que ver él en esa decisión, se acercó a la entrada y observó la capa roja con la que había llegado con cara de desagrado. Entrecerró los ojos fulminándola con la mirada; durante mucho tiempo había deseado quemarla, pero ahora era distinto.

Al notar que la pequeña Lowell la miraba con el rostro lleno de curiosidad, tomó una decisión mientras se la ponía sobre los hombros. No dejaría que una simple prenda marcara su destino.

Comenzó a caminar sin rumbo, con la mirada en el suelo y sumergida en sus pensamientos, cuando de repente le pareció sentir la presencia de alguien que la vigilaba. Levantó la cabeza oteando con atención su alrededor.

El aliento se le quedó atascado en la garganta cuando divisó a James a lo lejos, situado entre la arboleda. La estaba observando. Volvió la cabeza para asegurarse de que no había nadie detrás de ella. ¿Qué le pasaba a ese hombre? Daba la sensación de que la estuviera devorando. Al no ver a nadie más, Amanda tragó saliva y lo miró fijamente de nuevo.

No podía apartar la vista de él. La forma en que sus ojos la recorrían, la hacía sentir como si la estuviera acariciando. Todo lo que la rodeaba desapareció. Ya no escuchaba el sonido del viento ni percibía los murmullos de los habitantes de la cabaña charlar en la distancia. Todo su mundo se centraba en el hombre que estaba contemplándola como si fuera la única mujer de la tierra.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que un hombre la había mirado de esa manera, que su cuerpo se emocionó con su toque, aunque solo fuera con el de sus ojos.

Incapaz de apartar la vista de él, se dio cuenta de cómo James realizaba una exhaustiva revisión por su anatomía. Sintió que sus pechos se hinchaban y sus pezones se endurecían. Y como si de una visión se tratase, se imaginó besándole y, por consiguiente, un dolor palpitante creció en su interior.

Tuvo que apretar las piernas, juntándolas todo lo que pudo, tratando de aliviarse un poco, pero eso solo hizo que aumentase su deseo. Nunca había sido llevada a un estado de completa excitación con una simple mirada. «Si es capaz de alterarme de esta manera en la distancia, ¿qué pasaría si realmente me tocara?»

Cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza alejando tal disparate. Para cuando los volvió a abrir, James había desaparecido.

James gruñó mientras luchaba por volver a estar bajo control.

¡Ella era su elegida!

Después de tanto tiempo, después de haber llegado a la conclusión de que no habría una para él, había encontrado a su compañera. Lo supo en el instante en que la tocó en la orilla del río.

Quería exigirle que yaciera esa noche junto a él, pero su padre tenía razón, Amanda no estaba preparada y no sería justo obligarla a vincularse sin conocer nada sobre su mundo.

Pero el tiempo jugaba en su contra, tenía tan solo nueve noches antes de que perdiera la razón por completo. Todos sus hermanos estaban convencidos de que sucedería y de que no debía preocuparse. No obstante, ya sentía los primeros efectos en su interior. La necesidad de poseerla y de protegerla eran demasiado fuertes como para alejarse.

Observó a Amanda, que volvía a entrar en la cabaña mientras miraba por encima del hombro, buscándole, sin percatarse de su presencia. Cerró los ojos un instante y respiró en profundidad. Su intención era mantenerse bajo control antes de entrar de nuevo, pero la imagen de la muchacha se le apareció de improvisto.

Cabello largo ondulado con reflejos dorados, nariz respingona, y una mirada azul en la que estaría dispuesto a perderse de por vida si ella se lo permitía.

Era increíble la capacidad que poseían para reconocer a la persona predestinada. Aún no daba crédito a lo afortunado que era por haberla encontrado. Expulsó el aire que retenía en los pulmones, conector de que todo pendía de un hilo.

No permitiría que nada le impidiese completar el ritual. Su alma estaba destinada a una sola persona y esa no era otra que Amanda.

Era tan distinta a ellos... Pensó en cómo seducirla: «¿Qué hacen las parejas en las ciudades? Aquí no disponemos ni de restaurantes, ni de cines...».

Cabía la remota posibilidad de que fuera rechazado, pero intentó no afligirse con esa idea. Debía idear algo, quizás de esa manera le contase el motivo real por el que había estado a punto de perecer en las frías aguas del río.

En su interior, la sospecha de que estaba en peligro iba en aumento. Sintió cómo el vello de su cuerpo se le erizaba y los músculos se le contraían. Cerró con fuerza las manos, intentando relajarse.

A partir de ahora debía ser cauto, no podía arriesgarse a desvelar su apariencia y que Amanda se aterrara tanto que acabase alejándose de él. Ese sería su fin.

El crujir de una rama a su espalda lo alertó y se giró con la intención de entrar en combate si era preciso, pero relajó la postura al ver que solo se trataba de su hermano Matt.

—Estás distraído, llevo dos minutos merodeando a tu alrededor —señaló con la intención de irritarle.

—No deberías jugar con fuego —declaró James con rotundidad—. ¿Qué quieres?

—No me fío de ella —soltó de repente.

La sinceridad de Matt consiguió que James perdiera la cabeza, dio un salto repentino en su dirección y se lanzó contra la mole de músculos que era su hermano. Cayeron rodando por el suelo y comenzaron una pelea.

«¿Cómo se atreve?!», se preguntaba con indignación James, mientras su puño impactaba contra la mandíbula del mayor. La fuerza bruta de ambos, ahora que James había encontrado a su pareja, era similar, y eso sorprendió al mayor. Todavía debía afianzarse, pero cuando eso sucediese, su poder iría en aumento.

James se dobló al recibir un golpe en el estómago. Iba a contraatacar, cuando escuchó la orden imperativa de su padre.

—¡Quietos! —ordenó Billy observando a sus pequeños con los puños apretados. Estos obedecieron alejándose el uno del otro.

«¡Lo que faltaba!», pensó James entrecerrando los ojos. Estaba furioso con su hermano porque además de tener que aguar sus sospechas, iba a contrarreloj.

Sin mediar palabra alguna, se dio la vuelta y se alejó de allí. Necesitaba descargar la adrenalina acumulada en su interior. Comenzó a correr entre los árboles y subió la ladera del valle. Los tonos rojizos del atardecer comenzaban a asomar entre las nubes y lo más seguro es que esa noche la pasara a la intemperie; sería lo mejor para todos.

La idea de tener a Amanda a pocos pasos de su dormitorio y no poder poseerla entre sus brazos era demasiado dolorosa.

Mientras exprimía al máximo su velocidad, le vino una idea a la mente para entablar lazos con ella. Puede que fuera una tontería, pero debía intentarlo.

La oscuridad de la noche se aproximaba con sigilo hacia ellos, y tarde o temprano, reclamaría lo que era suyo.

«Nueve noches...», recordó.



III

La pequeña de los Lowell era un torbellino lleno de energía que no dejaba de hablar. Pasar la noche con ella iba a convertirse, sin duda alguna, en toda una experiencia.

«¿Tendrán algún bozal por algún sitio?», se llegó a preguntar Amanda.

—¿Tienes hermanos? —indagó la joven, mordiéndose el labio inferior, mientras la luz del candelabro iluminaba su rostro lleno de curiosidad.

—No tengo, soy hija única —contestó sintiendo cómo el principio de una jaqueca se acomodaba en su sien.

—Oh, qué pena. Toma, ponte esto para dormir —Le pasó una camiseta que sostuvo entre las manos y la estiró para comprobar si le serviría.

—¡Esto es gigantesco!

—Es de uno de mis hermanos, lo puedes usar de camisón. Yo soy muy pequeña —Amber bajó la mirada observando sus pechos—. De todas formas, es mejor de esta manera.

—¿De quién es? —La curiosidad de Amanda aumentó y aprovechó para ir desvistándose mientras esperaba una contestación.

—¿De quién va a ser? —respondió Amber, poniendo los ojos en blanco—. De James.

Tras sacar la cabeza por el agujero de la camiseta, Amanda la miró levantando una de las cejas. ¿Acaso Amber pretendía algo con ese gesto?

—No me mires así, Amanda —Movié la mano quitándole importancia al asunto.

—Mandy.

—¿Qué?

—Que puedes llamarme Mandy. Amanda es muy formal y como parece que pasaré un tiempo aquí, prefiero que me llames así.

—¡Me gusta! —exclamó y pegó un salto para quedar de rodillas sobre el colchón del dormitorio—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

«¿Otra más? ¿Y por qué habla tan bajo?».

—Dime... Pero que sea la última, estoy agotada —claudicó.

Tuvo que agudizar el oído, y aun así solo logró escuchar el murmullo de la voz de Amber. Negó con la cabeza y se metió dentro de la cama.

—Vas a tener que repetírmelo, hablas demasiado bajo —comentó bostezando, al mismo tiempo que se frotaba uno de los ojos con la palma de la mano.

—Es que me van a escuchar —se quejó ella acostándose a su lado.

¿Cómo iban a escuchar su conversación el resto de los habitantes de la cabaña? Estaban con la puerta cerrada y los tablones de madera que separaban ese dormitorio del resto eran robustos. Sin embargo, y debido al cansancio acumulado, se acercó a la chica tanto que sus narices estuvieron a punto de rozarse.

—¿Hay hombres en donde vives?

Antes siquiera de poder inventarse alguna excusa, Amanda fue interrumpida por el sonido más aterrador que podría haber escuchado jamás. La respiración se le atascó en la garganta, y se llevó las manos al pecho al sentir que su corazón palpitaba de miedo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó inquieta—. Era, es... ¿Es algún tipo de animal?

—Más o menos —comentó Amber, dándose la vuelta con fastidio y aprovechando para apagar la llama del candelabro—. No debes preocuparte. Es verdad que estamos rodeados de animales como los osos grizzly, que en ocasiones pueden ser molestos, pero mientras permanezcas cerca de uno de nosotros estarás segura.

Esa afirmación era mucho suponer. Amanda dudaba que eso fuera posible y no quería poner en peligro a los Lowell por su culpa. La respiración acompasada de Amber le anunció que se estaba quedando dormida y se dispuso a descansar ella también.

En un momento dado, agarró el cuello de la camiseta y se la acercó a la nariz. Inspiró en profundidad y cerró los ojos; olía a James.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué hacía esas cosas?

Alejó de su mente la imagen del hombre y dejó que sus músculos se relajasen. «Mañana será un nuevo día.», pensó.

James nunca se había considerado un holgazán, estaba dispuesto a trabajar y a aportar todo el esfuerzo que fuera necesario para que los suyos tuvieran las mejores comodidades dentro de lo posible. Y pese a no haber podido dormir la noche anterior, se dispuso a realizar todas las tareas que fueran necesarias.

Al alba, cargó con varios bidones de agua para que Amanda pudiera darse un baño caliente, a primera hora, en la bañera que años atrás su padre había conseguido mediante un trueque en uno de los pueblos cercanos: Katalla. Más tarde, se marchó a cazar pensando que también debía de estar hambrienta.

Entre todos los miembros de su familia existía una especie de sana rivalidad: quién era el que mejor cazaba y pescaba, quién era el que conseguía construir algo con mayor utilidad y resistencia... Pero en esta ocasión, James tenía y quería demostrar que era digno de Amanda.

Se quitó la camiseta y, acto seguido, se arrodilló. Las primeras nieves del invierno acababan de llegar y no fue necesario cavar durante mucho rato con las manos hasta dar con la tierra.

Los Lowell cazaban a la vieja usanza, tal y como les había enseñado su padre siendo apenas unos niños.

Abrió la pequeña cantimplora que llevaba en uno de los bolsillos y vació su contenido en el hueco; después lo removió con las manos y formó barro. Esparció la mezcla por cada zona de su cuerpo: abdominales, cuello, brazos, rostro; y por último, introdujo la mano dentro del pantalón de camuflaje verde claro que llevaba para asegurarse de que su olor no lo delatase.

—Ocho noches, ocho coches... —murmuró con los dientes apretados, al notar que estaba duro como una roca a causa de Amanda.

¡Jamás le había sucedido algo semejante!

No es que no hubiese disfrutado del placer con anterioridad; lo había hecho. Sus padres los habían llevado a la ciudad de Anchorage para que conocieran de primera mano cómo vivían las personas fuera del bosque.

La experiencia no le gustó. La gente de la ciudad solo estaba pendiente de sí misma, de sus móviles, de sus ordenadores y aparatos electrónicos... No se miraban a los ojos cuando hablaban entre ellos, y además, se dio cuenta de que edificaban sin control alguno, sin respetar la naturaleza, y habían dejado de estar en sintonía con la madre tierra.

Lo que peor llevó fue el anhelo de la vegetación, ya que allí todo era puro asfalto, un enorme bloque de hormigón gris y sin vida. Además, el ruido continuo le molestaba y le impedía escuchar el susurro del viento.

Independientemente de eso, James, así como la gran parte de sus hermanos por lo que él tenía entendido, dejaron de ser inexpertos en cuanto a los temas carnales. A las muchachas de la zona les llamaba la atención tanto su físico, curtido a lo largo de los años por el trabajo duro, como su manera de expresarse, un tanto primitiva.

Por supuesto, se comportó como un caballero, tal y como su madre le había enseñado, pero sabía de sobra que ninguna de esas muchachas era la elegida.

Hacía demasiado tiempo de aquello, años para ser exactos. Fue la única vez que acudieron a la ciudad y duró apenas una semana. Suficiente para todos ellos.

Rememorar el viaje a la ciudad hizo que frunciese el ceño. Amanda tenía demasiadas ganas de regresar al lugar del que provenía, o eso creía él... Con lo que ella no contaba era con la determinación de James Lowell para que eso no pasara.

Cuatro horas más tarde, cuando divisó la cabaña dio un silbido para que se percataran de su presencia, ya que iba cargado con un venado a la espalda. Calvin y Jay acudieron con rapidez a su llamada y escoltaron al hermano hasta la zona donde acostumbraban a despiezar las presas.

—Id a por una cuerda —les indicó a ambos.

Por el rabillo del ojo comprobó que tanto sus padres como Amanda lo observaban desde el porche de la cabaña. Mientras sus progenitores sonreían con orgullo, la chica arrugaba la nariz y se tapaba la boca con la palma de la mano.

¿Qué le ocurría?

Su hermano Matt se acercó a él y, sin mediar palabra, asintió con la cabeza. Tan solo realizó un gesto, un símbolo que reconoció al instante. Estaba arrepentido por la discusión de la noche anterior. James comprendía la reticencia que mostraba ante una desconocida; era lógico. Pero para él era impensable que Amanda les fuera a dañar de algún modo.

Ella era... era la destinada.

Centrándose en la tarea, decidió que quería hacerlo solo. Era consciente de que Amanda le estaba mirando, y usó la cuerda que los gemelos le acercaron para pavonearse de su destreza. Billy les había aleccionado bien. Debía colgar la res de una rama robusta con la cabeza hacia arriba; de ese modo retirar el estómago, los intestinos y la vejiga era más seguro, pues así se evitaba que la carne se contaminase.

Tiró con ahínco, logrando que quedase suspendido en el aire.

Sacó pecho y mostró una sonrisa satisfactoria al ver cómo la chica a la que quería impresionar caminaba en su dirección. Aunque esa euforia fanfarrona se le esfumó al darse cuenta de que ella no mostraba signos de compartir el mismo entusiasmo.

—¿Se puede saber qué haces!? —le gritó ella.

—Hay que destriparlo antes de...

—¡Eres un salvaje! —le recriminó, dándose la vuelta y alejándose de él.

«No tienes ni idea...», pensó para sí mismo.

La actitud de Amanda le chocó. Incrédulo, dirigió la mirada hacia sus padres, que se abrazaban a lo lejos con cara de preocupación. No tenía ni idea de qué debía hacer.

—¿¡A qué esperas!? Ve a por ella —le aconsejó la hermana mientras que, con cuchillo en mano, realizaba un corte limpio desde la pelvis hasta la base del esternón del animal. Luego introdujo las manos en el abdomen y sacó los órganos sin romper la membrana que los envolvía —. Yo me encargo de esto.

James frunció el ceño, ¿cómo iba a conquistar a una mujer que rehuía de él?

Girando sobre sus pies, avanzó dando un par de pasos. Alzó la mirada buscándola a lo lejos, mientras reflexionaba sobre cómo podría establecer una conversación. No sabía nada de ella, no la conocía...

—¡Ah! —exclamó Amber a su espalda—. Llámala Mandy, parece que le gusta más ese nombre.

—¿Mandy? —repitió él, volteando la cabeza en su dirección.

—Sí, Mandy —le replicó—. No lo sabes porque no te quedaste en la cabaña anoche.

—Nuestra hermanita la intentó sonsacar sobre chicos —Se rio Jay, interviniendo.

—Eso no es así —respondió molesta ella, señalándole con el cuchillo de forma amenazante.

—¡Está bien, está bien! —alzó la voz el gemelo— Tú ganas... Tan solo intentaste que te diese detalles jugosos para soñar con tu príncipe azul... —la provocó todavía más.

—¡Eres un...!

Dejando atrás a sus hermanos, que discutían a pleno pulmón como chiquillos, James se propuso ir en busca de Amanda. A los pocos minutos la encontró dando vueltas, inquieta, detrás de la maleza.

—¿Sucede algo? —le preguntó él, intentando retener el aire en los pulmones para no dejarse embriagar por el aroma de la chica.

—¿¡Que si sucede algo?! —exclamó alzando los brazos—. Deja que piense... Estoy en mitad de la nada, no tenéis ni electricidad ni agua corriente, tampoco un teléfono ni nada que se le parezca. Y apareces preguntándome cubierto de... ¿Qué es eso?

—Barro.

—¡Barro! —gritó.

—Sí, Mandy, barro.

—¿Cómo sabes...? —Se llevó la palma de la mano a la cara, exasperada—. Déjalo, tu hermana es una cotilla que no sabe mantener la boca cerrada.

—Lo sabemos, Amber es así —Se encogió de hombros ante la afirmación—. Pero lo que a mí me interesa saber es qué haces aquí, no deberías alejarte sin ir acompañada.

—No soy una niña —protestó, cruzándose de brazos.

James dio un paso al frente y susurró:

—Créeme, eso ya lo sé.

Hablar con ella cada vez le costaba más; la tentación de saltar sobre su cuerpo y besar cada rincón de su anatomía iba en aumento.

—¡Me estoy meando, ¿vale?! Y no tengo idea de dónde... —La carcajada que soltó él la interrumpió.

—Ven, sígueme —pronunció a duras penas, entre risas.

La condujo a una zona apartada y le mostró la letrina. Era pequeña y bastante estrecha, pero a Amanda se le iluminó el rostro. Sin dudarle un instante, corrió hacia ella y, antes de entrar, fulminó con la mirada a James para que se alejara de allí. A él le pareció cómica la situación, pero se giró para otorgarle la privacidad que precisaba.

Varios minutos después, ambos caminaban de vuelta hacia la cabaña. James oyó el rugido del estómago de Mandy; el delicioso olor de la carne a la brasa, que con toda seguridad habría preparado su madre, era la responsable.

Cuando le ofreció probar una pequeña pieza, Amanda se mordió el labio inferior y no pudo evitar pensar en lo bien que sabrían esos carnosos labios. Observó cómo hincaba el diente y saboreaba el manjar que él había cazado, y su excitación aumentó de tal manera que hasta el roce del pantalón le molestó.

«¡Ocho noches! Esto será una tortura».



IV

Ese mismo día por la tarde, James intentó acercarse más a Amanda. Era toda una odisea controlar sus instintos. Por un lado, su conciencia gritaba a pleno pulmón: «¡Es tuya, actúa!»; por otro, su mente racional le instaba a ser cauto y paciente.

—No matamos por placer, lo hacemos para sobrevivir. En estas zonas es imposible mantenerse a base de bayas, por mucho que se recolecte.

Caminaba dos pasos por delante de ella, y su intención no era otra que asegurarse de marcarle el camino para que no se cayera en ninguna zanja cubierta por la capa de nieve que cubría el terreno.

—Ahora lo entiendo. Lamento haberte insultado, pero es que me imaginé al pobre animalito y... —Bajó la mirada, arrepentida.

James percibió el cambio de ritmo en las pisadas de Mandy, se dio la vuelta y la vio compungida. Una leve brisa sopló arremolinando su cabello en el aire. Hipnotizado por su aura, acortó el trayecto que los separaba y le cubrió la cabeza con la capucha roja.

Sus miradas se unieron al instante, y meció su mejilla con la palma de su mano. El latido del corazón de Amanda aumentó con ese gesto y quiso aprovechar, pues sabía que los ratos a solas iban a ser escasos.

—Soy afortunado, eres una mujer compasiva y empática —susurró sobre sus labios.

Amanda había cerrado los ojos al sentir el calor de la piel de James sobre su rostro, pero los abrió de inmediato al escuchar su voz.

Dando un paso atrás, frunció el ceño.

—No me conoces para asegurar eso —dijo ella molesta.

Estaban bastante alejados del resto de la familia y había aceptado dar un paseo para así conocer mejor cuanto la rodeaba, pero no contó con la distracción que él provocaba en su interior.

James se dispuso a contradecirla. De alguna manera, por alguna razón que desconocía, ella estaba equivocada. Puede que no conociera su pasado o de dónde procedía, pero la conexión entre ambos era real, y cada noche que pasaba iba en aumento.

Un extraño ruido sobresaltó a la chica. Él, sin pensarlo le tapó la boca con la mano para que no gritara y miró a su alrededor. Se trataba de un oso que buscaba frutos entre los matorrales, a poca distancia de ellos.

—Quédate a mi espalda y no te muevas —le indicó él en voz baja.

Ella obedeció sin rechistar. Sin embargo, le pareció atisbar un extraño brillo en su mirada antes de perder de vista su rostro. ¡Era una locura! Debían de ser los nervios, pues era imposible que el color de los ojos le hubiese cambiado en cuestión de segundos.

Por alguna extraña razón que no alcanzaba entender, se sentía segura a su lado. Repasó la postura de James. Tenía las manos abiertas con los dedos en forma de garra y los músculos de la espalda contraídos. Era una posición de ataque clara.

Aunque... ¡¿Cómo iba a hacer frente a tal bestia él solo?!

El oso giró la cabeza; los había visto. Se levantó usando las patas traseras, y pudo advertir que debía medir más de ocho pies¹ de alto. ¡Era enorme!

Por alguna razón, se sintió amenazado, por lo que abrió las fauces y soltó un gruñido desgarrador. Una gota de sudor frío bajó desde la nuca de Amanda.

«Se acabó, este es el fin. Moriré descuartizada por un oso», pensó con amargura.

Sin embargo, se quedó atónita cuando James alzó la cabeza al cielo, y de repente soltó un aullido tan alto que recorrió veloz varias millas a la redonda. La bestia no se amedrentó, movió el hocico marrón con brusquedad y volvió a gruñir, cerrando el paso que los separaba.

James dio un paso al frente devolviéndole el gruñido. ¡Estaba loco! ¿En qué pensaba?

Amanda dio varios pasos atrás sin perder de vista lo que acontecía frente a ella. No obstante, se percató de que el oso modificaba su postura y realizaba movimientos bruscos mirando hacia su derecha.

Volteó la cabeza para comprobar qué era lo que ocurría. ¡Los Lowell!

No podía ser, se desplazaban con soltura y rapidez, en perfecta formación. Billy los encabezaba, seguido de Matt a su izquierda y de los gemelos en el lado contrario, varios pasos por detrás, mostrando una imagen similar a la que forman los pájaros cuando surcan el cielo en forma de flecha.

De inmediato rodearon al oso usando la misma posición de ataque que James. Billy realizó un gesto casi imperceptible con la mano que su hijo identificó al instante.

—¿A qué esperas? ¡Huid! —ordenó el patriarca, sin vacilar.

La respiración se le atascó en la garganta cuando James la aupó entre sus brazos, y sin mediar palabra, comenzó a correr entre los árboles.

Intentó visualizar qué ocurría por encima del hombro de James, pero él la instó a no hacerlo, abrazándola con más fuerza.

—Es mejor así... —comentó él sin aminorar el paso.

Varios minutos más tarde, llegaron a la entrada de la cabaña. La deslizó por su cuerpo hasta que sus pies volvieron a tocar el suelo. Amanda no entendía qué era lo que sucedía; posó ambas manos en el pecho de él y lo miró a los ojos, los cuales habían vuelto a adquirir el tono verdoso de siempre. Aunque puede que se lo hubiese imaginado y todo fuera causa de la adrenalina.

Amanda separó los labios para formular una pregunta, pero esta se vio interrumpida por la voz alterada de Amber en el interior de la casa.

—¡No es justo! ¡Yo también quería ir! —se quejaba la chica.

—Sabes que aún no es posible, no eres una adulta —inquirió Ely con voz suave y conciliadora.

—¡No es justo! —insistió ella. Mandy entró, llena de curiosidad, y se quedó en un segundo plano, pegada a la pared más cercana a la puerta, mientras observaba a la adolescente mover los brazos con exasperación—. Soy igual de rápida que James, incluso he ganado a Matt en puntería con el cuchillo, y tanto Calvin como Jay han asegurado en más de una ocasión que tengo un don para el rastreo.

¡Vaya, la joven era toda una caja de sorpresas!

—Lo sabemos bien, pero... —Ely giró la cabeza en dirección a Amanda y juntó los labios antes de proseguir—. Sabes que aún no estás lista, aún no es tu momento.

—¿Y cuándo llegará?! —Soltó molesta—. Todos realizaron el cam...

—¡Amber! —La voz profunda de James se escuchó en cada rincón de la cabaña—. Ya es suficiente —sentenció él, y su hermana agachó la cabeza manteniendo la mirada en el suelo.

La tensión del momento se palpaba en el ambiente. De alguna manera, Amanda era capaz de sentir su frustración. Dando varios pasos en dirección a la joven, decidió agarrarla de la mano. Ahí fue cuando la hermana de James alzó de nuevo la mirada, encontrándose con la suya, y Amanda vio que se le acumulaban las lágrimas en los ojos.

«¿Estará preocupada por su padre y hermanos?»

Las risas alegres y voces alteradas del exterior rompieron el momento. Todos salieron a recibir al resto de la familia, que llegaban sin un solo rasguño aparente, por la senda marcada entre la arboleda.

Se les veía contentos, sobre todo a los gemelos, que jugaban chocándose mutuamente entre ellos. ¿Qué habría pasado con el oso?

Al anochecer, rodeando la hoguera, Calvin y Jay exageraban su enfrentamiento de esa tarde. Según lo que narraban, el animal, al verse acorralado, huyó. Durante su relato, Matt no dejaba de interrumpirlos con ruidos de garganta por lo bajo y ellos modificaban algunas palabras.

Para Amanda no cabía duda alguna, los Lowell ocultaban algo. O puede que solo fueran cautelosos con los extraños, tal y como le sucedía a ella.

Fuera como fuera, la tranquilizó no encontrar signo alguno de Sandor o de sus centinelas en los alrededores. Había logrado escapar de milagro gracias a la dulce Ava, que se arriesgó llamando la atención durante su traslado a las nuevas instalaciones en algún lugar que desconocían.

Por suerte, el curso del río estaba cerca y pudo tirarse a las frías aguas sin esperanza alguna de sobrevivir. Pero pensó que valía la pena intentarlo y así fue.

James la encontró.

Las llamas de la fogata alumbraban el rostro del joven. Ella esbozó una leve sonrisa elevando la comisura de la boca. Él la había encontrado y le había dado un refugio en el que cobijarse, pero no debía bajar la guardia; no podía confiarse. Por lo poco o nada que conocía *La orden de Sandor*, era de esperar que la estuviesen buscando en ese mismo instante.

No podía permitir que la hallaran allí. No dejaría que les pasara nada a los Lowell por su culpa. Demasiado peso llevaba sobre su conciencia para añadir más.

James no estaba prestando atención a lo que contaban sus hermanos ni le importaba la actitud que Amber mostraba por no haber formado parte en la salida de esa tarde. Solo le interesaba su pareja, que no dejaba de otear con la mirada los alrededores, con aparente inquietud.

«Lo más seguro es que tema que vuelva a atacar algún animal salvaje», meditó con pesar. Alzó la mirada al cielo estrellado. La luna creciente brillaba con intensidad recordándole que el tiempo se le acababa.

«Siete noches...»

¹ Unidad de longitud equivalente a 2,43 metros.



James notaba cómo su cuerpo se revelaba contra su voluntad debido a que cada segundo que transcurría sin completar el ritual, la tortura era mayor.

Incluso sus padres empezaban a mostrar signos de preocupación cada vez que lo observaban. Era lógico, ellos habían pasado por algo similar en su juventud. Pero para él la ayuda que supuestamente le estaban brindando era más que nada un castigo. Aunque no lo hacían por mal, de eso estaba seguro.

Esa mañana le solicitaron que ayudara a Mandy con las garrafas de agua y no lo pensó dos veces. La acompañó hasta el manantial y allí fue donde se dio cuenta de que no lo aguantaría mucho más tiempo.

Era imposible dejar de observar cada movimiento que realizaba. Daba lo mismo que se retirase el cabello del rostro con despreocupación o que pestañeara en su dirección. Para James, ella se había convertido en el centro de su universo. Era la culpable de su embrujo, de que no tuviera otro pensamiento en la mente, y por supuesto, de que en ese instante se estuviera dando un baño en las gélidas aguas del río.

Se había retirado la ropa, incluida la interior. Precisaba alejar de su cabeza a Mandy fuera como fuera, porque temía perder la razón en cualquier momento. Y lo que más le inquietaba era la posibilidad de dañarla si eso llegaba a ocurrir.

Se sumergió hundiendo la cabeza y permaneció así todo el tiempo que pudo. Cuando salió, aunque su piel seguía ardiendo, comenzó a caminar despreocupado hacia la orilla. Sin embargo, se frenó cuando el agua le llegaba por la mitad de los muslos, y pese al cambio brusco de temperatura, comprobó que su miembro seguía erecto. Se mantenía firme y duro, a la espera de que se decidiera de una vez por todas a poseer a su pareja destinada: Amanda.

Cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes con rabia.

Dejándose guiar por una necesidad primitiva, guio la palma de la mano hasta la base del pene y comenzó a bombearlo con determinación.

Se imaginó persiguiendo a Mandy entre los árboles, y los latidos de su corazón bombearon con intensidad en su pecho cuando le dio caza. Recordó cada curva de su cuerpo y su piel de terciopelo.

James aumentó la velocidad con la que se estaba masturbando, no podía aguantar más. Arriba y abajo, arriba y abajo.

Movió la pelvis buscando el calor de su otra mitad sin hallarlo y eso lo frustró. Pero no cesó en la tarea; su respiración agitada y la tensión en los músculos le anunciaban que en breve explotaría.

Un jadeo inoportuno hizo que abriera los ojos de repente. ¿Cómo era posible que no hubiese sentido la presencia de Amanda? Puede que estar al borde de la desesperación tuviera algo que ver.

James le mantuvo la mirada y se atrevió a continuar con su tarea. De manera socarrona, le sonrió y agudizó el oído intentando vislumbrar si lo que tenía frente a ella le agradaba.

Amanda no podía creer lo que estaba contemplando. Había salido a dar un paseo con Amber y, por alguna razón, la muchacha se había alejado de ella dándole una excusa absurda. Ahora, sin embargo, creía que de alguna manera la adolescente sabía lo que se iba a encontrar y por eso se había marchado.

James, un adonis de carne y hueso, masturbándose en las aguas del río.

Sentía una atracción por ese hombre que no entendía, no lograba apartar la mirada por mucho que lo intentase. La visión de él deslizándose la palma de la mano con firmeza por el largo de su miembro era demasiado para los sentidos de una mujer que había pasado parte de su vida en cautiverio.

Agitada, o más bien cardíaca, esperó con los pies clavados en el sitio y sin girar la cabeza hasta que James soltó un alarido de placer al terminar. Se mordió la mejilla al comprobar que, tras limpiar los restos de semen, se acercaba a ella.

Él frunció el ceño con molestia al ponerse el pantalón antes de continuar caminado hacia ella. Ese gesto la descolocó un poco.

—No deberías estar aquí sola —le indicó él.

—¿Perdona? —respondió ella tragando saliva—. Que yo sepa no hay ningún cartel que me prohíba caminar por aquí.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Qué habría sucedido si te hubieses encontrado con un oso de nuevo estando sola? —prosiguió él con voz grave.

A Mandy le dio la impresión de que su presencia lo irritaba y eso la enfureció.

—¡Para empezar, estaba con tu hermana! —exclamó ella señalándole con el dedo índice—. Pero de repente, cuando estábamos a dos pasos del río, me dijo que se encontraba mal y se marchó corriendo.

—¿Cómo que se encontraba mal? —inquirió James, cambiándole el rictus de la cara por uno más serio.

—¡Y yo qué sé! Me imagino que no querría ver al pervertido de su hermano mayor en el río y se fue —expuso ella alterada.

James, que conocía bien a su hermana, no compartía su opinión. Amber habría aprovechado para avergonzarlo diciéndole algo inapropiado en alto, pero jamás se habría alejado de Amanda de esa manera sin una justificación importante.

—Debemos volver a la cabaña —ordenó él, y sin esperar respuesta alguna por parte de Mandy, la levantó en brazos.

—¡Suéltame! ¿Se puede saber qué te ocurre? Que yo sepa no deberías estar tan tenso después de... —Se quedó muda al sentir que la excitación la invadía de golpe.

«No hay tiempo para esto», masculló entre dientes él al percibir el cambio en Amanda.

—Tenemos que llegar lo antes posible, y si te llevo en brazos llegaremos antes.

—¿Te crees que no puedo seguir tu ritmo? —le retó ella—. Suéltame, James.

Era la primera vez que él escuchaba de los labios de Amanda su nombre y no pudo evitar obedecer. La bajó con delicadeza y asintió con la cabeza.

Amanda estaba casi sin aliento, aunque mantenía el paso que James marcaba con bastante aplomo. Se consideraba una mujer fuerte, sana y en forma. Sin embargo, la velocidad de él era tremenda.

Necesitó parar un segundo para volver a llenar los pulmones de oxígeno. Miró al frente mientras apoyaba la palma de la mano en un tronco cercano y vio que él se había frenado por ella.

Le molestaba tener que darle la razón, pero era evidente que no podía seguir sus pasos. Abrió la boca para comentarle que se adelantara si tanta prisa tenía, pero no pudo formular ni una sola frase.

La figura de un animal que se dirigía hacia ella la aterró.

—No te asustes, es...

—¡Es un lobo! —exclamó alarmada ella.

—No te muevas, quédate quieta —indicó él dando pequeños pasos en su dirección.

El hocico del lobo se movía olfateando el aire, mientras los ojos negros de la criatura se encontraban a medio camino con los de Mandy. Acatando la orden de James, se quedó petrificada en el lugar sin mover un solo dedo y cerró los ojos con fuerza al ver que se aproximaba más.

Dio un respingo involuntario al sentir la lengua húmeda del animal en el dorso de la mano y, asombrada, abrió los ojos. ¡Se estaba restregando en su pierna! Con dudas y un temor tremendo, estiró los dedos rozando el pelaje blanco con las yemas de los dedos. Era suave y sedoso...

Amanda estaba empezando a relajarse cuando, de repente, un gruñido salió del animal. No era por ella, pero eso hizo que se alejara dando un paso atrás y cayera al suelo de espaldas.

James dio un salto hasta quedar delante de ella y se percató de que ya se encontraban a solas de nuevo.

—Eso, eso era un...

—Una loba —sentenció él, mientras la ayudaba a levantarse—. ¿Te has lastimado?

—No, me encuentro bien —le contestó ella.

—Podemos ir más despacio, no es necesario que vayamos tan deprisa —explicó James.

A Mandy le dolía el trasero, pero más le molestaba tener el orgullo herido. Frunció el ceño y comenzó a caminar varios pasos por delante de James, a quien escuchó cómo aguantaba las ganas de reír.

Diez minutos más tarde, llegaron a la cabaña. Y tal como había sucedido el día anterior, oyó la voz de Amber desde el exterior. No obstante, en esta ocasión se la notaba alterada, preocupada y nerviosa.

—¡Os estoy diciendo que no me lo imaginé! —expuso, convencida de ello.

—Amber, es normal que hayas creído oír algo raro al tratarse de la primera...

El silencio invadió la estancia en cuanto cruzó la puerta. Toda la familia Lowell dirigió la mirada hacia Mandy, confirmándole que algo ocultaban. Ella levantó una ceja para que Matt prosiguiera con lo que estaba diciendo, pero él tan solo apretó los labios y se giró dándole la espalda.

James, por el contrario, se mantuvo expectante. Le preguntó a su hermana pequeña si se encontraba bien utilizando el lenguaje de signos y ella le informó de manera escueta que más tarde hablarían.

—¡Bueno! —exclamó Ely dando una palmada— ¿Quién quiere cenar esta noche estofado?

—¡Yo, yo, yo! —comentó Jay, saltando alrededor de la madre.

Era evidente que la madre pretendía romper la tensión del momento. Pero...

James llevó la mirada al exterior. El sol comenzaba a ocultarse y eso solo significaba una cosa.

«Me quedan seis noches...»



VI

Mandy no se podía sacar de la cabeza el incidente en el río, y esa misma noche notó un ligero cambio en la pequeña de los Lowell.

Cuando se fueron al dormitorio para descansar, pensó que la sometería a un interrogatorio como de costumbre, pero no fue así. Amber no dejaba de dar vueltas por la habitación, malhumorada, y se metió en la cama sin apenas cruzar palabra con ella.

Quiso preguntarle qué había ocurrido en el trayecto del río a la cabaña y por qué había discutido con sus padres, pero se abstuvo de hacerlo; creyó que aún no tenían la confianza suficiente como para confesarse determinadas cosas. Y era lógico, ella misma ocultaba a la familia Lowell su procedencia, su pasado y, lo peor, quién era en realidad.

Sintió cómo la chica se marchaba en mitad de la noche y la dejaba sola. ¿Quizá tenía sed y bajaba a la cocina a por un vaso de agua? Aunque por lo que tardó en regresar, lo dudaba.

Se hizo la dormida y guardó silencio al notar que la chica volvía a meterse entre las sábanas.

Le hubiese gustado poder sincerarse igual que lo había hecho en el pasado con Ava. La amistad era un bien preciado para ella, pero le había fallado a la única amiga que logró encontrar en ese lugar dejándola atrás... Cuando se marchase del hogar de los Lowell, no deseaba volver a arrastrar ese sentimiento de culpa, y por eso decidió no vincularse más de lo debido a ellos. Ya era demasiado evidente lo que James provocaba en su interior cada vez que lo veía, como para añadir a la ecuación el afecto, el cariño o incluso... ¿el amor?

No, era demasiado precipitado imaginar ese tipo de emociones. No obstante, Amanda admiraba la fortaleza de James, pese a que no lo entendía.

Se encontraba sentada en los escalones de madera que daban al porche mientras observaba cómo James cortaba varios árboles muertos cercanos a la edificación. Según lo que le había escuchado a Billy, era necesaria realizar esa tarea para evitar que cayeran sobre el tejado en caso de tormenta.

Estaba convencida de que la temperatura ambiente era bajo cero, pese a que el sol brillaba con fuerza. ¡Y él estaba prácticamente desnudo!

Y no era el único de la familia Lowell al que parecía que no le gustaba la idea de ir vestido. Tanto el hermano mayor como los gemelos mostraban sus abdominales sin pudor alguno. Pero la imagen que a ella le atraía estaba dirigida a una sola persona, James Lowell.

Tragó saliva con fuerza y dio un pequeño respingo al escuchar que alguien salía de la casa. «¿Se habrá dado cuenta alguien de que lo estaba mirando?», se preguntó al tiempo que sus mejillas se ruborizaban a causa de los pensamientos que le producía ese hombre.

Giró la cabeza y se encontró con Amber. ¡Otra más que tenía calor! ¿Acaso esa familia tenía problemas con los abrigos?

Llevaba puesta una camiseta de tirantes, la típica que alguien usaría en la costa oeste de Estados Unidos en pleno verano. Solo que no estaban allí, se encontraban en Alaska.

—Sé que ocultas algo —murmuró la chica sin dejar de mantener la mirada en las tareas que realizaban sus hermanos.

—¿Qué...? ¿A qué te refieres?

Los latidos del corazón de Amanda empezaron a aumentar de repente. No estaba preparada para afrontar la realidad, mucho menos para tener que dar explicaciones.

—Ayer sentí... —continuó hablando Amber con la mirada perdida.

—¡Amber! —gritó James interrumpiendo a su hermana—. Cierra la boca y no menciones más eso.

—¡No me lo invento! Sé lo que vi, lo que sentí, lo que...

La pequeña no pudo terminar la frase. James, sujetándola del brazo, la arrastró lejos de Amanda, por lo que le fue imposible escuchar lo que decían. Asqueada, se levantó de las escaleras y entró en la cabaña.

No era la única que ocultaba cosas, de eso estaba convencida. Los Lowell no eran una familia convencional, y estaba decidida a enterarse en qué consistía el secreto que guardaban. Sobre todo, porque necesitaba asegurarse de con quiénes estaba conviviendo.

Podía oír cómo los dos hermanos seguían con su discusión en el exterior. Tenía pensado subir a la planta superior para indagar en los dormitorios del resto, pero las voces de los padres se lo impidieron.

Se desplazó con sigilo hasta la entrada de la cocina, pero no le sirvió de nada; Billy enmudeció de repente como si supiese que ella se hallaba allí.

¿Cómo era posible?

Había sido muy cautelosa, estaba segura de no haber hecho ningún ruido al caminar. Dio un paso atrás cuando lo vio salir y le mostró una sonrisa forzada.

—¿Necesitas algo, Amanda? —tanteó Billy a la muchacha.

—No, gracias —contestó ella con rapidez. Se volteó para dirigirse en dirección a las escaleras, pero de inmediato cambió de idea—. Ahora que lo pienso, sí que necesito algo.

—Si está en mi mano, te ayudaré en lo que pueda —Billy, lleno de curiosidad, entrecerró los ojos.

Mientras tanto, James se debatía entre arrancarle la cabeza a su adorada y entrometida hermanita, o huir antes de que eso sucediera.

Entendía a la perfección lo desconcertante que había podido ser para ella su experiencia, él y sus hermanos habían pasado por esa misma situación varios años atrás. Y por mucha información que les hubiese dado su padre al respecto, cada uno lo pasó de una manera distinta.

Lo que aseguraba Amber que había percibido era preocupante, aunque no quiso dar crédito a sus palabras, y se autoconvenció de que debía de haber sido por el efecto del cambio. Recordaba con total nitidez que, cuando le sucedió a él, la sensación de dolor en las extremidades fue insoportable, además de la extraña percepción de cuanto lo rodeaba, que había aumentado por mil: el murmullo del viento, el sonido de las aves... Sin embargo, nada de eso le daba derecho a infundirle miedos a su futura pareja.

—¿Se puede saber qué pretendes? ¿Acaso quieres que se marche? —la acusó de manera dura y cruel.

Amber soportó estoica la acusación, no pensaba revelar lo mucho que le dolía. Alzó la mirada y volvió a reiterarse.

—No me lo he inventado... —dijo con los dientes apretados.

Conteniendo las ganas de saltar a su cuello, James gruñó con todas sus fuerzas, enfadado por la cabezonería que mostraba. Se dio la vuelta chocando con el hombro de Jay, a quien ni siquiera le dirigió la mirada.

Si su hermana se empeñaba en seguir con la misma absurda idea en la cabeza, estaba dispuesto a demostrarle que estaba equivocada, aunque eso le llevase prácticamente todo el día.

Se adentró en el bosque con decisión, quitándose de antemano las botas que llevaba puestas. Una de sus cualidades era la velocidad, y no dudó en hacer uso de ella. Regresó al lugar donde se habían topado con Amber en su forma lobuna y se concentró en cada detalle de los alrededores.

Olfateó el aire buscando alguna pista que le hiciese saltar la alarma, pero no había rastro de nada extraño. Decidió alejarse un poco más hacia el oeste para asegurarse, y ahí fue cuando todo se volvió rojo.

Veloz, dio un salto lanzando todo su cuerpo hacia delante. Se dejó dominar por el fuego del cambio de fase mientras estaba en el aire, consiguiendo que sus pantalones acabasen hechos jirones. La rabia del momento no le permitió pensar, y le importó bien poco no tener unos de repuesto.

Solo quería salvaguardar la seguridad de Mandy y que nadie se atreviera a amenazar a su familia.

El mundo estaba repleto de peligros, algunos en forma de monstruos o bestias de la naturaleza. Pero los humanos podían llegar a ser mezquinos, crueles y sádicos... Durante las últimas décadas, los gobernantes habían favorecido la caza de grandes presas; ni siquiera en el confín de la tierra estaban a salvo de morir a causa de un disparo en la cabeza. Era mejor mantenerlos vigilados para que jamás conocieran su mundo.

Y eso mismo tenía pensado hacer.

Moviéndose con agilidad, vislumbró desde lo alto de una colina lo que parecía una base. Gruñó por lo bajo mostrando los colmillos. Conocía el bosque como la palma de su mano y sabía que varias semanas antes allí no había nada.

Merodeó lo más cerca que pudo, intentando no caer bajo uno de los focos que tenían para vigilar el entorno. La noche había caído sin percatarse siquiera de ello por culpa de la ansiedad que le había provocado conocer la verdad.

No estaban solos.



VII

Con un movimiento veloz, James abrió los ojos de par en par en un gesto impasible. Las ramas de los árboles le tapaban la visión del cielo estrellado y el pecho le subía y bajada con tanta rapidez, que pensó que de un momento a otro volvería a cambiar.

Se impulsó para levantarse y frunció el ceño al darse cuenta de que su cuerpo estaba cubierto de sudor; no llevaba ninguna prenda que tapara su anatomía.

Recordó la base y las personas que merodeaban a su alrededor. Empezó a hilar la conversación que había mantenido con su hermana Amber, y la posibilidad de que estuviesen allí debido a la llegada de su compañera era cada vez más plausible.

Alzó la cabeza husmeando el aire e intentando percatarse de dónde se encontraba. La angustia y el temor se apoderaron de él, pero aun así, caminó con sigilo, pese al ritmo atronador de su corazón.

«¡Es imposible!». Él había visto una gran edificación allí y ahora no estaba. ¿Cómo...? ¿Qué había sucedido?

La idea de que se hubiesen llevado a Amanda consiguió que enloqueciera al instante. Algo inexplicable en su interior le gritaba que fuera a buscarla y la reclamara de una vez por todas. Era suya, no podía consentir que nadie la alejara de él.

De inmediato, emprendió el camino de regreso a la cabaña, y no dudó ni un segundo en dejarse llevar por el cambio. De esa manera llegaría antes.

A varias millas de distancia, resguardada bajo el amparo del hogar de los Lowell, Amanda intentaba conciliar el sueño en la planta baja de la casa. Había convencido al patriarca de que descansaría mejor allí, y este no se negó. Sin embargo, no lo había conseguido, por más vueltas que diera sobre sí misma.

Cada vez que cerraba los ojos veía el rostro de su amiga antes de saltar de aquel puente, y la culpabilidad la acechaba. El invierno cada vez era más duro; las temperaturas de la

noche bajaban con tanta intensidad, que dejó la chimenea encendida y se acurrucó cerca de las llamas.

Estaba segura de que los Lowell salían a hurtadillas de la cabaña en plena noche y quería averiguar a dónde se dirigían y qué hacían. No se fiaba de nada ni de nadie; en el pasado había aprendido la lección por las malas al confiar en un desconocido que no tardó en traicionarla.

De repente y sin esperárselo, la puerta de la entrada se abrió. Era James, desnudo de pies a cabeza y sin aliento. A Mandy le entró el pánico al verlo en ese estado de nerviosismo, salió de entre las mantas y se levantó.

No sabía muy bien cuál iba a ser su próximo movimiento, pero fijó su mirada en la de él. Y en ese instante, se percató de que los músculos de James se relajaban, no mucho, pero sí lo suficiente como para notar el alivio que reflejaba su rostro.

—¿Se puede saber qué te ha sucedido? —preguntó ella intentando no llevar la vista al miembro erecto de él, aunque era complicado, pues sin duda alguna el magnífico cuerpo de James era digno de admiración.

—Estás aquí —murmuró él con tono grave.

Amanda tragó saliva, nerviosa. Desde su llegada días atrás, algo en su interior la guiaba hacia ese hombre corpulento y de pocas palabras; una conexión que no entendía y que le daba temor conocer.

En ese instante, James avanzó en su dirección con tanta rapidez, que no le dio tiempo a alejarse antes de que sus brazos la rodeasen. Se quedó estática, sin saber cómo reaccionar ante el impulso que acababa de tener. Intentó apartarse pero él exigió con un gruñido que no se moviera.

El latido del corazón de James era tan fuerte que podía sentirlo en el suyo propio. Amanda frunció el ceño, algo no iba bien... ¡Estaba temblando! Y no era de frío, de eso estaba segura. El cuerpo de James transmitía tanto calor, que incluso le sobraba la camiseta que llevaba puesta.

Con precaución, movió los brazos para corresponder al abrazo y, tras unos segundos, comenzó a mover las manos formando pequeños círculos en la ancha espalda de James.

—No permitiré que te alejen de mí —le susurró él al oído—. Eres mía.

La posesividad con la que había mencionado la palabra «mía» causó un rechazo inmediato en Amanda, que dejó de acariciar su piel.

—No soy de nadie —respondió con rabia en la voz, intentando alejarse de él con todas sus fuerzas—. ¡Suéltame, maldito...!

No llegó a terminar el improperio que tenía pensado decir porque James selló su boca juntando sus labios a los de Amanda y reclamándola como ningún hombre lo había hecho hasta ese día.

El crepitar de la madera en la hoguera y el movimiento voraz de él consiguieron sumergirla en una especie de trance. Permitted que el ataque continuase, sintiendo cómo las palmas de James subían por su cintura hasta que llegó a sus pechos. Soltó un gemido involuntario al notar sobre la tela de su ropa interior la tremenda erección de James.

Quería dejarse llevar, quería perderse entre sus brazos, quería ser libre, pero ese sentimiento que tanto ansiaba fue frenado por el miedo.

—¡No! —gritó rompiendo el beso.

«¿Me rechaza? ¡No puede ser! Es mía, es mi destino pasar el resto de mis días con ella», pensó James.

Conteniendo el dolor y reprimiendo la rabia, James dio un paso atrás y la liberó. El ritual de emparejamiento solo tendría validez si su pareja lo aceptaba, y Amanda no le quería.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —dijo distanciándose de la mujer que poseía su corazón.

Cabizbajo, subió los escalones hacia la planta de arriba y entró en su dormitorio. Incapaz de tumbarse sobre la cama, empezó a dar vueltas como un desquiciado. Era capaz de escuchar los comentarios que realizaban sus hermanos en la habitación contigua; se preocupaban por él. Y no era para menos, estaba perdiendo la razón... Cada noche que pasaba se aproximaba más la posibilidad de dejar atrás la vida que hasta ese instante conocía con los suyos.

«Puede que sea el momento de irme», pensó. Sin embargo, era incapaz de cumplirlo.

Abatido, se dejó caer sobre el colchón de la cama boca arriba. Decidió llenar el vacío que sentía en su alma con un objetivo: descubrir si lo que había visto en el bosque se debía a una ilusión causada por la locura, o si, de lo contrario, era una premonición que le advertía de un peligro inminente. Conocía las historias de la boca de su padre y tenía sus dudas.

Cuando uno de su especie encontraba a la pareja destinada, podían suceder dos cosas: convertirse en un animal de por vida en el caso de no efectuarse el ritual, o que su alma se completase si esta lo aceptaba. De una cosa estaba seguro, debía hablar con su familia y explicarles lo sucedido.

Afinó el oído y se tranquilizó al sentir que la respiración de Amanda se apaciguaba. Su intención no era que le temiera, era que lo aceptase.

Dándose media vuelta, deseó tener más tiempo. Procuró no romperse la cabeza, pero le costaba un mundo no pensar en ello.

«Solo quedan cinco noches...»



VIII

Amanda pasó toda la noche sin descansar ya que, por mucho que lo negase, la fogosidad que James había mostrado la había excitado de una manera que no conseguía entender. Ella no estaba allí para enredarse con un hombre, su vida dependía de que *La Orden de Sandor* no diese con su paradero.

Estuvo años soñando con la libertad y se prometió que jamás volvería a sentirse encadenada, que nunca más sería una cautiva. Ese era el motivo por el que lo había rechazado; no podía entregarle ni a él ni a nadie algo tan preciado para ella. No obstante, por algún motivo se sentía mal, y pese a repetirse una y otra vez que se debía al cansancio acumulado y a no haber dormido ni una mísera hora, la realidad era que le hubiese gustado continuar con lo que James comenzó. Si no fuese por lo que él había dicho...

«¡Suya! ¡Se atreve a decir que soy de él! Como si fuera un objeto que se puede poseer, como si... ¡Argg!».

Frustrada, fue incapaz de pegar ojo.

A la mañana siguiente, no necesitó que Ely la guiase para realizar el desayuno, los nervios le impidieron mantener la calma y permanecer quieta. La intención de Amanda no era ser servicial, tan solo pretendía no revivir en su cabeza la ardiente escena de horas atrás.

«¡Es imposible!»

La respiración y el ritmo de su corazón se aceleraban sin su consentimiento. Cerró los ojos un instante y se deleitó con el recuerdo de las manos de James y el aroma que desprendía su piel. Un jadeo involuntario salió de su boca. Acto seguido, pegó un brinco al notar la presencia de alguien en la estancia.

Era él...

No supo reaccionar, apretó los labios esperando a que él diera el primer paso. Sin embargo, James lo único que hizo fue mantenerle la mirada. Amanda llegó a creer que era capaz de leerle la mente o de intuir que estaba pensando en él. Se ruborizó al instante y se

dio media vuelta para continuar trabajando en la cocina. Sujetó el mango de la cacerola para retirar el agua hirviendo del fuego.

—¡Ay! —exclamó, quejándose de dolor. Tuvo suerte de que el contenido no le cayera encima.

—¡Joder! ¿Te has hecho daño? —preguntó James con preocupación, y antes de que se diese cuenta le sujetó el dorso de las manos, volteándoselas para asegurarse de que no fuera nada grave—. Te has quemado, será mejor aplicar algo lo antes posible para que no salga ninguna llaga.

—Estoy bien, no es... —dijo mordiéndose el interior de la mejilla—. La pondré en agua fría y con eso será suficiente —le replicó ella intentando alejarse del calor que desprendía. Tener a ese hombre tan cerca la alteraba y eso le daba miedo.

—No seas cabezota, el hospital más cercano está a demasiadas millas de distancia en el caso de que se presente una infección —Los labios de James se movían exponiendo su punto de vista, pero para Amanda era un suplicio tenerle tan cerca ahora que conocía el sabor de su boca. ¿Qué le había hecho? ¿Por qué no dejaba de imaginar tenerle de nuevo cerca de ella, entre sus brazos...?

Negó con la cabeza intentando centrarse en la conversación.

—Eres un exagerado, no es nada —puntualizó de nuevo.

En ese instante, le pareció vislumbrar un brillo distinto en los ojos de James, una determinación que le anunciaba que tenía las de perder.

—No hay discusión que valga, ven —le ordenó, guiándola hasta la mesa y señalándole la silla para que se sentase. Cuando le obedeció, Amanda puso los ojos en blanco; no era para crear tal alboroto. Siguió con la mirada cada movimiento que James realizaba, buscando entre los cajones un pequeño bote que contenía una crema a base de plantas de la zona, y se aguantó la risa al escuchar cómo farfullaba —: Es que no se da cuenta de que no es como nosotros... ¡Que no es nada, dice!

Esa actitud protectora logró ablandar el corazón de Amanda un poco. Cuando él regresó a su lado, continuó en silencio y dejó que volviera a tocar su piel. Permitted que le aplicara el ungüento en la palma de la mano que tenía al rojo vivo y se aguantó el dolor para no mostrar debilidad.

A pesar de todo, y como de costumbre, James la miró a los ojos de una manera que la hizo sentir vulnerable. Era como si pudiera leer en su alma lo que la rondaba: sus secretos, temores, anhelos y dudas.

Apartó la mirada de inmediato.

—No hagas eso —comentó James acariciando su mentón y consiguiendo unir de nuevo sus miradas.

—¿El qué? —inquirió ella con un hilo de voz.

—Huir —respondió, acercándose a los labios de ella con cautela, temeroso de un nuevo rechazo.

Pero no llegó a suceder. Amanda inclinó la cabeza, cerró los ojos, y sintió el contacto de la boca de James como un relámpago directo al corazón. No se pareció nada al beso arrollador de la noche anterior, ese beso fue distinto.

En esta ocasión, James se contuvo, pues temía sus propios impulsos. Cerrando los puños con fuerza a ambos lados de su cuerpo, se limitó a deleitarse del pequeño gran gesto que su pareja le estaba obsequiando.

Él sabía que un beso no sería suficiente para borrar la sombra de la locura en el caso de que no se formalizase el ritual, pero en ese instante, ese acto era un combustible para su mermada esperanza.

Entreabrió la boca un poco más y sus lenguas empezaron a jugar. Quizás era demasiado arriesgado continuar por ese camino, teniendo en cuenta que se estaba imaginando rasgar las vestiduras de la ropa de Amanda y lamer su cuerpo de pies a cabeza, para después embestirla desde atrás y...

Aflojando los puños, acarició sus brazos y, cuando llegó al antebrazo, la instó a que se levantara. Ella, febril de pasión, no puso objeción alguna. Se apoyó en los hombros de él y clavó las uñas cuando una corriente de lujuria golpeó su mente.

Todo indicaba que por fin había llegado el momento de reclamarla, si no fuera porque era capaz de escuchar las quejas que los gemelos estaban profiriendo sobre el hambre.

«Cuando los pille, pienso cortarles el cuello y colgarlos de un árbol por las pelotas», pensó, irritado, antes de romper la magia que había entre Amanda y él.

Pegó su frente a la de ella y volvió a inhalar en profundidad. Era el aroma del hogar y de la esperanza. Le acarició la mejilla, adorando a su alma gemela, pero cuando Mandy decidió corresponderle, fue interrumpida por los hermanos, que alzaron la voz entre risas:

—Nos morimos de hambre —anunció Jay bajando por las escaleras.

—Eres tonto —lo amonestó Amber, al mismo tiempo que él se quejaba de la colleja que le había propinado la pequeña.

Pese a la seriedad que mostraba el rostro de James, Amanda no pudo contener la risa y una carcajada rompió el silencio que habitaba entre ambos. El sonido alegre y relajado de la única dueña de su alma logró que olvidara por unos minutos la incertidumbre de lo que había visualizado hacía apenas unas cuantas horas.

Debía hablar con su padre y ponerle al corriente de todo. Con suerte, Billy sabría guiar al pequeño cachorro antes de que este perdiera la cordura.

El resto de la jornada transcurrió con rapidez entre tareas pendientes y preparativos para las tormentas del invierno que se avecinaban.

El anochecer llegó y la intensidad de los sentimientos que James experimentaba hacia Amanda fueron en ascenso.

Aprovechó que su padre estaba recogiendo varios troncos en el exterior de la cabaña y se acercó a él.

—*Pá* —mencionó el apelativo de forma cariñosa y cercana.

Billy dejó la tarea que estaba realizando para centrar su atención en su hijo, al que notaba preocupado.

—Dime, James. ¿Estás así por la luna? —El patriarca alzó la cabeza y divisó la imponente esfera; quedaba muy poco para que esta luciera su plenitud.

Deseaba que su hijo lograra completar el ritual, pues se negaba a contemplar la posibilidad de tener que llegar a utilizar los métodos que antaño se habían usado con varios de sus congéneres. Él era sangre de su sangre, y dudaba poder llegar a tal extremo.

Escuchó con suma atención y comprendió la inquietud que James sentía. Existían varias posibilidades: la primera era que esa gente fuera real y estuvieran persiguiendo a Amanda; la otra opción, tampoco era muy alentadora... Uno de sus cachorros estaba perdiendo la cordura. Intentó por todos los medios disipar esa angustia diciéndole que eran temores irracionales debido al influjo lunar.

Sin embargo, la sospecha de una amenaza sembró la desconfianza en él, que se negaba a perder a su pequeño...

—Haremos una cosa; mañana, con la excusa de ir de caza, haremos una expedición para asegurarnos de que no hay peligro.

—Está bien, *pá* —aceptó James a regañadientes. No quería alejarse de Amanda, pero era su deber protegerla.

—Hijo, mírame a los ojos —le pidió.

James obedeció, y tragó saliva con fuerza mientras apretaba los puños intentando contenerse. Su mente le gritaba que debía ir a por su mujer, su corazón le suplicaba que debía arroparla entre sus brazos, y la poca cordura que le quedaba clamaba por estar equivocado y que todo fuese un invento de su condición.

—Será mejor que te quedes aquí, yo iré con Matt y los gemelos —determinó el padre. James parpadeó—. Es demasiado peligroso alejarte de tu pareja quedando tan poco tiempo.

También lo era que se quedase. La luna llena estaba muy cerca y no quería ser el culpable de una catástrofe. Dirigió la vista al cielo estrellado y cerró los ojos invocando la figura de su amada.

«Solo quedan cuatro noches».



IX

A apoyando el hombro contra el marco de la puerta de la cabaña, Amanda disfrutaba de las vistas del ocaso, arropada por su característica capa roja. Llevándose las yemas de los dedos a los labios, invocó el recuerdo del beso que había recibido de James esa misma mañana. Expulsó un suspiro al darse cuenta de que estaba comenzando a sentir algo por él, una emoción que debía alejar de su corazón.

La familia Lowell también había conseguido conquistar el cariño de Mandy. Amber, la más joven, siempre estaba pendiente de ella. Le hacían gracia las confianzas que le hacía de sus hermanos, casi siempre para meterse con ellos.

Los inseparables gemelos también hacían lo posible por mantenerla ocupada, mostrándole los caminos por los que podía pasear sin perder el rastro de vuelta a casa. Insistían en lo bonito que sería tenerla allí de forma permanente y le aseguraban que podía considerarlo su hogar si ella quería.

«Hogar...»

Esa palabra era una incógnita para la joven chica. Sin embargo, esbozó una tenue sonrisa al imaginarse una vida apacible con la familia Lowell.

Emprendió el camino en dirección a un pequeño risco para seguir observando el crepúsculo. Las aves volaban extendiendo sus alas en el silencio, mientras la brisa suave mecía los árboles. Era como la perfecta postal de un atardecer de revista; el resplandor del sol bañaba de un tono carmesí las pequeñas nubes, otorgándole al cielo colores repletos de vida: azul, blanco, gris, púrpura y dorados. En plena quietud, reparó en cómo poco a poco el telón de la noche se deslizaba tiñendo sus ojos de nostalgia; echaba de menos a Ava y su vida pasada.

Con tenues rayos que apenas se bifurcaban, el astro se despidió de su amada tarde y todo quedó prácticamente estático, esperando a que la mágica noche lo cubriese.

A ella no le agradaba demasiado esa penumbra; por su experiencia, la maldad de los hombres afloraba en esas horas. Prefería la luz del día y sentir la calidez en el rostro.

—Son unas vistas preciosas —Escuchó a su espalda la voz de la joven Amber.

—Precisamente estaba pensando que me gusta más el día. Ahora apenas se puede ver nada —le aseguró ella—. Da la sensación de que todo esté muerto.

—Es una pena que creas eso. Para mí la noche alberga una belleza casi indescriptible —comentó la chica colocándose a su lado—. ¿Sabes? Las apariencias engañan, la vida no se paraliza ante la oscuridad. Si reparas en ella, esta emerge con más fuerza...

El misticismo al que hacía referencia la pequeña de los Lowell dejó a Amanda un tanto confusa; la frase que acababa de plantear parecía que la hubiese dicho una persona con años de experiencia a sus espaldas y no una joven de dieciséis. O al menos esa era la edad que le echaba. No había conocido a la familia en un contexto normal y, por lo tanto, hasta ese instante no había reparado en ese detalle.

Estuvo tentada de sacar el tema, pero cambió de parecer cuando Amber le habló usando un tono de voz apenado:

—Sé que llevas poco tiempo aquí, pero me encantaría que te quedases.

—Amber, yo no... —Frunció el ceño volteando la cabeza en su dirección.

—Está bien —la interrumpió—, sé que soy una cotilla que hablo sin descanso, y sí, reconozco que casi te tiro de la cama de una patada la primera noche, aunque te dije que lo habías soñado —Forzó una sonrisa de disculpa, pero era evidente que estaba fingiendo.

—Ya lo sabía —aseguró Mandy levantando una ceja e intentando por todos los medios no troncharse de la risa.

—A lo que voy es a que... —Amber agachó la cabeza fijando la mirada en sus manos. Estaba jugando con las yemas de los dedos, perfilando los bordes de las uñas con nerviosismo—, ¿somos amigas?

Amanda parpadeó.

No se esperaba una pregunta como esa. El «sí» se le atascó en la garganta y, pensativa, cerró los ojos un segundo. No quería hacer daño a la muchacha.

—No hace falta que me contestes. Siempre he anhelado tener una y me gustaría pensar que ahora la tengo.

El sonido del viento meciendo las ramas de los árboles fue la única respuesta que obtuvo la pequeña. Amanda no sabía cómo actuar; debería ser sencillo, pero no lo era.

Al poco rato, Amber se dio la vuelta. La temperatura estaba bajando en picado y su hermano no le perdonaría que Mandy enfermase por su culpa. Así que, cambiando el tono de voz por uno más alegre, le dijo:

—Creo que mamá está calentando la cena —Inspiró en profundidad como si fuese capaz de captar el aroma desde allí—. Será mejor que nos apuremos o no nos quedarán ni las migajas. Tienes hambre, ¿verdad? A mí me ruge el estómago.

—Sí, un poco —respondió de manera escueta. Sabía que había cambiado de tema a propósito, pero era mejor así.

De camino, Amber le comentó que al día siguiente saldría de caza.

—¿Con quién vas a ir? —tanteó curiosa.

—Con papá, Matt y los gemelos.

—¿Y...?

—¿James?! —terminó la frase por ella con demasiado entusiasmo—. Mi hermano se quedará.

—¿No suele ir con vosotros?

—Uy, sí.

—¿Y por qué no os acompaña? —cuestionó, mordiéndose el interior del labio inferior.

—Puede que sea por no dejaros solas a mamá y a ti, o puede que exista un motivo más...

—Amber se frenó a los pies de las escaleras del porche. La miró a los ojos y, elevando la comisura de la boca, añadió—: importante.

Cuando Mandy reaccionó, ya era demasiado tarde. La pequeña había subido los peldaños en dos saltos casi acrobáticos, entrando como un torbellino en la cabaña. Ella la siguió con rapidez. En el exterior hacía un frío de mil demonios, y un plato caliente la estaba esperando.

En cuanto puso un pie en el interior, estornudó. Un escalofrío recorrió su cuerpo desde los pies hasta la nuca y se aproximó a la chimenea para poner las palmas de las manos cerca del fuego. Se retiró la capa, posándola en el asiento más cercano, y olvidándose del hambre.

—¿No vienes? Te vas a quedar sin nada —vociferó Amber desde la cocina.

—En un rato, estoy congelada —le indicó mientras se frotaba con más ahínco las manos.

Un gruñido a su espalda le anunció la presencia de James, y puso los ojos en blanco. Se estaba acostumbrado al lenguaje cavernícola del que hacía uso el chico.

—Buenas noches —se despidieron los gemelos al unísono mientras subían a la planta superior.

Amanda se giró para responderles.

—Hasta mañana —comentó ella.

Acto seguido, reapareciendo de la nada, Amber le dio un beso fugaz en la mejilla y le preguntó si quería pasar la noche en el dormitorio con ella. Estaba asombrada por lo rápido que engullían todos ellos.

—Gracias, pero estaré bien aquí.

—Como prefieras —Le guiñó un ojo.

Matt, el mayor de los cinco, la miró por encima del hombro y, sin dirigirle la palabra, se marchó a su habitación. Estaba segura de que a él no le agradaba tenerla como huésped. Los padres, sin embargo, mostraron una gran sonrisa cuando se aproximaron para indicarle que le habían separado su porción de la cena y que se la habían dejado encima de la mesa.

—Muchas gracias.

—No tienes que darlas, niña, esta es tu casa —le recordó Ely.

Por el rabillo del ojo, se quedó observando a James. Esperaba que fuera el siguiente en decirle algo, pero en lugar de eso, lo que sucedió la desconcertó por completo. Abrió la puerta y se fue.

«¿Qué demonios le ocurre a este hombre?!»

James no quería asustar a su pareja, había escuchado en las proximidades las pisadas de un gran oso y decidió ir a comprobar que no se acercaba demasiado al perímetro de los Lowell.

Se despojó de la ropa, quedando completamente expuesto a los elementos. Alzó la cabeza inspirando con fuerza para, acto seguido, permitir que el fuego de su interior se propagase por todas sus extremidades.

Dando un salto hacia adelante, realizó el cambio con rapidez, transformándose en la bestia nocturna que todo el planeta conocía como lobo.

Su aspecto fiero y salvaje era digno de admiración. Tenía el pelaje de un color entre gris y marrón, y su mirada se había transformado por completo, dejando atrás el verde intenso por un ámbar mortífero.

Cuando alguien piensa en un lobo, visualiza un pequeño cachorro de dientes afilados, puede que incluso lo imagine muy mono y adorable. James no era así. Su raza había habitado durante milenios la tierra, pero los humanos les habían dado caza de manera indiscriminada durante siglos debido al miedo y a la incomprensión.

Al llegar a la edad adulta, sus hermanos y él adquirieron una serie de destrezas: velocidad, fuerza, vista, olfato... En definitiva, todos sus sentidos aumentaron exponencialmente, incluida la regeneración ante cualquier tipo de accidente. Poco después, no tardó demasiado en llegar la transformación; la noche les generaba más fortaleza. Y Billy les había explicado en innumerables ocasiones lo que sucedería cuando eso ocurriese.

También les había informado sobre lo que había sucedido con el *clan* en el que se había criado: habían intentado acabar con la vida de su madre por no ser un nocturno como ellos. Ese fue el motivo por el que huyeron hacia el norte, ni más ni menos que a Alaska, una zona que por aquel entonces era desconocida para la mayoría del planeta.

En el pasado, las razas nocturnas como la de su familia se vieron en la obligación de ocultarse del mundo y vivir entre las sombras. Formaban colonias a las que llamaban *clan*.

James conocía la existencia de otro tipo de razas gracias a su padre, pero jamás se había encontrado con ninguna.

Volviendo al presente, sacudió la cabeza al sentir al oso cerca. Lo ahuyentó cuando intentaba acercarse a la cabaña; posiblemente el olor de la cena lo habría atraído hasta allí. Esperó unos minutos para asegurarse de que no regresaba, y al darse la vuelta divisó el leve movimiento de la cortina en la ventana de la planta baja. Escuchó el jadeo de horror que Amanda emitió al verle.

Lleno de dolor, James se alejó presto hacia el río.

—¿Qué sucede? —preguntó Amber bajando los escalones de dos en dos.

Mandy no dejaba de señalar el ventanal con el dedo índice, aturdida por haber visto tan cerca de la casa un lobo de gran tamaño.

—¡Un lobo! ¡Un enorme y gigantesco lobo! —expresó ella alzando la voz.

—¡Mierda! —masculló entre dientes la joven—. Ven, vamos a tomar algo caliente para que te tranquilices. No debes preocuparte, no es peligroso... Más bien es un estúpido —apuntó en un tono inaudible para un humano.

—¿Y eso cómo lo sabes?!

Amber levantó una ceja y estuvo a punto de decirle que cuando la vio en el bosque por primera vez tras su transformación le faltó poco para arrancarle el brazo. Pero creyó que no comprendería la broma y que sería demasiado duro de asimilar. Así que decidió ser un poco más sutil:

—Hace unos días, viste una hermosa loba —Sonrió para sí misma, dándose su dosis de halagos personales—, y no te atacó.

—¡Pero ese de ahí no se parece en nada al del otro día! ¡Ese parece furioso y es... es enorme! —expresó con nerviosismo señalando la ventana—. Seguro que me llega a la altura del hombro y eso no es normal.

—Tampoco es tan impresionante —farfulló molesta.

Frunciendo el ceño, la pequeña de los Lowell la acompañó hasta la cocina. Se había criado viendo a su padre transformarse y nunca se había sentido amenazada; es más, ella anhelaba con todas sus fuerzas ser parte de ese mundo. Y ahora al fin lo era. Sin embargo, lo que debía ser un episodio de alegría y júbilo, se opacaba por culpa de la situación que estaba viviendo James.

Su hermano tenía un serio problema si su pareja no lo aceptaba y Amber no estaba dispuesta a perderle.

«Quedan solo cuatro noches», pensó con amargura la chica. Era muy poco tiempo para que tuviesen la oportunidad de estar a solas. «A no ser que...»

La pequeña sonrió con maldad, cavilando una estrategia para unirlos de una vez por todas sin que hubiese forma alguna de que alguien de la familia los interrumpiera.

Le pasó una taza de café caliente a su futura cuñada y se sentó a la mesa sin dejar de mostrar esa sonrisa llena de astucia ni un instante. Ese gesto amistoso ocultaba un plan y tendría que ponerlo en práctica lo antes posible.



X

Ala mañana siguiente, los pensamientos que James presentaba eran los típicos de alguien a punto de perder la razón; no dejaba de gruñir y de quejarse por sonidos que nadie, ni siquiera su familia, eran capaces de percibir. La bestia que llevaba en su interior quería tomar el control de su mente, y luchaba con todas sus fuerzas para que eso no sucediera; pero el tiempo se le echaba encima y su cordura estaba en juego.

Se negaba a saltar encima de la bella Amanda solo para salvarse a sí mismo. Recordaba el grito que había dado la noche anterior al verlo transformado, y eso le causó en su alma una opresión.

«Jamás me aceptará».

Intentó estar lo más ocupado posible para no centrarse en las paranoias en las que se imaginaba cómo perseguían y daban caza a Mandy. Salió de la cabaña procurando que su mirada no se parase demasiado tiempo en ella, en su pareja de vida.

¡Era imposible!

Sintió el codazo de Jay y volteó la cabeza soltándole un gruñido, otro más para la colección. Su hermano levantó una ceja y realizó un gesto con las manos incitándolo a que fuese junto a la chica.

James negó, era una causa perdida.

La familia al completo salió para despedir al patriarca y a los hermanos. Se irían de expedición durante casi veinticuatro horas para sondear los alrededores en busca de algún tipo de amenaza. Ely abrazó a su marido mostrando preocupación, levantó la vista y Billy depositó un beso en su frente.

—Estaremos bien —aseguró su esposo, sonriéndole de manera cariñosa.

—Tened cuidado —aconsejó James a sus hermanos.

Matt se limitó a asentir antes de girarse para rodear con sus brazos tanto a su madre como a su hermana pequeña. Sin embargo, Jay y Calvin compartieron una mirada cómplice

antes de abalanzarse sobre ellos y rodearlos en un abrazo grupal, logrando que Eli no dejase de reír.

—Marchaos de aquí antes de que me rompáis alguna costilla —les dijo ella.

En el porche, observando la escena a lo lejos, se encontraba Amanda. Una tenue y efímera sonrisa se dibujó en su rostro al ver cómo los gemelos competían por ser el último en darle un beso a su madre. Se frotó las palmas de las manos al sentir el viento gélido del norte, agarró los bordes de su capa roja y, girando sobre sí misma, decidió entrar en la cabaña. El amor que se profesaban entre todos era notable, casi tangible. Era una familia peculiar, no tenía duda alguna de eso. Llevaba pocos días con ellos, pero desde el primer momento la habían acogido con los brazos abiertos. Todos menos el hermano mayor, que continuaba guardando las distancias. Él era el único que sospechaba que ocultaba algo y eso la ponía nerviosa. Agradecía que ese día se marchase con Billy y los gemelos a cazar.

Tendría un día tranquilo con Ely y Amber, o eso pensaba ella. No quiso darle demasiada importancia al hecho de que James también se quedara; se negaba a revivir el beso ardiente que se habían dado y lo que ese acto le había hecho sentir.

No comprendía cómo podía afectarla tanto. Se llevó las yemas de los dedos a los labios de manera inconsciente mientras cerraba los ojos.

Estaba perdida.

El resto del día transcurrió sin demasiadas sorpresas. Bueno... para James cada segundo que pasaba cerca de Amanda era una tortura. Era capaz de saborear el dulce néctar que desprendía sin necesidad de tocarla, así como sentía cada cambio repentino en su ritmo cardíaco cada vez que sus miradas se cruzaban. Intentó distanciarse, salir a correr y poner unas cuantas millas de distancia entre ambos. Pero cuando lo hizo sus síntomas empeoraron, pues la fantasía de ambos en un frenesí de pasión le estaba pasando factura.

Sentado en una roca situada en la orilla del río, James, lleno de frustración, se pasó las manos por el rostro. Su pierna derecha no dejaba de temblar de manera incontrolable. Estaba anocheciendo y su tiempo estaba acabándose.

«Tres noches...»

Llevaba cerca de una hora intentando por todos los medios posibles mantener la calma para poder regresar a la cabaña. Pero la idea de convertirse en una bestia sin alma ni corazón el resto de su vida debido al rechazo de su pareja destinada era demasiado tormentosa.

En cuanto regresasen sus hermanos y su padre, les informaría de la decisión que había tomado. Debía abandonarles...

Cuando se levantó con la intención de volver, el sonido de unas pisadas lo puso en alerta. Encorvó la espalda preparándose para lo que pudiese ocurrir.

¡Era su hermana!

—¿Qué sucede? —preguntó mirando a su alrededor— ¿Dónde está Amanda?

—Yo... James, yo, lo siento tanto... —El corazón de James se saltó un latido, ¿por qué se disculpaba Amber?—. No sé cómo ha podido pasar, estaba conmigo y cuando me di la vuelta...

James avanzó hacia su querida hermana con los puños apretados y los músculos en tensión. La sujetó por los hombros mientras la miraba a los ojos y ella apartó la vista cuando le dijo:

—La he perdido, lo siento.

En ese instante, James enloqueció y soltó un rugido que sonó varias millas a la redonda. Separándose de ella para no dañarla, permitió que su naturaleza lo guiase.

En cuestión de segundos, James se convirtió en un lobo destrozando la ropa que llevaba puesta.

La pequeña Amber se quedó asombrada ante la rapidez con la que se alejaba su hermano. En el momento en que lo perdió de vista, esbozó una sonrisa traviesa y decidió no pensar demasiado en los posibles acontecimientos que pudiesen ocurrir una vez se encontrasen. Incitar a que uno de sus hermanos realizase el ritual era ya de por sí un tanto asqueroso, pero era eso o dejar que el amable y risueño James que conocía se perdiese para siempre.

Estaba cegado por el miedo, respiraba con dificultad, y temía que su peor pesadilla se estuviera materializando. Aunque pasaron pocos minutos, a James le dio la sensación de que llevaba siglos buscando el rastro de Amanda. Cuando la encontró la siguió casi sin aliento. Tuvo que adentrarse en la espesura del bosque hasta que llegó a la entrada de una cueva que le era conocida.

Los distintos túneles formaban un enrevesado laberinto subterráneo, pero él dominaba el terreno. En una zona apartada, existía una terma natural, y todo apuntaba a que su adorada pareja se hallaba en ese lugar. Regresó a su forma humana cuando la luminosidad aumentó. Se quedó petrificado al verla nadando en el agua, tranquila y relajada. Estaba a salvo y eso era lo único que le importaba. La angustia y el temor que había sentido instantes antes fue desapareciendo poco a poco.

La observó en silencio durante unos segundos, hipnotizado por los movimientos que Amanda realizaba con los brazos. El agua emitía un reflejo azulado debido a los rayos que se filtraban por los pequeños huecos del techo helado.

James avanzó hasta la orilla y entró en el agua como si estuviese en trance. Fijando la mirada en la esbelta silueta de la mujer, se situó en el centro de la pequeña laguna. Guardó una distancia prudencial, ya que no se fiaba de sí mismo.

—Creí que te había perdido —sentenció.

Amanda se giró hacia la voz grave de James y se tapó el pecho con los brazos. ¿Qué hacía allí? Amber le había mostrado ese lugar maravilloso y le había dicho que volvería a por ella en un rato, así que decidió darse un baño y entrar en calor.

La mirada que James le estaba lanzando casi detuvo su respiración. Transmitía tantas emociones: deseo, anhelo, un poco de miedo y... pasión. Antes de atreverse a interrogarle en alto, se humedeció los labios con la lengua. Tenía la intención de preguntarle qué demonios hacía allí y dónde se encontraba Amber, pero James emitió un gruñido suave que la dejó sin aliento. No fue un sonido de enfado, sino más bien un gemido. El corazón de ella comenzó a latir con fuerza y el pánico se instaló en su interior. Intentó alejarse y huir de él lo antes posible.

El instinto depredador de James actuó y, persiguiéndola, salieron del agua al mismo tiempo.

—¿Me temes? —inquirió él, acercándose con sigilo a su presa; su amada.

—No me hagas daño —suplicó con un hilo de voz. Estaba intentando cubrir sus partes íntimas con las palmas de las manos, pero el cuerpo le temblaba. No recordaba dónde había dejado la ropa para vestirse.

—Jamás lo haría —aseguró él, cerrándole el paso.

Amanda se fijó en la belleza masculina de su cuerpo. Su poderosa presencia le hizo sentirse fuertemente atraída hacia él. Debía reconocer la verdad; no temía a James, le daba pavor lo que conseguía hacerle sentir solo con su presencia. En el fondo, ella deseaba dejarse llevar, quería olvidarse de todo y sentir...

James podía conseguirlo, estaba segura de ello, pero el temor a salir herida era demasiado grande para Amanda.

—Te deseo y sé que tú también me deseas —Ella negó con la cabeza, dio un paso hacia atrás y su espalda chocó con la pared de piedra—. No puedes engañarme, puedo olerte...

—¿Qué? —susurró.

James cerró los ojos durante unos largos segundos, antes de mirarla de nuevo. El aroma que desprendía fue demasiado para el autocontrol de él.

—Te necesito... —volvió a decir, sin darse cuenta siquiera de que estaba enloqueciendo completamente. Con un movimiento veloz, la sujetó de la cintura acercándola a él.

Mientras la mantenía entre sus brazos, James suplicó en su interior no perder la razón, y mucho menos el control. Expulsó una bocanada de aire intentando serenar su mente. Tenía entre sus manos a la mujer que le daba sentido a su existencia. Debía protegerla, cuidarla y amarla por encima de todas las cosas. Incluso por encima de sí mismo.

—¿Me tienes miedo? —Sondeó su rostro mientras le realizaba la pregunta.

—A ti no —confesó ella.

James estaba demasiado centrado en no convertirse en una bestia delante de Amanda como para percatarse de lo que esa frase escondía en realidad. Alzó una de sus manos y la

posó en su mejilla con la mayor delicadeza que pudo. Acto seguido, ladeando la cabeza, unieron sus labios.

Ella no lo rechazó, situó ambas manos alrededor de su cuello mientras sus sentidos eran completamente cegados por la pasión. Profundizando el beso, James tomó el control, deslizó la mano sujetándola por la nuca y la saboreó como si se tratase de un manjar divino.

—Rodéame —solicitó.

Sin oponerse, ella lo envolvió con las piernas apoyando los talones en sus muslos. Sin más preámbulos, él sujetó sus nalgas y levantó un poco su cuerpo. La punta gruesa de su miembro empezó a jugar con su clítoris, consiguiendo que la excitación creciese. Estaba mojada a causa del deseo, pero no quería precipitarse. Antes de penetrarla, se inclinó una vez más para besar sus cálidos labios mientras acariciaba la sedosa piel de la mujer a la que ya había entregado su corazón.

James intentó controlar a su bestia interna, y gruñendo por lo bajo, se retiró un poco para sujetarse el pene y mantenerlo firme. Se deslizó con facilidad entre los pliegues, pero no entró en ella. Mandy era demasiado estrecha.

La miró a los ojos y le dijo:

—Eres mucho más pequeña de lo que pensaba. Trataré de no hacerte daño.

«¿Hacerme daño?», pensó Amanda. Jamás la había tratado un hombre con tanta delicadeza, con tanto... ¿amor? Ella era consciente de la diferencia de tamaño que existía entre ambos; nunca se había considerado bajita, o como había expresado él, pequeña, pero en ese momento se dio cuenta de que, en comparación con él, lo era.

Abrió la boca para preguntarle qué quería decir, pero no hizo falta. La punta de su miembro la penetró con delicadeza cuando James cerró el espacio entre ambos. Y en ese instante, todo cobró sentido; los ojos de Amanda se abrieron ante el *shock*. Sintió cómo el grosor de su pene obligaba a su cuerpo a estirarse para acogerlo. Anhelaba sentir, deseaba dejarse llevar por la fogosidad de James, pero el pánico la inundó cuando él se introdujo un poco más.

—Esto... no creo que resulte —dijo en un tono irregular.

Cuando sus miradas se volvieron a encontrar, James usó toda su fuerza de voluntad para permanecer inmóvil y asegurarse de que ella se encontraba bien. Sin desviar la vista, observando cada matiz de los ojos de su amada, decidió sincerarse:

—No eres consciente de ello, pero desde que te encontré te convertiste en mi mundo —susurró sobre sus labios. No obstante, pese a las ansias que tenía de poseerla, ella era quien tenía la última palabra—. ¿Qui... quieres que pare?

—¡No! —negó pegando un grito.

Los ojos de James recobraron la esperanza y, recuperando la confianza, le dijo:

—Iré más despacio, ¿de acuerdo?

Amanda asintió.

La alzó hasta casi salir de su cuerpo y comenzó de nuevo, pero en esta ocasión con cada empuje que realizaba conseguía avanzar en su interior un poco más, deteniéndose y esperando hasta que los músculos de su cuerpo se estiraban y acomodaban al grosor de su pene. Continuó moviéndose hasta que estuvo completamente dentro de su ajustado canal, realizando una pausa para permitirle adaptarse a su tamaño.

Amanda respiraba con fuerza, pero la sensación de estar tan llena era increíblemente buena. Él se retiró una vez más, y luego empujó hacia adentro de nuevo. Era tan grande y se sentía tan bien. Sus cuerpos se ajustaban a la perfección. Los jadeos de ambos retumbaban en cada rincón de la cueva.

—Sabía que sería así de increíble —le dijo con voz ronca—. Demasiado bueno.

Manteniendo un balanceo constante, James soltó un gruñido que salió de sus labios entreabiertos, y se retiró de nuevo para empujar con más fuerza.

Amanda vociferó de placer cuando golpeó su hinchado clítoris. Estaba completamente excitada, muy mojada, y sabía que no iba a durar mucho más tiempo. Le sorprendía cómo su cuerpo respondía ante su toque. Sentía pequeñas chispas en cada poro de su piel, y se permitió abandonarse a la lujuria por completo.

James se movió más rápido y sus sentidos aumentaron hasta no poder soportarlo. Su vagina se apretó alrededor de él, y ella juró que su miembro se había puesto más duro en su interior. Gritó cuando el clímax se apoderó de su cuerpo. Sus músculos se contrajeron, y mientras continuaba bombeando una y otra vez, sintió cada sensación como única.

James rugió con su propia liberación, y su rostro se desplomó sobre su cuello. Sus dientes afilados la mordieron con suavidad mientras temblaba. Eso precipitó un nuevo orgasmo que la pilló desprevenida, y provocó que la mordedura de James se pronunciase más.

Amanda abrió los ojos, dándose cuenta de que ya no estaban de pie; se encontraban tumbados en el suelo de la cueva. Lo primero que pasó por su mente fue lo increíble que había sido el sexo. Tanto como para dejarla inconsciente o aturdida durante unos segundos. Bajó la mirada, fijándose en que la cabeza de él estaba apoyada contra su pecho; su calor y su pesada respiración acariciaban su piel.

«¿Qué sucederá a partir de ahora?», pensó Amanda sin saber qué decir.

James alzó la cabeza; sus ojos tenían un brillo inquietante.

—Mía —susurró James antes de volver a besarla.

«¡Oh, mierda!», se dijo a sí misma al saber que, efectivamente, estaba perdida.



XI

Avarias millas de distancia, Matt mantenía una discusión acalorada con sus hermanos, mientras esperaban a que regresase su padre.

—¡Yo solo digo que no me fío de ella! ¡Oculta algo! —repitió el argumento de nuevo.

—Tienes suerte de que James no esté con nosotros o te cortaría la cabeza de un zarpazo —comentó Jay.

—Da lo mismo lo que creas, Matt, Amanda es su pareja y debemos aceptarlo. Solo espero que no tarde en unir su alma a la de ella o perderemos a nuestro hermano —concluyó Calvin.

El silencio se instaló entre ellos. Eran conscientes de la realidad, y pese a lo que pensaba Matt de la chica, también rogaba para que se llevara a cabo la unión.

Billy irrumpió en el pequeño claro donde habían acampado. Ninguno de sus hijos se había percatado de su presencia, y todos se pusieron en guardia al escuchar su proximidad.

—Tranquilos, cachorros, soy yo —les informó.

—¿Has encontrado alguna anomalía? —preguntó Calvin mientras retiraba de la mochila parte de las provisiones para comenzar a preparar la cena.

—No, pero quiero alejarme un poco más para asegurarme —Billy tomó asiento cerca de la hoguera y observó las reacciones de cada uno de sus hijos.

—¡No sé por qué nos arriesgamos tanto por una desconocida! —gritó Matt—. Además, no soy el único que cree que lo que vio James fue una alucinación.

El patriarca entrecerró los ojos y le mantuvo la mirada durante un buen rato, hasta que consiguió que su hijo mayor agachase la cabeza, arrepentido de sus palabras.

—Alucinación o premonición, tanto da. James es de la manada, es vuestro hermano, y nosotros cuidamos de los nuestros. Si existe un peligro que acecha a los Lowell, no lo rehuimos, lo enfrentamos. Juntos, como una familia.

—¡Pero es que ella...! —replicó Matt atreviéndose a desafiar al Alfa.

—¡Ella es la pareja de James! —rugió Billy desde lo más hondo de su pecho.

Matt apretó los dientes y no volvió a pronunciar una palabra más. No se fiaba de Amanda, estaba seguro de que traería problemas a su adorada familia.

Cansado de tener que guardarse esa rabia, se levantó del suelo y caminó, alejándose del grupo. Necesitaba despejar la mente y pensar con claridad.

¿Estaba dispuesto a aceptar a esa mujer en el seno de su hogar por su hermano? ¿Podría llegar a confiar alguna vez en ella? ¿Qué demonios era lo que ocultaba Amanda?

Varias horas más tarde y un poco más sosegado, se percató de lo lejos que había llegado. Debía regresar al campamento...

Se giró con la clara intención de hacerlo cuando, de repente, una figura sombría salió de la nada. Había estado tan inmerso en sus pensamientos que no se había dado cuenta de la presencia de ese humano.

Afinó la vista y activó el resto de sus sentidos. Estaba solo; sin embargo, no iba desarmado. Un descuido podría costarle la vida.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —inquirió el soldado en tono grave.

Matt se mantuvo en silencio mientras analizaba al hombre que avanzaba con pasos cortos hacia él, apuntándole con un arma de gran calibre. Vestía un uniforme blanco que cubría su cuerpo de pies a cabeza, posiblemente para camuflarse en la nieve. La única peculiaridad de su indumentaria era un símbolo enrevesado con las siglas «L.O.S.» que no sabía qué querrían decir. Llevaba puestas unas gafas protectoras que le impedían vislumbrar sus ojos, y eso era un hándicap para predecir sus siguientes movimientos.

Puede que la naturaleza de su raza fuese más fuerte y que la regeneración de su cuerpo también fuera más rápida, pero no eran inmortales.

El humano volteó la cabeza al escuchar el sonido de un animal que merodeaba cerca de ellos y Matt aprovechó para abalanzarse sobre su objetivo. Colocando las manos sobre el rifle, forcejeó, asombrado por la tenacidad y fuerza bruta del hombre. No quería matarlo, pero se dio cuenta de que debía usar parte de su condición nocturna para zafarse de esa situación.

Agarrando ambos extremos del arma, se la arrancó de las manos para luego lanzarla lo más lejos posible. A pesar de lo extraño de la situación, el soldado no dudó y golpeó con dureza el rostro de Matt usando el puño cerrado. La cabeza de este se giró, pero al voltearla le regaló a su adversario una sonrisa llena de ironía.

No le había hecho nada.

El mayor de los Lowell le devolvió el golpe sin contenerse, consiguiendo que el cuerpo del soldado se levantara en el aire y terminase en el suelo.

No obstante, y pese a lo que creyó Matt, el hombre usó sus piernas para desestabilizarle y derrumbarle, para luego, con un movimiento ágil, colocarse encima de él. Usando los puños como única opción, empezó a repartir varios puñetazos que no le daban tregua alguna. Cuando el humano bajó el ritmo de la paliza, Matt escupió a un lado, pues le había hecho sangrar. Lleno de ira, entrecerró los ojos; su mirada había adquirido un brillo sobrecogedor. Empujando el pecho del hombre con ambas manos, no contuvo su energía, la canalizó.

En cuestión de un segundo, el cuerpo del hombre yacía inconsciente a los pies de un árbol debido al golpe que le había propinado Matt. Él se acercó para asegurarse de que respiraba; puede que no le agradeciese el recibimiento que le había dado, pero no era un asesino.

Le retiró tanto las gafas de protección como la capucha exponiendo su cabello negro y percatándose de la juventud del chico. Debía de estar cerca de los veintidós... ¿Qué hacía un chaval como él armado en mitad de la nada?

«Amanda, ella es la culpable...», llegó a la conclusión.

Sin pararse demasiado a inspeccionarle, le arrancó el escudo con las siglas que llevaba a la altura del pecho y se alejó corriendo en dirección al campamento. Debía avisar a su familia, tenía que asegurarse de qué demonios estaba ocurriendo y, sobre todo, era necesario que Amanda les dijese la verdad.

Mientras tanto, en la cabaña Amber confiaba en que su plan hubiese surtido efecto y que el obstinado de su hermano James hubiese realizado el ritual.

Había esperado un par de horas en la salida de la cueva para devolverle a la chica su muda de ropa.

Situada junto a la ventana de su dormitorio, observó la luz de la luna. Estaba casi llena, y siendo la primera vez tras su cambio, la intensidad y atracción que sentía eran abrumadoras.

Su cuerpo y su alma le pedían a gritos arrancarse las vestimentas y permitir que su lado salvaje saliese a flote. Desde su transformación, Amber intentaba escaparse un par de horas cada noche para disfrutar de la libertad que sentía al correr libre por el bosque.

Intentaba ser cuidadosa para que Amanda no se diera cuenta, pero ahora que la luna estaba casi en su apogeo le costaba reprimir las ansias y esperar a que regresase con James para salir.

No tardó mucho en escuchar a lo lejos las voces de ambos. Posando las palmas de las manos sobre el marco del ventanal, se puso de puntillas intentando agudizar el oído.

—¡No te me acerques! —Amber frunció el ceño, la voz de Amanda no sonaba muy amigable.

—No puedes pedirme eso —Uy, su hermano James sí que estaba molesto...

—¡Te he dicho que no te acerques! ¿Qué me has hecho? ¡Respóndeme!

«¡Mierda, mierda, mierda!», se repetía una y otra vez Amber mientras bajaba las escaleras hacia la planta baja.

Abrió la puerta y allí estaban, uno frente al otro, retándose con la mirada. Amber no quiso inmiscuirse más de lo que ya había hecho, pero cuando llevó la vista hacia el cuello de ella pegó un grito de alegría que no supo reprimir.

—¡Ah, lo has hecho, lo has hecho, la has reclamado! —comenzó a dar saltos como si nadie la viese.

Amanda agrandó los ojos y se llevó la mano al cuello. Con las yemas de los dedos rozó la pequeña herida que James le había causado en lo que para ella había sido el mayor de los placeres experimentados hasta el momento. Ruborizada, dirigió su rabia hacia él.

—¿Se puede saber qué clase de familia sois?! ¡Estáis todos locos!

—Amor, deja que te explique... —James hizo el ademán de ir a sujetarla, ya que la necesitaba y deseaba con toda su alma que le entendiese.

Fue en ese instante cuando Amanda mostró por primera vez su verdadero carácter, ese que con tanto ahínco habían intentado arrebatarle. Con un movimiento rápido, golpeó la mejilla de James.

—¿Qué me has hecho? —inquirió ella de nuevo—. No te vuelvas a acercar de nuevo a mí. ¡¿Me has oído?!

Debido al alboroto formado, Ely se levantó y le preguntó a su hija:

—¿Qué ha pasado?

—James ha reclamado a Amanda, pero me da la sensación de que no le ha explicado las consecuencias...

La madre observó con impotencia cómo su hijo se alejaba apresuradamente hacia el bosque, tras darle Amanda la espalda enfadada.

La cuenta atrás de James se había detenido, pero en su lugar otra había dado comienzo. Ahora Mandy estaba dispuesta a mover cielo y tierra hasta descubrir la verdad sobre los Lowell.

Y nadie ni nada la detendría.



XII

Matt se encontraba fuera de sí. Había tardado casi dos horas en llegar al campamento donde le esperaban su padre y los gemelos.

—Estoy seguro de que están buscándola a ella. Nos oculta cosas, no voy a permitir que ponga en peligro a mamá y a Amber —dijo furioso.

—Matt, respira, joder —le indicó Jay—. Seguro que existe una explicación para todo esto.

—¿Seguro que era un humano? —planteó Calvin fijándose en la marca que su hermano lucía en la mejilla—. Te ha dejado más feo de lo que eres —Intentó no reírse de su propio comentario, pero no lo consiguió debido a que Jay soltó una carcajada.

—¡Era un humano! Tuve suerte de no acabar muerto, llevaba un rifle y conseguí desarmarlo antes de que me volase la cabeza —les informó molesto.

Billy se mantuvo en silencio mientras su primogénito relataba lo que le había sucedido. Ahora entendía tanto la visión de su hijo James como la de su hija Amber. Su raza era capaz de sentir las amenazas incluso antes de que estas se presentasen, y en ocasiones se mostraban en forma de visiones o sensaciones tan reales que eran difíciles de distinguir.

Dando un paso al frente, el padre decidió hablar:

—Debemos regresar a casa y avisar a James de la amenaza —Dirigió la mirada a Matt, para así dejarle claro cuál era su postura—. Te recuerdo que Amanda es ahora una Lowell, y protegemos a los nuestros.

Su hijo no estaba de acuerdo, jamás aceptaría a una mujer que era capaz de poner en peligro a su familia.

El destino había querido que James encontrase a su pareja, pero lo que para algunos era una bendición, para Matt suponía un cambio enorme en su estilo de vida.

A diferencia del resto de sus hermanos, él no encontraba atractiva la idea de emparejarse de por vida con una total desconocida. «¿Por qué quedarse atado a una sola persona, cuando existen tantos peces en el río?», pensaba.

Dando una fuerte palmada, Billy consiguió que le prestasen atención de nuevo.

—¿A qué esperáis? Tenemos que ponernos en marcha —les indicó con premura.

A varias millas de distancia, en el acogedor hogar de los Lowell, Amber se lamentaba por haber sido la causante de precipitar el ritual entre James y Amanda. Era capaz de oír a su amiga y ahora cuñada farfullar palabras incoherentes dirigidas a su hermano. Se sentía culpable y no tenía ni idea de cómo solucionarlo.

Su madre intentaba darle ánimos. Le sirvió una taza caliente de la infusión que ella misma preparaba a base de varias plantas de la zona.

—*Má*, ¿crees que me llegará a perdonar? —Alzó la mirada, sin levantar el mentón de la mesa.

—Por supuesto que sí —aseguró Ely—, solo necesita tiempo para asimilarlo todo. Deberías irte a la cama y descansar. Mañana llegarán los chicos y veremos qué sucede.

—¿Papá está de regreso? —se irguió Amber llena de curiosidad.

—Sí —afirmó ella.

—¿Qué han averiguado? —continuó la pequeña, inquieta.

—Cariño, el vínculo no hace que pueda leer la mente de tu padre, te lo he explicado un millar de veces.

—Lo sé... —respondió ella, poniendo los ojos en blanco.

Conocía de sobra las capacidades que se adquirirían al emparejarse y realizar el ritual con la pareja destinada. Sin embargo, no dejaba de tener sus dudas.

Sabía que ambos eran capaces de reconocer los sentimientos y emociones de la otra persona hasta el punto de sentirlos como propios. En el caso de una pareja humana, esta adquiriría mayor fortaleza y su longevidad aumentaba para equilibrarse a la de su cónyuge.

—Papá nos llegó a contar que, antes de encontrarte, en su manada conoció a un matrimonio que aseguraban tener trescientos años y aparentaban menos de treinta. ¿Es eso posible? —Ely esbozó una sonrisa.

—No lo sé, no llegué a convivir entre ellos. Lo único que te puedo confirmar es que se envejece de una manera más lenta, me imagino que será debido a la naturaleza de...

Ely dejó la frase a medias al ver que Amanda entraba en la estancia.

—Continúa —la instó Mandy.

—Debes hablar con mi hijo —le indicó la mujer.

Amanda tenía la sensación de que su mente y su corazón ya no le pertenecían. Se estaba volviendo loca.

Unas horas antes estaba entre los brazos de James, dejándose llevar por la lujuria y el placer. Y cuando él la mordió, sintió cómo una corriente le recorría el cuerpo de pies a

cabeza, arrastrándola por un abismo de pasión incontrolable.

Después de perderse en el éxtasis que le provocó el orgasmo más brutal de su vida, recuperó el aliento, y al poco rato notó cómo él usaba la lengua para lamerle la zona donde le había hincado el diente. Un escalofrío la devolvió a la realidad en el instante en que la reclamó. «Mía», le había dicho él.

«No soy un objeto, no pienso volver a sentirme presa de nada ni de nadie», pensó. Tenía la intención de recriminárselo, pero se había alejado de él sin ser capaz de mirarle a los ojos porque en el fondo sabía que James no era un hombre cualquiera. No obstante, fue en ese instante cuando lo averiguó; algo en su interior había cambiado.

En su cabeza, como si de un eco de fondo se tratase, era capaz de sentir y apreciar elementos que antes no estaban ahí: dolor, tristeza, decepción, incertidumbre y... arrepentimiento. Eso último la puso furiosa. Ella no estaba arrepentida, ¡tampoco estaba decepcionada!

Así que, sin tener la certeza de lo que le ocurría, arremetió toda esa rabia causada por el miedo contra James. Discutió con él a pleno pulmón mientras se dirigía hacia la salida de la cueva, y su enfado fue en aumento tras descubrir que Amber se había llevado su ropa. Por suerte, la encontró al llegar al final del recorrido. Se vistió con rapidez y durante todo el trayecto de vuelta a la casa no le dirigió la palabra.

Hasta que estalló de nuevo al escuchar cómo le pedía perdón.

¡Perdón!

—¿Se puede saber dónde está James?! —inquirió volviendo de nuevo a la conversación.

—Lo más seguro es que regrese al alba —le comentó Ely.

La pequeña Amber se levantó de la silla y la miró con arrepentimiento.

—Yo... lo siento —se disculpó, bajando la mirada mientras alternaba el peso de un pie al otro.

Verla en esa situación consiguió aplacar de alguna manera la cólera que sentía Mandy. Expulsó el aire de sus pulmones resoplando y le dijo:

—No tienes por qué sentirlo, no sucedió nada que no quisiera —Tras darse cuenta de lo que acababa de declarar en alto, sus mejillas se tornaron de un leve carmesí—. Mejor me voy a dormir.

—Buenas noches, nosotras también lo haremos —se pronunció Ely.

Esa noche, Amanda fue incapaz de pegar ojo, había demasiadas sensaciones en su interior y muchas incógnitas que necesitaban respuesta. Las horas se sucedían unas a otras y la necesidad de mantener una charla con James se incrementaba. Estaba dispuesta a plantarle cara si era necesario. Y lo haría.



XIII

Tal y como predijo Ely, James apareció con el primer rayo de sol de la mañana. Ni pudo ni quiso enfrentarse a Amanda antes porque las emociones que ella estaba proyectando hacia él eran de vergüenza, rabia y pena.

Nada que ver con aquellas historias que sus padres le habían contado del verdadero amor y de sentirse pleno.

Era consciente de que tenía que mantener una conversación con ella y explicarle qué era.

En cuanto entró en la cabaña, todos sus propósitos pasaron a un segundo plano. Tanto su padre como sus hermanos habían llegado y Matt sujetaba el antebrazo de Mandy con fuerza mientras le preguntaba en un tono hostil por un hombre armado.

—¡Contesta! —increpó a la chica con brusquedad.

Justo cuando Billy iba a intervenir, James abrió la boca para soltar un gruñido que los tomó por sorpresa. Apretando los puños con fuerza, avanzó hacia él y Amanda se dio cuenta de cuáles eran sus intenciones antes que nadie.

—¡Suéltala! —le ordenó, fijando su mirada en la mano de su hermano que seguía reteniendo a su pareja. Comenzaba a sentir el cambio abrupto en su interior.

¡Iba a transformarse!

Los gemelos se interpusieron entre ellos intentando calmarle. Y en cuestión de segundos, tanto la madre como la hermana pequeña llegaron preocupadas ante tal alboroto.

—Matt, te prometo que te lo contaré todo, pero creo que será mejor que hagas caso a tu hermano... —le indicó Amanda.

—Déjala —le ordenó Billy a su hijo mayor.

Reticente, Matt terminó acatando el mandato de su Alfa.

En ese instante, Mandy no lo dudó, caminó hacia James buscando que le devolviera la mirada. Mostrando las palmas de las manos, Calvin y Jay se hicieron a un lado, dejándole

el camino libre.

—Mírame —le pidió a James. Luego posó ambas manos en su pectoral y alzó la vista buscando su mirada—. Estoy bien...

La voz de Amanda se escuchaba como un leve susurro intentando abrirse camino en la mente de James.

«¿Por qué su hermano había atacado de esa manera a su pareja? ¿¿Cómo se atrevía a ponerle las manos encima?!»

Furioso, su respiración errática comenzó a normalizarse poco a poco gracias a las caricias de Amanda. Parpadeó por primera vez después de un buen rato y abandonó la idea de desmembrar a su hermano mayor cuando bajó la cabeza y unieron sus miradas.

Amanda pudo verificar que no se lo había imaginado, el color de sus ojos estaba cambiando. Como si de un pequeño remolino se tratara, pasó de tener un ámbar amenazador, al verde lleno de vida que tanto le gustaba.

—James —Matt acababa de mencionar su nombre, consiguiendo alterarlo de nuevo.

Mandy tuvo que ejercer presión con sus pequeños brazos y le lanzó una mirada asesina por encima del hombro.

¿Es que estaba loco?

Lo único que se le ocurrió para que ningún hermano saliese herido, fue intentar disuadir a uno de ellos. Y estaba claro con cual de los dos lo iba a intentar.

—James, escúchame. Tenemos que hablar de lo de anoche, ¿quieres que vayamos a...? — No fue necesario continuar hablando. Él reaccionó *ipso facto* levantándola en el aire y cargándola en el hombro con demasiada facilidad.

En esta ocasión, Amanda lo permitió sin oponer resistencia alguna.

Salieron de la cabaña y se dio cuenta de que la ruta que él estaba realizando era el mismo recorrido que había realizado con Amber el día anterior; se dirigían de nuevo a la cueva.

¿Qué pretendía llevándola allí?

Mientras tanto, en la casa las preguntas sobre lo que acababa de suceder se interponían unas a otras. Amber se mantuvo en silencio, escuchando la reprimenda que su padre estaba echándole a Matt:

—Esta no es la manera de tratar a la pareja de tu hermano —le indicó Billy.

—¡Necesitamos respuestas! Es necesario que nos diga lo antes posible en qué lío nos ha metido —replicó él, mientras buscaba en el interior del bolsillo de su pantalón el trozo de tela que le había arrancado al soldado con las siglas «L.O.S.».

—Estoy de acuerdo contigo, pero has estado a punto de provocar un altercado de dimensiones catastróficas —Billy negó con la cabeza.

—No tienes ni idea de lo cerca que has estado de la muerte —intervino Jay alzando una ceja.

—No me habría matado —negó con arrogancia, sacando pecho.

El padre no estaba tan seguro de eso, ya que conocía el sentimiento de protección que generaba la unión con la pareja destinada. Y sabía que incluso habiendo un vínculo tan fuerte como el de la sangre, James siempre antepondría a Amanda ante todos.

Los gemelos, al darse cuenta de lo alterada que se encontraba su madre, se aproximaron a ella para decirle que todo iría bien y que no se angustiara. Amber iba a hacer lo mismo, pero al pasar cerca de Matt percibió el aroma de la tela que aún sujetaba entre los dedos.

—¿Lo has matado? —preguntó con un nudo en la garganta.

Su hermano mayor frunció el ceño.

—No soy un asesino, lo dejé inconsciente —le aseguró.

El alivio que sintió ella se vio reflejado en su rostro angelical y, mordiéndose el interior de la mejilla, le preguntó:

—¿Qué significan esas letras? ¿Dónde lo encontraste? ¿Es cierto que iba armado? —Las dudas se le acumulaban a la joven y necesitaba... quería respuestas.

Matt abrió la boca para responder, pero su padre intervino usando una voz autoritaria.

—¡Basta! Si es cierto que una amenaza está por llegar, será mejor que nos preparemos y dejemos de discutir entre nosotros —Volteó la cabeza hacia los gemelos y los señaló—. Vosotros habéis descansado más que Matt, id a comprobar la zona norte y este. Amber y yo nos ocuparemos del sur y el oeste.

Giró la cabeza y fijó la mirada en Matt.

—Quedas encargado de la cabaña y de la seguridad de tu madre. En caso de que regrese tu hermano y no estemos, tienes prohibido cualquier tipo de acción contra Amanda —El hijo agachó la cabeza, apretando los puños con fuerza—. Espero no tener que repetirlo.

—Lo he entendido —terminó asegurándole mientras se daba la vuelta para subir a su dormitorio.

A mitad de camino, el carraspeo de la garganta de Billy a su espalda hizo que girase la cabeza. Su padre tenía la mano extendida; quería que le diera el trozo de tela que le había arrancado del uniforme al soldado.

Se lo entregó bajo la atenta mirada de su familia.

En ese mismo momento, James llegaba a su destino. Entró en la cueva sin necesidad de portar ninguna antorcha, conocía todo el terreno a varias millas de distancia de memoria porque se había criado allí. Al fin y al cabo, sus padres se habían asentado en esa tierra unos ochenta años atrás.

Cuando llegaron a la terma, posó a Amanda en el suelo con delicadeza y mimo. Asombrada por el trato que le estaba dando, intentó enfocar la vista en la figura de James, pero era inútil; estaba en la más absoluta oscuridad, algo que a ella no le agradaba demasiado. ¿Por qué no había luz?

Alzó la mirada en busca de los destellos que el día anterior se filtraban por el techo, pero de allí no salía nada. Pensó que era debido a que el sol estaba aún muy bajo. Cerró los ojos con fuerza, debía tranquilizarse para que James no se alterase más.

No le gustaba sentirse entre las sombras.

En cambio, él no tenía esa dificultad, poseía la ventaja de admirar la belleza que desprendía su pareja sin problema alguno. Se debatía entre arrancarle la ropa que llevaba puesta y poseer su cuerpo hasta convencerla de que eran uno, o...

No había una segunda opción, en su mente solo deseaba volver a entrar en su cuerpo y olvidar que el mundo seguía girando.

Se desvistió, quedando desnudo frente a Mandy, pero ella continuaba sin poder verlo, así que se arrodilló a su lado y sujetó la mano de ella con cautela.

Dando un salto repentino, Amanda emitió un pequeño grito.

—No me temas, nunca te haría daño —le susurro él, colocándole la palma de la mano a la altura de su corazón, y le dijo: —¿Sientes eso? Te pertenece desde el día que llegaste a mi vida.

Ella entreabrió los labios expulsando el aire de sus pulmones; todo estaba sucediendo con demasiada rapidez. La lógica le recordaba que casi no lo conocía, que era imposible sentirse tan ligada a un hombre en apenas una semana.

Sintió cómo los labios de James se posaban sobre los suyos con suavidad, consiguiendo que dejase la mente en blanco y se centrara solo en sus movimientos, percibiendo cada toque y cada caricia como la más esperada y deseada en el planeta.



XIV

Las manos de Amanda se aferraban a los brazos de James como si de un salvavidas se tratase, mientras él profundizaba el beso.

Estar a oscuras incrementaba cada uno de sus sentidos; era capaz de escuchar la respiración agitada de ambos y el murmullo del agua en movimiento de la terma. También sentía las yemas de los dedos de James recorrer su cuello, clavícula y hombros como nunca. Le encantaba esa sensación, pero tuvo que romper el beso para respirar, y lo hizo. Echó la cabeza hacia atrás, soltando un gemido que se prolongó durante un segundo.

A su vez, James atacó sin piedad e introdujo una de sus manos entre las prendas que vestía Amanda; tenía la necesidad imperiosa de sentirla bajo su cuerpo y de hundirse entre sus piernas. Sin lugar a dudas, era adicto a ella. Los pensamientos de Amanda fluctuaban entre la pasión y la indecisión. Él la podía leer con tanta claridad, que quiso ir un paso por delante para que no cambiase de opinión.

—Te necesito —le susurró.

Y ella también, pero...

—James, para, no puedo continuar —le suplicó ella reuniendo el valor suficiente para expresar lo que le sucedía—. Esto no es normal, necesito que me cuentes qué me hiciste.

—Después... —murmuró él, volviendo a besarla con rapidez. Sus manos ágiles ascendieron por su vientre hasta llegar a sus pechos. Realizó un movimiento de pelvis y ella sintió su erección.

—Para —le costó pronunciar.

A regañadientes, él obedeció. Se alejó de su pareja y se levantó molesto. Y no con ella, porque sabía que tenía toda la razón para exigir respuestas, estaba en todo su derecho de pedir las.

Pero ¿cómo abordar miles de años sobre sus orígenes sin que le temiese?

Hablar no era lo suyo, eso se le daba bien a Jay o a Calvin; él era más de actuar, de hechos y acciones.

Se arrodilló al lado de ella y sujetó su mano.

—James, ¿qué haces? —le preguntó.

—Quiero mostrarte quién soy —respondió él, misterioso.

—No veo nada, ¿a qué te refieres?

—Prométeme que no te asustarás —le rogó— ¿Confías en mí?

—Yo... —Amanda no sabía qué decirle, su mente racional le aconsejaba ser cautelosa, mientras que su corazón no entendía de razonamiento alguno y simplemente deseaba retenerlo junto a ella—. Sí.

Susurró la breve sílaba esperando algún tipo de movimiento o respuesta por parte de él. Pero lo que sucedió fue que James la soltó.

—Cierra los ojos —le solicitó.

Amanda frunció el ceño, ¿por qué debía cerrar los ojos si no era capaz de ver nada allí metida?

—Hazme caso, será mejor así. Necesito que te concentres en lo que sientes y no en otras sensaciones.

Amanda obedeció sin tener ni idea de lo que pretendía demostrarle. Pegó un saltó al percibir movimiento cerca de ella y tragó saliva con fuerza.

—¿James? —mencionó su nombre, negándose a la idea de que la hubiese dejado sola en aquel laberinto.

Acto seguido, Amanda reparó en que no lo estaba. Usando las palmas de las manos y los pies como apoyo, se fue arrastrando hacia atrás hasta que su cabeza chocó con la pared de piedra.

—¡Ay! —Se llevó la palma de la mano a la zona, sintiendo cómo palpitaba.

Decidió que era mejor quedarse quieta y no arriesgarse a salir herida, así que se sentó apoyando la espalda en la fría superficie rocosa. No había pasado ni un minuto cuando sintió que algo o alguien le lamía el dorso de la mano. La respiración se le atascó de golpe, pero no gritó; si era algún tipo de animal eso la perjudicaría.

Aplacó su miedo recordando el consejo que le había dado James, y se concentró en ello.

Con cautela, permitió que, ¿el animal?, siguiese lamiéndola.

Se pasó la lengua entre los labios con nerviosismo y, de pronto, empezó a percibir temor, tristeza, dolor y melancolía.

¡Pero no provenía de ella! Abrió los ojos de golpe y notó cómo la bestia que estaba a su lado dejaba su mano para posar la enorme cabeza sobre sus muslos. El único movimiento que se atrevió a realizar fue levantar los brazos con miedo.

El sonido apenado y lastimoso del animal ablandó el corazón de Mandy, que con precaución, terminó hundiendo las manos en el pelaje sorprendentemente suave y sedoso. Movi6 los dedos con pereza y todo cobró sentido. ¡Era imposible!

—Ja... ¿James? —Se atragantó ante la posibilidad de que fuese real.

Júbilo, impaciencia, alegría, y... amor.

Amanda buscó entre la penumbra algo de claridad que le permitiese averiguar a qué se enfrentaba. De pronto, el animal se levantó y, acercando su hocico a su rostro, fijó su mirada en la de ella.

La mirada ambarina que deslumbró a Amanda le resultó familiar. Era él, era James. Se tocó el cuello recordando el mordisco que le había dado la noche anterior y enloqueció.

—¡Hijo de puta! —gritó, levantándose con rapidez.

Furiosa, intentó alejarse, pero se frenó al escuchar la voz grave de James.

—¡Espera, te vas a hacer daño!

—¿Daño?, ¿estás de broma? ¿Se puede saber qué eres y en qué me voy a convertir?

Amanda empezaba a hiperventilar, todo era una locura. En realidad toda su vida lo era, pero ahora acababa de llegar a niveles astronómicos. Intentando mantener la calma, James sujetó a su pareja por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—No te vas a convertir en nada —Sonrió ante tal ocurrencia—. El mundo está repleto de razas que el ser humano desconoce, y entre ellas está mi familia.

—¿Qué... qué sois? —volvió a preguntar ella, temblorosa.

—A lo largo de la historia nos han bautizado con decenas de nombres: Varkolak, Varulv, Ihmissusi, Weerwolf, Farkasember, manusia serígala, Bleidd-ddyn, varúlfur, wilkolak, vârcolac —Mandy empezaba a marearse ante tantos apelativos, pero se mantuvo en silencio mientras James le enumeraba el resto—, werewolf, Werwolf, Varulv, loup-garou, Lobishome, Luisón, Lobizón, libahunt; pero el más conocido de todos es licántropo.

Amanda ahogó un grito de asombro ante esa definición; eran lobos.

Tenía tantas preguntas, tantas incógnitas sobre el tema, que no supo con cuál comenzar.

—¿Por qué me mordiste? —Se ruborizó al darse cuenta de por dónde iban sus pensamientos.

—Porque eres mía —respondió escueto.

—¿¡Qué dices!?! —exclamó—. No soy de nadie.

—Eres mi pareja destinada. Cada uno de nosotros tiene una, y tú eres la mía. Me perteneces de la misma manera en que yo te pertenezco a ti —dijo con solemnidad.

Con esa última frase consiguió que Amanda no se cabrease tanto ante su posesividad, pero sintió que la cabeza le iba a estallar. Necesitaba que le contase la verdad de todo.

—No comprendo nada —Negó con la cabeza.

—Cuando te vi en el río por primera vez, te reconocí al instante, y con cada día que pasaba la conexión entre ambos iba en aumento. En mi caso la intensidad es mucho mayor, pero es innegable que tú también la sientes.

—¿Entonces la culpa de...? —Realizó un gesto con los brazos, ofuscada por todo—. ¿No tengo elección? ¿Soy tu pareja destinada porque tú lo dices y ya?

—Eres la parte que le faltaba a mi alma para completarse —La abrazó con ternura—. Pero jamás te obligaré a nada, eres libre de elegir.

La idea de dejarle tampoco era de su agrado.

—James, ¿dime qué va a pasarme?

—Con el avance de los días nuestros corazones se unirán con mayor fuerza, con el tiempo formaremos una familia, y me aseguraré de protegerla —Amanda agrandó los ojos al escucharle mencionar la palabra «familia». Negó con la cabeza y decidió insistir en lo que realmente le preocupaba.

—Necesito que me expliques con detalles qué me sucede —le imploró—. Tengo la sensación de que la cabeza me va a estallar.

—El ritual de emparejamiento es la unión y aceptación de una pareja. Ayer me aceptaste sin ser consciente de ello y sé que no era lo más correcto, pero no pude contenerme —Ella tampoco lo hizo, le gustó y disfrutó de cada segundo—. Como te he dicho, no te convertirás en loba, eso es algo hereditario, a diferencia de otros nocturnos —«¿Otros nocturnos?»—. Pero estamos unidos y mantenemos una conexión única; puedes sentir mis pensamientos, y a medida que estemos más tiempo juntos, tu salud y fuerza aumentarán, así como tus otros sentidos.

—¿Me has convertido en una supermujer? —comentó ella asombrada.

James empezó a reírse, su pareja era bastante graciosa.

—Amor, siempre has sido una supermujer —aseguró él, siendo capaz de ver la sonrisa tímida de Mandy.

Varias horas más tarde, y por culpa del hambre, James se vistió y acompañó de la mano a Amanda hasta la salida de la cueva.

Caminaban con los dedos entrelazados en dirección a la cabaña cuando escucharon unos gruñidos.

—Ven —le indicó James, entusiasmado.

Apartándola de la senda, separó varios arbustos y le señaló un lugar alejado. Ella enfocó la mirada forzando la vista, con mucha intriga. ¿Qué quería mostrarle?

Dos lobos completamente idénticos estaban correteando entre la nieve, uno saltó sobre el lomo del otro y abrió la boca mostrando los dientes. Amanda se tapó la suya con miedo de que se fuesen a hacer daño, pero en lugar de eso, lo que ocurrió fue que le mordisqueó la oreja al que estaba debajo.

Más tranquila, dio un paso al frente para verlos con mayor detenimiento. Pisó una rama, que debieron de escuchar, porque inmediatamente ambos voltearon la cabeza a la vez.

—Se lo he contado —intervino James, hablando con naturalidad hacia ellos.

—Ellos... son... ¿Ellos son Calvin y Jay? —Amanda seguía creyendo que todo era un sueño, una ilusión causada por algún tipo de droga experimental.

—Sí, lo son. Incluso en esta forma son como dos niños —Se rio al saber que los gemelos habían escuchado su burla—. Será mejor que nos marchemos, no quiero conocer tus pensamientos en el caso de que se transformen de nuevo.

La risa de Amanda era música para los oídos de James. Continuaron su trayecto y no tardaron en llegar a su destino.

—Hoy mismo comenzaré a construir otra cabaña, necesitamos nuestra propia casa — James estaba pletórico, tenía tantas ganas de crear un futuro con su amada...

Sin embargo, a Amanda eso le creó un miedo enorme. *La Orden de Sandor* jamás permitiría que eso tuviese lugar, estaba poniendo en peligro a los Lowell y no soportaría que le pasara algo a James por su culpa.

Él notó al instante el cambio de humor. Iba a preguntarle qué le pasaba cuando se vio interrumpido.

—Estábamos esperando a que regresaras —se expresó Matt con los brazos cruzados desde la puerta de la casa.



XV

Hacer memoria era, sin duda alguna, una tortura para Amanda. Cuando empezó a notar que su corazón le oprimía el pecho y su garganta se cerraba, sintió cómo la mano de James apretaba levemente la suya.

Más relajada, entró en la cabaña. La estaba esperando sentado a la mesa el patriarca Billy Lowell. No percibió odio en su mirada; sin embargo, su presencia no dejaba de impresionarla.

—Amanda, en esta manada no tenemos secretos, y ahora que formas parte de ella necesitamos que nos cuentes la verdad —le indicó él, realizando un gesto con el brazo para que tomase asiento.

Miró de reojo a James, quizás en busca de apoyo psicológico, o puede que simplemente para que no la dejase a solas. Pero se alegró cuando él acarició con suavidad el dorso de su mano y la acompañó sentándose a su lado. En un principio pensó que iba a hablar a solas con el padre, pero se fijó en que Matt acababa de tomar asiento a su derecha.

Ely y Amber también estaban presentes, y los gemelos entraron en la casa apresurados pero sin perder la sonrisa de sus rostros.

Una vez estuvieron todos en sus respectivos asientos, Billy habló:

—Somos todo oídos, cuéntanos qué sucede.

Colocando las manos sobre la mesa, fijó la mirada en él. Tragó con fuerza antes de abrir la boca y soltar un suspiro que se alargó más de lo habitual. Estaba tan segura de que los planes de futuro que James pretendía para ambos jamás se convertirían en una realidad, que la tristeza y la melancolía brotó con naturalidad a través de su voz.

—Intentaré ser lo más breve posible, aunque para comprender el alcance de lo que sucede, es necesario que os cuente antes cómo llegué a esta situación —Intentó organizar en su mente cada recuerdo antes de proseguir—. Nací y me crié en Albany, Oregón. Mis padres tenían una cerca blanca rodeando el jardín y un columpio que compraron expresamente para mi tercer cumpleaños...

Llevaba tanto tiempo sin permitirse añorar su antigua vida, que las imágenes de los rostros de sus padres le llegaron súbitamente. La dulce sonrisa de su madre antes de ofrecerle un abrazo, o la contagiosa risa de su padre; pero las reprimió con todas sus fuerzas o las lágrimas llegarían, y no era momento para llantos.

Recuperando la compostura, alzó el mentón hablando:

—Cuando cumplí los dieciséis años, un equipo de médicos acudieron al instituto en el que estudiaba. Dijeron que debían tomar muestras de sangre para no sé qué historia... —Soltó una risa fingida llena de sarcasmo—. Ninguno de mis compañeros prestamos atención al motivo, y la verdad es que lo único que nos importaba en aquel instante era librarnos de la clase de Álgebra del señor Jenkins.

Dando un golpe seco en la mesa, Matt interrumpió, cansado de que Amanda diese rodeos a la historia en lugar de otorgarles la respuesta que necesitaban.

—¿Qué relación tiene el color de la casa de tu niñez con lo que pasa ahora?! —dijo él, fulminándola con la mirada y consiguiendo a su vez que su hermano se levantara de la mesa gruñéndole.

—¡Basta! —ordenó Billy con rotundidad. Sus ojos se habían oscurecido por completo y sus dos hijos no tardaron en asentir en silencio mientras aceptaban la imposición—. Dejad que la chica continúe.

Amanda agradeció la intervención del padre, temía un nuevo enfrentamiento entre los hermanos por su culpa.

—Como iba contando, al día siguiente de la extracción, cuando iba de camino al instituto, una furgoneta apareció de la nada y dos personas con pasamontañas se bajaron con rapidez de ella. Me sujetaron los brazos y me arrastraron al interior.

»Creo que me debieron de drogar, porque no recuerdo bien cómo llegué a la pequeña celda en la que desperté. Pasaron días, semanas... La verdad, no sé con seguridad cuánto tiempo estuve allí metida. Grité hasta quedarme sin voz y golpeé con los puños las paredes sin conseguir nada. El único contacto que obtuve de otro ser vivo fue a través del hueco de la puerta por donde me pasaban una vez al día comida y agua para seguir con vida. Pero yo no quería vivir, deseaba que todo acabase.

Amber se tapó la boca horrorizada.

—Los mataré, te prometo que los perseguiré y los mataré —vociferó James, volviéndose loco.

Para Amanda era duro revivir aquello. Así que, haciendo oídos sordos a lo que sucedía a su alrededor, se centró en acabar.

—Decidí dejar de alimentarme y de tomar líquidos. No sé cuánto tiempo transcurrió exactamente hasta que abrieron la puerta y me llevaron a otra zona. Me querían con vida, pero no sabía el motivo. Pasó bastante hasta que me juntaron con otras chicas —Bajó la mirada y se retorció los dedos al recordar a Ava—. Así fue como até los cabos sueltos. A todas nos habían visitado en nuestros centros de estudio para realizar unos análisis de

sangre. Querían algo de nosotras pero no nos decían el qué; nos suministraban drogas que nos dejaban idas, alguna fue violada por su carcelero, y nos torturaban viendo cómo mataban a quien se resistía. En nuestro último traslado, aproveché la oportunidad y me lancé desde un puente al río. Esa mañana había escuchado que estábamos listas para la siguiente fase del experimento. Me daba igual morir, solo quería que todo acabase.

La ira estaba controlando por completo a James, que se alejó de su amada pareja para evitar dañarla. Temía perder el control y cambiar de fase en plena cocina; en su mente solo se repetía una y otra vez la palabra caza.

Perseguiría a esos bastardos, los descuartizaría uno por uno y les haría pagar.

—Respira hondo y mira a tu pareja, está aquí contigo. Está sana y salva... —le aseguró su padre—. Amanda, James te necesita.

Con la mirada perdida, sin apenas ser consciente de lo que la rodeaba, Mandy susurró su nombre.

—*La Orden de Sandor...* —Todos clavaron la mirada en ella—. Jamás lo vimos, pero los soldados que nos custodiaban hablaban de él como si de un dios se tratara.

—¿Cuántos? —preguntó Billy.

Iba a responderle cuando el fiero gruñido de James resonó de tal modo que las ventanas temblaron. Amanda arrastró la silla para levantarse e ir hacia él, pero James estaba demasiado colérico. Solo consiguió llegar a mitad de camino antes de que él saliese por la puerta.

Cerró los ojos con fuerza, arrepentida de haber aparecido en la vida de los Lowell.

—¿Nadie va a ir tras él? —inquirió al darse la vuelta.

—Mi hermano sabe cuidarse solo —le indicó Matt.

—Amanda, no te preocupes por mi hijo. Volverá cuando sepa que puede controlarse. Ahora dime, ¿cuántas personas os custodiaban?

—En la instalación en la que estaba yo, llegué a distinguir a una veintena. Pero a menudo se jactaban de que nuestros intentos de huida eran una pérdida de tiempo diciéndonos que había millares de ellos repartidos por todo el mundo. No sé qué pretendían hacernos...

—Nada bueno, eso seguro —masculló Matt. Volteando la cabeza y dirigiéndose a su padre, le preguntó—: ¿Es eso posible?

Billy sacó del bolsillo el trozo de tela que su hijo había arrancado del uniforme del hombre que lo atacó, y con la yema del pulgar tocó las siglas:

«L.O.S.»

Era real y estaba sucediendo en ese instante.

—Eso parece... —respondió a su hijo—. Eso parece.



XVI

La tensión se palpaba en el ambiente. Habían pasado un par de días desde que Amanda mencionó a *La Orden de Sandor* a la familia Lowell, y el patriarca, con rapidez, había establecido una rutina de vigilancia que todos cumplían a rajatabla.

Matt se encargaba del perímetro cada hora, y los gemelos abastecían de agua y alimentos la cabaña para que Amber y su madre no tuviesen que salir al bosque. Billy lo supervisaba todo.

Durante su tiempo libre, y pese a las bajas temperaturas, James empezó a levantar un hogar propio para disfrutar junto a su pareja. No quería alejarse de sus padres y hermanos, pero era una necesidad imperiosa construir una casa. Tras inspeccionar el terreno, encontró la ubicación ideal casi al lado de ellos. El terreno era firme y los árboles robustos la protegerían de las tempestades en el futuro; tuvo que talar uno en particular que estaba muerto, todo un riesgo.

Durante los días previos habían compartido la habitación de James, y si no fuera por el vínculo que los unía, él hubiese jurado que todo era idílico.

Mentira.

Él era capaz de sentir cada una de las sensaciones que escondía. Sí, la abrazaba cada noche y acariciaba su esbelta figura con las yemas de los dedos mientras se empapaba de su aroma, pero no se engañaba. La mente de Amanda estaba a varias millas de él.

Decidido, siguió cortando madera, tenía que acabar lo antes posible.

—Deja que te ayude, así terminarás antes —comentó Matt.

Entrecerrando los ojos, James dudó un instante. Sin embargo, conocía a su hermano y estaba al tanto de que se arrepentía por haber acusado injustamente a Amanda. Así que asintió y le pasó el hacha aceptando su ofrecimiento.

En el ventanal se encontraba Amanda observando a los hermanos, quienes poco a poco habían pasado de colaborar entre sí de manera fría y tensa, a reírse por comentarios que les hacían los gemelos a lo lejos. En efecto, eran una familia peculiar, pero lo que más la había impactado, más allá del tema sobrenatural que los rodeaba, era la unión incondicional que se profesaban.

—¿Ya han hecho las paces? —Escuchó a su espalda la dulce voz de Ely.

Ella se giró, y con una tenue sonrisa en el rostro, asintió. Sin embargo, su ánimo se esfumó por completo al imaginar la posibilidad de que *La Orden* diese con su ubicación.

No sabía qué hacer, quería proteger a los Lowell y era consciente de que lo mejor para ellos sería que se marchase. No obstante, la conexión con James era tal, que el simple hecho de pensarlo le producía dolor.

Ely se acercó dando pequeños pasos, le sujetó ambas manos y sonrió.

—Todo irá bien —le aseguró.

—No sabéis de qué son capaces —Negó con la cabeza y apretó los ojos, cerrándolos con fuerza para evitar que se le empañaran de lágrimas. Ava seguía allí, ahora estaba sola y tendría que ser fuerte para sobrevivir a la crueldad de *La Orden*.

—Deberías hablar con Billy... —le aconsejó la madre de James.

Entrecerrando los ojos, dirigió la mirada de nuevo al exterior. El patriarca se encontraba vigilando los alrededores mientras sus cachorros trabajaban bajo las últimas horas de luz del día.

Sin mediar palabra, decidió salir a despejar un poco la mente. ¿Acaso Billy sabía algo de *La Orden de Sandor*? Si era así, ¿por qué no hablaba sobre ello?

La noche llegó y, después de cenar, acompañada de Amber, subió al dormitorio a esperar el regreso de James, que había ido a comprobar, como cada noche desde su confesión, los alrededores.

Hizo memoria y se percató de que en unos días haría un mes de su llegada. Demasiado tiempo en el mismo lugar, pero sus sentimientos por él aumentaban por segundos. Era algo inexplicable que no lograba entender. Aunque en el fondo tampoco quería hacerlo.

«Ojalá fuese libre para amar», pensó, abatida.

La puerta de la habitación se abrió y su lobo entró posando sus ojos verdes llenos de pasión sobre ella.

—¿Qué te aflige, mi vida? —preguntó, sentándose en el borde del colchón—. ¿Sigues creyendo que lo mejor es huir?

—No lo creo, es lo que he de hacer. Un solo soldado ha estado a punto de matar a tu hermano —La voz le temblaba, se incorporó y lo miró llena de preocupación—, ¿qué crees que sucederá cuando el resto de ellos se enteren de que...?

—Si es necesario, lucharemos —la interrumpió él, lleno de rabia.

Amanda abrió los ojos de manera desmesurada; la idea de una confrontación la aterraba. Los hombres que la habían recluido durante todos esos años eran despiadados y unos desalmados que no dudarían en usar la fuerza bruta contra los Lowell. Su cuerpo comenzó a temblar de forma automática y el corazón empezó a latirle con rudeza.

Con agilidad, James la rodeó con los brazos y la arrimó hasta él. No permitiría que nadie la alejara de su vida, no consentiría que le pasase nada, y mucho menos aceptaría que lo abandonase.

Aspiró profundamente el aroma de su cabello y se alejó para mirarla a los ojos, esos mismos ojos que le habían revelado el motivo de su existencia.

Ladeó la cabeza y se inclinó para besarla. Mandy no opuso resistencia alguna; se dejó llevar por la atracción, el deseo y la pasión.

James cambió el peso de su cuerpo, y con delicadeza, la invitó a reposar la espalda en la cama. Adoraba verla bajo su cuerpo, se centraba en los gestos que realizaba cuando se dejaba llevar. Y es que no se cansaba, era una adicción; era adicto a sus jadeos, a sus murmullos y a sus gritos.

En los últimos días había podido saciar parte de la lujuria que padecía por ella, y anhelaba tener la posibilidad de idolatrar cada rincón de su cuerpo con la delicadeza que se merecía. Pero eso nunca sucedía porque le resultaba imposible controlarse. Su instinto animal siempre salía a la superficie en esos momentos especiales que compartían, y acababa marcándola de nuevo.

Amanda quedaba satisfecha y saciada; él... Él siempre necesitaba más, más de ella, quería y necesitaba sentirla por entero.

Entrelazando sus cuerpos desnudos, James embistió con vigor el interior de Amanda y no cesó hasta conseguir que ella llegase al clímax deseado. Cuando eso sucedió, finalizó alcanzando su propio placer mordiéndole el cuello.

La respiración se calmó poco a poco, cerró los ojos y posó la frente en la de ella.

—Tengo miedo... —susurró Amanda.

—Jamás, escúchame bien, jamás permitiré que te hagan daño. Ni ellos, ni nadie —aseguró él, reafirmando con determinación.



XVII

Los sentimientos que Amanda empezaba a albergar en su interior no hacían más que aumentar. La familia era afectiva y hospitalaria con ella, incluso podría decirse que la trataban como a una más. Pero lo que más le inquietaba eran las emociones que empezaban a florecer en su corazón hacia James.

Se encontraba situada delante de la chimenea observando las chispas que emitía la leña al arder, pensativa.

Sabía que no solo se trataba de atracción física, cosa que indudablemente existía, estaba segura de que era algo mucho más profundo. Y eso, después de todo lo que había vivido le daba miedo.

Intentaba negar lo evidente, que se estaba enamorando de él, pero el sueño que tuvo esa noche le arrancó las dudas que le quedaban al respecto.

El sol brillaba con fuerza iluminando cada rincón de su dormitorio. Tenía dieciséis años y el póster pegado encima de su cama era el recordatorio de que aún quedaban dos semanas para el concierto de su grupo de música favorito, Slow Death, al que iría con dos de sus amigas. Al principio, la idea era acudir solas y encontrarse allí con los amigos del hermano de Jessica. Sin embargo, eso no sería posible porque al final su padre insistió en que las llevaría, dado que, según él, esos sitios estaban llenos de drogas y alcohol...

La realidad era que a Amanda le importaba poco que le modificara sus planes, ella solo quería ver, aunque fuese de lejos, a Max Foster.

Con ese pensamiento sonreía viendo su reflejo en el espejo mientras se peinaba el cabello con el cepillo. Los bordes del marco eran una sucesión de instantáneas en las que se la veía feliz y alegre con sus compañeras del instituto.

Cuando determinó que su pelo había adquirido la ondulación idónea, continuó con su particular ritual, antes de salir hacia la parada del autobús. Se hizo la raya con el lápiz de

ojos negro, y después se aplicó un poco de brillo en los labios. No demasiado, no quería parecer un payaso andante.

Más tarde, salió de su habitación y, bajando los escalones de dos en dos, se dirigió a la cocina. Allí se encontraba su madre preparando el zumo de naranja que siempre le daba en el desayuno.

—Mamá, ¿no quedan cereales de miel? —le preguntó al darse cuenta de que no estaba la caja sobre la mesa.

La madre no contestó, continuaba exprimiendo las naranjas dándole la espalda. Amanda puso los ojos en blanco, imaginándose que seguiría enfadada con ella por haber llegado media hora más tarde del toque de queda el día anterior.

—¿Me puede llevar hoy papá al instituto? Creo que voy a llegar tarde —le indicó, al fijarse en la hora que marcaba el reloj situado sobre la encimera.

Silencio.

Amanda frunció el ceño al darse cuenta de que la mesa estaba preparada solo para dos. Alzó la mirada. Su padre, al que tanto cariño le tenía, apareció de la nada y abrazaba a su madre consolándola.

—¿Mamá?, ¿papá? —pronunció con temor.

De repente, un dolor agudo en el brazo hizo que se retorciera de dolor. Recordó la prueba de sangre del día anterior en el instituto, ¿era normal que le molestase tanto?

—¡Ah! —gritó, dejándose caer de rodillas.

Levantó la mirada buscando entre las lágrimas el rostro de sus padres, pero poco a poco sus siluetas se fueron difuminando. Volteó la cabeza revisando todo a su alrededor y se fijó en el ventanal; para ser más exactos, en los colores vivos de las cortinas. Eran horrorosas, nunca le había gustado el estampado de frutas que tenían, pero ese no era el motivo por el que se había quedado observándolas. Ante sus ojos, y en cuestión de segundos, se convirtieron en una pared gris y sombría.

Levantándose con rapidez, giró sobre sus pies. El corazón le latía con fuerza y el miedo invadía su cuerpo, ¿dónde estaba?

¿Y sus padres?

Tenía la sensación de que la oscuridad iba en aumento, estaba asustada y solo pensaba en regresar a su hogar.

—¡Dejadme salir! —vociferó—. ¡Quiero irme a casa!

Nada. Ningún sonido, a parte de su llanto y sus gritos, que se prolongaron durante horas.

—Seré obediente —murmuraba encogida, abrazada a sus piernas mientras se mecía hacia adelante y atrás una y otra vez. Casi no le quedaba voz, le dolía la garganta y tenía los

párpados hinchados—. Prometo que seré una buena hija, estudiaré todos los días, recogeré la ropa del suelo y nunca más volveré a llegar tarde...

Ya no sabía qué hacer ni qué decir, no comprendía nada. ¿Por qué le estaba pasando eso a ella?

El ruido de unas pisadas la alertó y comenzó a gatear utilizando las manos como guía para huir en la dirección contraria al sonido.

El tirón que notó en su cuero cabelludo la instó a elevar los brazos para liberarse. Alguien la estaba arrastrando agarrándola del pelo; por un instante pensó que se lo arrancaría de la cabeza, pero en vez de eso, lo que sucedió fue algo bien distinto.

Con la respiración agitada, Amanda se removió como pudo librándose de su captor. Al levantarse vio a dos hombres vestidos con un uniforme estilo militar que iban armados y que la apuntaban para que no se moviese.

—Quiero volver a casa —repitió, temerosa.

—Eso no va a suceder jamás —le dijo el más alto.

—Quiero ver a mis padres —susurró aguantándose las ganas de llorar.

—Eso tampoco será posible —le indicó el otro.

—¿Por qué?! —alzó la voz, olvidándose de que iban armados.

—Porque si intentas escapar, nos ocuparemos de que ese día, el día en el que te reencuentres con ellos, sea el último que pasen con vida —sentenció una tenebrosa voz a su espalda.

Se dio la vuelta lentamente con los ojos cerrados y tragó saliva con dificultad. Al abrirlos, lo vio. Su rostro arrugado le daba escalofríos y la bata blanca no ayudaba a tranquilizarla. Él inclinó la cabeza y la observó de arriba abajo.

En ese instante, Amanda supo que debía correr, debía huir lo más rápido posible.

Y eso mismo hizo, emprendió la carrera sin mirar atrás. La habitación en la que se encontraba se convirtió en un largo pasillo que no tenía fin, y con cada paso que daba, las imágenes de los años en cautiverio se sucedían unas a otras, recordando a Ava y a las demás chicas encarceladas.

Dudando si debía regresar para ayudarlas, se tropezó con sus propios pies, y fue cuando se percató de que llevaba puesta la capa roja.

—¡Alto! —Escuchó la orden y miró por encima del hombro.

Ya no se encontraba en el túnel negro, ahora estaba en un puente y unos soldados corrían en su dirección con la intención de atraparla de nuevo.

«¡Nunca más!», pensó.

Acto seguido, saltó al río.

Durante el tiempo que estuvo en las frías aguas, se despidió de su antigua vida, de sus padres, y deseó que sus secuestradores pagaran por lo que le habían hecho tanto a ella como a las demás.

Una luz cegadora, y luego, contra todo pronóstico, el calor resurgió en su interior. Estaba viva.

Como si estuviese viendo una grabación, visualizó la habitación de James. Se vio a sí misma sobre la cama, estaba acurrucada y abrazándolo. Tenía un gesto en el rostro de paz y serenidad que cambió a una sonrisa cuando él le acarició la mejilla con dulzura. Se sentía segura, confiaba en él y, aunque en ocasiones le ponía de los nervios que gruñese cada vez que uno de sus hermanos se acercaba a ella, sabía que no le haría daño.

Amanda suspiró al darse cuenta de que, pese a que los recuerdos de su vida habían sido muy reales, todo había sido un sueño y debía centrarse en el futuro para superar su pasado.

—Amanda —James mencionó su nombre y ella lo miró a los ojos—, ¿me acompañas afuera un momento? —le preguntó, ofreciéndole la palma de la mano.

Ella asintió y entrelazó sus dedos con los de él. Su boca se abrió al observar el espectáculo de luces que tenía frente a ella; un destello verde y azulado recorría el cielo oscuro.

Fascinada, murmuró:

—Una aurora boreal.

—Así es, ¿te gusta? —preguntó él con curiosidad.

—Por supuesto que sí —respondió inclinando la cabeza hacia arriba, asombrada.

Los reflejos del arco iridiscente iluminaban el bosque, alargando su fulgor e incrementando su intensidad gracias al resplandor que emitía la superficie nevada.

—Es preciosa —susurró ella.

James sujetó con determinación su cintura y la instó a darse la vuelta para que le prestara atención.

—No existe en este mundo nada más hermoso que tú, mi vida —sentenció, dándole un beso que derritió el corazón de Amanda.

Estaba atrapada y sabía que él era el culpable.



XVIII

Durante mucho tiempo, Billy intentó proteger a los suyos de los males que aquejaban al mundo. Era cierto que su manada original, el *clan* del que procedía, era una comunidad severa y tradicional que no aceptaba la unión entre especies, y durante muchos años no había cuestionado las normas. Hasta que encontró a su alma gemela en una humana, Ely, y se dio cuenta de que sus ideas eran estúpidas y llenas de prejuicios.

Desde la confesión de Amanda, no dejaba de recordar los aprendizajes que le habían enseñado siendo un cachorro porque, fuesen como fuesen, no podía negar que aleccionaban a los nuevos miembros de una manera excepcional para el combate y los peligros que podían aparecer de la nada.

Cuando escuchó de los labios de Amanda de quiénes se trataba, no pudo dar crédito. Según lo que tenía entendido, *La Orden de Sandor* hacía siglos que había sido erradicada de la faz de la tierra.

Era consciente de que tenía que alertar a sus hijos, pero le faltaba mucha información y no le gustaba andar a ciegas.

A la mañana siguiente, reunió a todos en la mesa de la cocina, incluida su esposa, esa mujer a la que tanto amaba.

—Quiero que me prestéis atención.

Con sus primeras palabras consiguió que los gemelos dejasen de murmurar; James sujetó de la mano a Amanda y, tanto Matt como Amber fijaron la vista en los ojos insondables de su padre.

—*La Orden de Sandor* —prosiguió, y a la pareja de su hijo le recorrió un escalofrío por el cuerpo—. Nuestra raza ya se ha enfrentado en el pasado a ellos.

—¿Quiénes son y qué quieren? —inquirió James—. ¿Por qué retienen a esas chicas y qué quieren de mi mujer?

Amanda giró la cabeza y miró a James con admiración; por primera vez, que la llamase su mujer no le molestó y tampoco le desagradó la idea de llamarlo a él su hombre, su lobo...

—Para que lo entendáis, tendré que contároslo todo desde el comienzo —Jay colocó los codos encima de la mesa y posó el mentón sobre los puños, le encantaban las historias que narraba su padre—: En la época de la Inquisición...

—Espera, ¿Inquisición?, ¿hablamos de la Inquisición española? —Mandy no comprendía nada, ¿qué tenía que ver lo sucedido siglos atrás en Europa con ellos?

—Sí, la Inquisición, esa misma. Aunque se supone que el tribunal solo tenía competencia sobre los cristianos bautizados, en realidad existieron grupos que perseguían a toda persona sospechosa de brujería, herejía, o que simplemente fuese diferente.

»Durante los años de oscuridad, descubrieron a los nocturnos y comenzaron a perseguirlos. Se hacían llamar *La Orden de Sandor*... —Calvin, Matt y James irguieron la espalda; Amber se encontraba en *shock*— Diezmaron a cada raza hasta casi acabar con todos. No distinguían entre niños, ancianos o mujeres; lo único que buscaban era la aniquilación total.

—¿Por qué nunca nos hablaste de ellos? —exigió James, dando un golpe en la mesa con la mano.

—No era necesario, la historia que os estoy contando se remonta a varios siglos atrás. Cuando las distintas razas de nocturnos comprobaron que, de seguir así, ninguno tendría un futuro, unieron sus fuerzas para luchar, decidieron aparcarse las rencillas y combatieron hombro con hombro.

—Y ganamos —afirmó Matt—, pero no desaparecieron, por lo visto.

—¿Tú conocías su existencia? —lo acusó James.

—Soy el mayor, es normal que papá me lo contase. Además, ¿quién iba a decirnos que volverían a resurgir?

—¡Pues lo han hecho y ahora vienen a por mi esposa!

La respiración se le entrecortó a Amanda al escucharle, comprendiendo que para ellos la unión que se formaba en el ritual de emparejamiento era tan importante como un matrimonio, puede que incluso más. Dado que según lo que le había dicho, todos los nocturnos tenían la misma peculiaridad, para ellos solo existía un alma afín a la suya, una pareja destinada, y James era la de ella.

—Yo no tengo la culpa de que no recuerdes las historias que nos contaba de niños, tampoco de ser el mayor y que le diese la importancia que se le debía dar —le respondió Matt.

James entrecerró los ojos intentando hacer memoria. Había pasado demasiado tiempo de eso, ni siquiera había experimentado su primer cambio cuando Billy los reunía alrededor de una hoguera y les hablaba de tiempos remotos. Para él solo eran historias de miedo, ¡fábulas que se relataban a los niños para que no fuesen solos al bosque!

¿Quién iba a decirle que años más tarde se harían realidad?

—Dejadlo ya. Por lo que nos ha contado Amanda, se han reorganizado. No logro comprender el motivo por el que recluyen a las mujeres, pero intuyo que debe de ser muy importante para ellos si se han mantenido escondidos durante todo este tiempo.

—¿Alguna vez escuchaste algo sospechoso? —Jay se atrevió a preguntarle a Amanda.

—No, nunca oí nada sobre razas, distintas especies o nocturnos —Negó con la cabeza e intentó recordar—. Me mantuvieron aislada durante mucho tiempo, y cuando vi por primera vez a las otras chicas, estaban igual o más asustadas que yo. Ninguna se atrevía a realizar preguntas por temor a ser castigada o...

—No tengas miedo, amor mío, ahora no estás sola —le dijo James, apretándole la mano y reafirmandole que estaba a su lado.

—La muerte —siguió hablando—. Intentar huir era una condena a muerte, y no obedecer conllevaba un castigo severo. Antes del último traslado, nos realizaron pruebas médicas, análisis de sangre... Buscaban algo pero, a excepción de unos pocos, nadie interactuaba con nosotras.

Billy frunció el ceño y se levantó arrastrando la silla de una manera ruidosa. Avanzó pasando por detrás de Matt y colocó la palma de la mano en el hombro de James, que giró la cabeza con curiosidad.

Se inclinó un poco y respiró en profundidad; cada raza, incluida la humana, tenía un aroma inconfundible. Para los expertos era sencillo distinguir un *chupasangre* de un *cambiaforma*, pero sus hijos nunca se habían cruzado con ninguno y no reconocerían la diferencia.

Intentó concentrarse en cada matiz, llenando los pulmones del olor de Amanda, y tuvo que apretar el agarre sobre el hombro de su hijo para que no se levantase. Sabía que el instinto de protección era tan poderoso, que intentaría apartarlo de su pareja, pese a que no existía ninguna amenaza por su parte.

—¿Qué demonios haces? —preguntó James con los dientes apretados.

—Dame unos segundos más... —le respondió él.

Todos se mantuvieron expectantes. Amanda no se atrevió a abrir la boca en ningún momento. Amber movió su naricita imitando al padre, pero no consiguió detectar nada extraño.

—Es algo muy tenue, pero está ahí —aseguró, volviendo a su asiento.

—¿El qué está ahí? —preguntó James.

—La magia.

La mirada de cada miembro de la familia Lowell observó con interés a Amanda. ¿A qué se refería Billy?



XIX

Amanda tragó con fuerza y sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago que le impedía formular palabra alguna. ¿A qué se refería Billy con magia? ¿Acaso formaba parte de ese mundo? ¿Y cómo era eso posible?

Tenía la mirada clavada en las manos que no le dejaban de temblar, y el sonido de sus propios latidos le impedía escuchar las preguntas que realizaban tanto Matt como el resto de los hermanos. James sostuvo entre sus palmas la mandíbula de Mandy y la giró para que lo mirase. Ese fue el detonante que necesitó para recobrar la cordura.

Expulsó el aire que retenía en los pulmones y se atrevió a hablar por primera vez. El alboroto generado por la información que había dado Billy se apaciguó con el sonido de su voz.

—¿Soy humana? —Fue lo único que se le pasó por la cabeza.

—Sí, lo eres —contestó el patriarca con una sonrisa amable en los labios—. Sin embargo, perteneces a los nocturnos tanto como nosotros.

Su piel se erizó; lo que afirmaba no tenía sentido, no podía ser verdad. Ella nunca había sentido que fuese distinta del resto de las personas que la rodeaban. Durante su infancia jamás había escuchado nada sobre temas paranormales, sobre razas o especies distintas.

—Debes de estar equivocado... —Negó con la cabeza, quizás con demasiado énfasis.

—No lo estoy, niña. Es difícil de apreciar, incluso para mí, pero está en tu interior. Eres...

—¡No! —exclamó, alejándose del toque tierno de James, y se fijó en cómo él fruncía el ceño molesto.

—Eres maga, la magia corre por tus venas —continuó hablando el padre.

La cabeza le iba a estallar en cualquier instante. Tambaleándose, pues se había mareado, se levantó de la silla y siguió negando con la cabeza.

—¿So... soy una bruja? —tartamudeó.

—No. Un brujo tiene el don de practicar la magia, mientras que un mago forma parte de ella.

La vista comenzó a nublársele. Estiró el brazo para posar la palma de la mano en la pared más cercana y se inclinó, sujetándose el estómago. Iba a vomitar.

James no tardó en llegar a su lado, acarició su larga melena rubia y le susurró al oído:

—Estoy aquí, no te dejaré ir... —Intentaba que su amor no se alejase más de él.

Mandy alzó la mirada. Retuvo como pudo sus sentimientos, ya que en ese momento odiaba la conexión que los unía; quería estar sola. Necesitaba pensar...

Se alejó de él, abrazándose a sí misma.

—Amanda —La voz de Billy resonó por la cocina—, no puedes huir de lo que eres. Puede que nunca se haya manifestado tu poder, pero eso no implica que no lo poseas.

Odiando cada palabra que había escuchado, Amanda salió huyendo. Cogió la capa roja y se dirigió al exterior.

—¡James! —gritó Amber al ver que su hermano pretendía ir tras ella—. Iré yo, necesita asimilar lo que acaba de descubrir y tú...

Tenía pensado decirle que era un bruto y que quizás necesitaba una amiga más que a su pareja, pero sabía que eso no impediría que la persiguiera. Era un lobo, y su pareja destinada escapaba de él...

Abriendo la boca, James soltó un gruñido que llegó a los oídos de Amanda, que se encontraba sentada en los escalones del porche. No se había alejado más por miedo a que *La Orden de Sandor* estuviese merodeando. Tenía mil preguntas sobre lo que acababa de decir el señor Lowell: ¿ese era el motivo por el que la habían secuestrado? ¿Podría haber salvado a las demás chicas si hubiese sabido usar ese poder que según Billy tenía?

La imagen de Ava en un calabozo oscuro y sin oxígeno volvió a cruzársele por la mente. La atormentaba haberla dejado allí, se lamentaba por no haber muerto en el río...

Escuchó otro gruñido, en esta ocasión más fuerte y lleno de dolor. De alguna manera, con su unión James percibía lo que rondaba por su cabeza y en su corazón.

La puerta de la cabaña se abrió a su espalda, era Amber. Los copos de nieve comenzaban a caer y abrió la palma de la mano para observarlos.

—¿Tienes miedo? —indagó la muchacha sentándose a su lado.

—Preguntas, más bien —aclaró—. ¿Crees que ellos sabían que formo parte de vuestro mundo y que por ese motivo me raptaron?

—No lo sé —Frunció el ceño—. ¿Las otras chicas que estaban allí contigo manifestaron algún cambio, poder o... algo?

—No, todas éramos...

—¿Normales? —preguntó levantando una ceja.

—Perdón, no he querido insinuar que... Bueno, es que vosotros... y ahora yo también... Creo que lo estoy empeorando —Agachó la cabeza cubriéndosela con las manos.

—Tranquila, me gusta ser distinta, la normalidad está sobrevalorada. Y dudo mucho que existan dos personas idénticas en todo el mundo, qué aburrido sería que fuésemos clones

—Realizó una pequeña pausa y decidió cambiar el rumbo de la conversación—. No soy una erudita, pero sí te puedo despejar alguna duda... —le indicó.

—Dime, ¿sabes quién soy?

—Eres Amanda, sigues siendo tú. La pareja destinada de mi hermano mayor, mi amiga — Volteó la cara para ver a Amanda y se rio por lo bajo al verla mostrándole su mejor sonrisa —, ¿qué más da que seas un nocturno? Yo llevo siéndolo toda mi vida y no ha sido nada asombroso hasta hace menos de un mes —Le guiñó un ojo.

—Pero tu padre debe de estar equivocado, yo no sé nada de magia. No soy...

—Si papá dice que lo eres, no hay duda de que es así —sentenció—. Te diré lo único que sé acerca de los magos —Amanda giró su cuerpo para prestar toda su atención a la joven—. Un mago, a diferencia de un brujo, es capaz de canalizar la energía a través de su cuerpo. Puede comunicarse con la naturaleza y manejar los elementos sin necesidad de portar un talismán o amuleto. Sus conocimientos son innatos y perfeccionados a través de la práctica.

—Sigo insistiendo, esto no puede ser real —Se tapó la cara con las manos.

—Es posible que tu poder no se haya manifestado aún, tal como ha dicho papá. Pero lo que sí sé con seguridad, es que debes entrar de nuevo en casa para que el tonto de mi hermano no arrase con la poca vajilla que le queda a mi madre —Soltó una breve risa que animó a Amanda a levantarse.

—Tienes razón, iré a buscarlo, no es culpa suya todo esto... —indicó mientras se levantaba.

—No busques culpables, el destino es caprichoso. Cuando se empeña en algo, siempre sale vencedor; nadie tiene la capacidad de ganar esa batalla.

—Amber —mencionó su nombre desde el umbral.

—Dime.

—En ocasiones me da la sensación de que hablas con la misma sabiduría que una anciana de noventa años; me da escalofríos —La pequeña de los Lowell esbozo una media sonrisa que dejó conmovida a Amanda—. Espera, no puede ser. ¿Cuántos... cuántos años tienes? ¡¿Cuántos años tiene James?!—

—Ve y pregúntale.

Amber no pudo evitar soltar una carcajada al observar cómo la pareja de su hermano se apresuraba para entrar en la cabaña. Decidió quedarse sentada un rato más en la soledad

de la noche, y cuando pensó que era seguro y que nadie podía verla, retiró del bolsillo de su pantalón vaquero el trozo de tela que esa misma mañana le había robado a su padre.

En ella se podían apreciar las siglas «L.O.S.». La acercó a la nariz y aspiró en profundidad; el dueño de esa prenda era su pareja destinada.

La encrucijada que su alma sentía era de tal calibre, que no sabía qué hacer. ¿Qué hacía él entre los hombres de Sandor? ¿Por qué él y no otra persona?

El pesar de su corazón iba en aumento, alzó la vista al cielo y dio gracias por no habérselo cruzado y que la cuenta atrás no empezara. Mientras sus caminos no se cruzasen y no se vieran cara a cara, eso no ocurriría.

A varias millas de distancia, en una instalación bajo tierra oculta de los ojos de todo el mundo, Ian Fender caminaba, escoltado por dos soldados uniformados, por los pasillos de la base. Debía responder ante un superior sobre lo ocurrido en el bosque días atrás.

Estaba cabreado por haber perdido la lucha contra ese hombre, pero al despertarse esa madrugada tras recuperar la conciencia, algo en su interior le aseguró que no era un humano.

Llevaba entrenándose desde los diez años para combatir, igual que lo habían hecho tanto sus padres como sus ancestros antes que ellos. Pertenecía a *La Orden de Sandor*, y en su décimo cumpleaños sus padres le informaron de que su deber era prepararse para el combate. En el pasado, tras la derrota que acaeció en el siglo diecisiete, un pequeño grupo sobrevivió y se escondió de los nocturnos esperando regresar con mayor fuerza para aniquilarlos. Por suerte, ellos también tuvieron que ocultarse y ya no acampaban por la tierra a sus anchas.

Se crió con las historias de los *chupasangres* que mataban a inocentes para continuar viviendo, con cuentos de miedo de hombres lobo que acababan con poblados enteros, y aprendió a mirar el mundo con otros ojos.

Se frenó delante de la gran puerta doble que había al final del pasillo. Uno de sus acompañantes empujó el portón mientras que el otro realizaba un gesto con la cabeza dándole a entender que debía entrar solo.

Y así lo hizo. Caminó hasta la mitad de la estancia esperando a que le dieran permiso para hablar. Observó por el rabillo del ojo lo inmenso que era el lugar, estaba plagado de detalles que le indicaban el tiempo que llevaba formando parte de *La Orden*. Las alfombras de lana gruesa parecían nuevas; sin embargo, su origen europeo las situaba en una época pasada. Miró en la otra dirección. Colocadas en fila como si fuesen jueces, se encontraban varias estatuas de mármol blanco.

Dando un paso al frente con valentía, alzó la mirada para encarar a su superior, que estaba sentado en una silla a modo de trono al fondo de la habitación. Iba cubierto por un manto negro con capucha que tapaba parte de su rostro, y de algún modo, Ian agradecía eso.

—¿Diste con uno de ellos? —La voz de ultratumba sonó poderosa.

—Estoy convencido —aseguró él.

—Has dejado que se te escape.

Ian decidió no perder la serenidad, debía recordar con quién estaba tratando.

—No volverá a ocurrir —le respondió.

—Eso espero por tu bien. Tenemos que dar con la chica y condenarla para dar ejemplo —afirmó—. Avisa de que pueden comenzar con las siguientes pruebas en las mujeres. Acabaremos con todos ellos.

—Lo haremos —manifestó el joven.

El superior realizó un gesto con la mano indicando que daba por finalizada la reunión. Él se dio la vuelta y salió de nuevo al pasillo.

No le agradaba tener a chicas inocentes en ese lugar. Supuestamente, según decían sus médicos, eran las parejas o compañeras de algún nocturno. Con el paso de los años, sus científicos hallaron el gen que las identificaba, y durante su investigación, las interceptaron en la adolescencia.

Él era un soldado, luchaba, pero no se consideraba un asesino. Unas pocas resultaron ser nocturnas y los ejecutores se tuvieron que encargar de ellas. Las muestras de sangre habían mostrado el gen que las identificaba como “destinadas”, pero aún estaban trabajando para dar con el que las diferenciaba como nocturnos.

Miró a los ojos a uno de los que lo había acompañado hasta ahí y le informó de todo. Debían localizar a la chica, y mientras tanto, los investigadores harían lo necesario para continuar con su experimento.

Debían acabar con todos.



XX

Para los Lowell, la llegada de Amanda había causado un gran cambio en sus vidas. Todas las precauciones eran pocas, y las expediciones de reconocimiento se habían convertido en algo rutinario y tedioso.

Calvin y Jay se habían percatado de que su hermana pequeña ya no estaba tan activa como de costumbre, no solicitaba ser parte de las rondas ni pedía ir de caza. Se lo comentaron a Matt, pero no le dio demasiada importancia; él lo achacó a los típicos cambios de humor tras el primer cambio.

Lo cierto es que el mayor tenía en la cabeza otras preocupaciones, como la de lidiar con un grupo que amenazaba tanto a su forma de vida como a su familia, y del cual no sabían nada, a excepción de los relatos que su padre les había contado y que se remontaban varios siglos atrás.

Estaban a oscuras.

James, a su vez, tuvo una conversación con su pareja en la que dejó clara su postura la misma noche que se enteraron de que ella era una nocturna:

—No pienso perderte, ni tampoco permitiré que te alejes de mí —le planteó, sujetándola suavemente por la cintura—. No te das cuenta de que estoy perdido sin ti.

El amor que destilaba la voz de James consiguió que una lágrima solitaria se deslizara por la mejilla de Amanda. Ella tampoco quería irse, y mucho menos abandonarlo. Pero a pesar de todo, no dejaba de creer que, en parte, si se veían involucrados en ese problema era por su culpa.

Su cabeza no dejaba de rememorar todos los acontecimientos que habían sucedido a lo largo de su vida. Era una maga, ¿por eso la habían secuestrado? Había dejado atrás a la única persona que la había apoyado en su cautiverio, Ava. Y, por si fuera poco, estaba poniendo en peligro a una familia entera, los Lowell.

Posó la cabeza en el hombro de James, permitiendo que él la consolara.

Si tenía poderes, ¿por qué no se habían manifestado cuando la secuestraron? ¿Y por qué no lo habían hecho tampoco en el momento en el que pudo haber protegido y ayudado a las demás mujeres?

Todas esas incógnitas estaban haciendo mella en el duro corazón de Amanda. Durante mucho tiempo, en su encierro consiguió cubrir su alma con una coraza para protegerse de todo lo que le había hecho *La Orden de Sandor*.

Pero desde que había conocido a James, eso había cambiado. Se sentía perdida, desprotegida y débil. Y todas esas emociones solo se calmaban entre los brazos de él.

—Ni quiero ni deseo sentirme de esta manera —sollozó con rabia, dándole un golpe con el puño en su pecho.

—Lo sé, mi vida, lo sé...

Los días fueron sucediéndose unos a otros, y cada vez era más complicado aparentar una normalidad que no existía.

Mandy decidió preguntar más sobre los magos y sus raíces. Se enteró de que posiblemente algún antepasado suyo perteneciera a esa rama. Preguntó con bastante escepticismo sobre la magia, pues quería saber en qué consistía. Y tanto Billy como Ely le despejaron algunas dudas.

Todo se basaba en la energía; una maga era capaz de usarla de distintas maneras. Le dieron varios ejemplos: mover objetos, utilizar los elementos de la naturaleza, tener visiones o realizar hechizos...

Le mencionaron un par de nombres de magos famosos, aunque en realidad a ella no le sonaban de nada. El patriarca hablaba de ellos como si de héroes se tratasen, y de algún modo su énfasis le daba a entender que esperaba algo similar para ella.

Amanda no se sentía especial, más bien todo lo contrario. Tampoco era capaz de notar esa energía de la que hablaban. Cuando se encontraba a solas, se miraba las manos sin creerse del todo las historias que le contaba Billy.

Habían pasado dos meses desde su llegada, y a la cabaña que James estaba construyendo le faltaba poco para estar acabada.

Esa noche tuvo un sueño:

Las llamas invadían el hogar de los Lowell, y Ely yacía muerta en el suelo a punto de ser carbonizada. Billy se había convertido en un animal feroz que descuartizaba a cada soldado que tenía enfrente.

Calvin y Jay luchaban codo con codo intentando proteger a su hermana pequeña, Amber, que había sido lastimada en una pierna y le era imposible realizar el cambio.

No conseguía encontrar a Matt, no lo veía por ningún sitio. ¿Acaso también estaba muerto como su madre?

Cuando creyó que su corazón no podría soportarlo más, giró la cabeza y vio cómo atacaban a su amado James. Corrió con todas sus fuerzas hacia él, pero era demasiado tarde; las balas habían atravesado su cuerpo, matándolo al instante.

—¡No! —gritó, despertándose empapada en sudor.

—¿Estás bien?, ¿qué te sucede? —inquirió con nerviosismo James, que se encontraba a su lado.

La chica no podía verbalizar nada, se tapó la cara con las manos y empezó a llorar.

Él la abrazó mientras le susurraba una y otra vez cuánto la quería y que no estaba sola.

Sin embargo, la duda se formó en la mente de Amanda. ¿Acaso acababa de tener una visión del futuro? Contra todo pronóstico, calmó su llanto, miró a los ojos a James, y lo besó.

No permitiría que nada les pasará por su culpa.

Se volvió a acostar, abrazada a su pareja, y cuando creyó que este se había quedado dormido, se levantó en sumo silencio. Se vistió con sigilo para salir del dormitorio.

—¿Adónde vas? —le preguntó James cuando abrió la puerta.

«¡Maldito oído sobrehumano!», pensó Amanda.

—Tengo sed, enseguida subo —mintió ella.

No quiso volver a mirar atrás. Bajó las escaleras con rapidez, y al llegar a la planta baja, se paró frente a la salida.

Cubrió sus hombros con la capa roja y, sin querer meditar demasiado sus acciones, se encaró a la fría noche para salvar a los Lowell.

Varias horas más tarde.

Era imposible continuar, la respiración se le entrecortaba con cada paso que daba.

Amanda corría con todas las fuerzas que le quedaban en el cuerpo, tras llevar cerca de cuatro horas huyendo de su destino. Jamás se le pasó por la mente que su vida daría ese giro inesperado al conocer a James dos meses antes. Y mucho menos se imaginó el secreto que la familia Lowell guardaba a ojos del mundo en los alejados e inhóspitos bosques de Alaska.

El sudor le recorría la espalda y el frío comenzaba a ser un problema. Gracias a la luna llena y al cielo despejado era capaz de discernir dónde debía pisar sin caerse. Sin embargo, no solo le preocupaba escapar de sus perseguidores, los osos del lugar eran un peligro más a tener en cuenta. Pero debía continuar con la marcha o su vida acabaría antes de lo esperado.

Se adentró en una zona frondosa, apartó ramas con las palmas de las manos e intentó no hacerse daño en el proceso. Acto seguido, el ruido de pisadas la sobresaltó. ¡Estaban cerca! Debía apurarse.

Y así lo hizo. Aceleró la marcha y se escondió detrás de un árbol para coger aliento.

Los murmullos de dos personas llegaron a sus oídos:

—El rastro nos guía hacia el norte, aunque sigo creyendo que deberíamos inspeccionar esas cabañas que están en la zona sur.

«¡No!»

Su mayor temor se había hecho realidad. *La Orden de Sandor* había dado con ella, pero lo peor era que también encontrarían a los Lowell.

Amanda hizo un movimiento involuntario, pisó una rama, se tapó la boca e intentó controlar la respiración. Le daba miedo mirar por si se habían percatado de que estaba allí.

No hizo falta. De pronto, ambos soldados, uno por un lado del árbol y el otro por su otro costado, la sujetaron de los brazos. Pataleando y luchando con las pocas fuerzas que le quedaban, Amanda hizo todo lo posible para zafarse de su agarre. El sonido de un aullido feroz se escuchó a lo lejos. Era James, estaba convencida.

En ese momento tomó una decisión; en vez de seguir peleando, permitió que la arrastrasen a donde ellos quisieran. Si alguien tenía que ser castigado, apresado o ejecutado, sería ella, no su familia.



XXI

Ian sospechaba que estaba cerca de dar con la fugitiva; durante las últimas semanas había salido de la base con varios de sus hombres para dar con su paradero.

Una avanzadilla lo había informado de que a varias millas en dirección al sur, se encontraban dos cabañas en medio de la nada.

Su instinto le gritaba que se encontraba allí. A mitad de camino, se percató de la existencia de unas huellas en la nieve. Por la profundidad y medida que estas tenían, debían de tratarse de la chica en cuestión.

Tenía dos posibilidades: dirigirse al lugar donde estaban las cabañas, o continuar persiguiendo el rastro que iba dejando esa mujer.

Las temperaturas habían descendido notablemente en los últimos días, y James disfrutaba cada segundo que podía al lado de su pareja. Pero esa noche había sido diferente; ella había tenido una pesadilla, había intentado tranquilizarla, y varias horas después de haberse quedado dormido de nuevo, se había desvelado al descubrirla saliendo de su dormitorio.

En aquel momento no se imaginó por nada del mundo cuál era la intención real que ella tenía, la conexión que compartían simplemente le había mostrado una fuerte determinación.

«¿Por qué demonios no le había alertado de lo que tenía pensado hacer?!»

Cuando descubrió que Amanda se había marchado, entró en cólera. Toda su familia se puso en guardia, temiendo que cometiera una locura.

—¡Amber, quédate con tu madre aquí y protégela en caso de necesidad! —ordenó Billy mientras su hijo James salía hacia el bosque a todo correr.

—De acuerdo, *pá*. Tened cuidado —susurró nerviosa.

Los gemelos, Matt y Billy se encaminaron a perseguir a James; lo mejor sería permitir que siguiese el rastro de su pareja, dado que interponerse en ese momento no era lo más aconsejado.

La velocidad a la que iban era asombrosa, pero Amanda les llevaba bastante ventaja. La realidad los golpeó de improvisto cuando de repente captaron el olor de varios desconocidos.

James no lo dudó, su instinto protector salió a flote, dejando que las llamas en su interior se propagasen por su cuerpo y realizase el cambio en un abrir y cerrar de ojos. Sus hermanos lo siguieron, y por último su padre.

Soltando un aullido a la luna, proclamó venganza en el caso de que su pareja hubiese sido herida.

Varios minutos después, la vislumbraron a lo lejos, rodeada por unos diez soldados provistos de armas. Amanda se encontraba maniatada, le habían colocado una cuerda alrededor del cuello, de la que tiraban para que caminase detrás de ellos.

Gracias a la visión sobrenatural de los Lowell, pudieron acercarse hasta ellos sin que se dieran cuenta de su presencia. El gruñido que James soltó consiguió que varios se volteasen, apuntando con sus rifles a la manada.

—¡Nocturnos! —gritó uno de ellos.

Amanda giró su cuerpo para ver de dónde venían, y sintió el tirón que le dio uno de los soldados, consiguiendo que se cayera al suelo.

Atacada de miedo, comprobó la rapidez con la que se movían los Lowell; era la primera vez que veía a Billy convertido en lobo. Era una bestia enorme. Su pelaje oscuro y sus dientes afilados asustaron por unos segundos a sus captores, pero rápidamente recuperaron la compostura y lanzaron varias ráfagas de disparos, sin llegar a lastimar a ninguno. Molestos, llegaron a la conclusión de que debían cambiar su táctica.

—¡Usad las redes! —vociferó uno.

La mirada asustadiza de Amanda se cruzó por un segundo con la de James, que al darse cuenta de que seguían tirando de la soga que rodeaba su cuello, se volvió colérico. Dio un salto por encima de dos hombres y cayó sobre la espalda de un tercero, al que hincó los dientes en su hombro con toda su rabia.

Con el hocico manchado en sangre, avanzó hacia su pareja, amenazando al hombre que aún la tenía apresada. Levantó los labios mostrándole todos sus colmillos; él sería el siguiente en morir.

Mientras tanto, los gemelos no dejaban de correr en zigzag para aturdir al resto de los soldados. Cuando creyeron que era el momento indicado, atacaron con todas sus fuerzas. No obstante, eran cuatro contra diez.

Billy, consciente de la superioridad numérica, intentó centrarse en salvar a Amanda, cubriendo las espaldas de su hijo para poder regresar lo más rápido posible a la cabaña, y luego reagruparse para planear algún tipo de stratagema.

Los siguientes acontecimientos sucedieron a cámara lenta para Amanda. El hombre que sujetaba la cuerda con sus dos manos la soltó, para luego alzar el rifle en dirección a James.

Soltando un grito aterrador, movió sus brazos mostrándole las dos palmas de las manos al sujeto. Y en ese instante fue cuando sucedió: la energía brotó por cada poro de su piel y toda ella se concentró en un único objetivo.

El hombre salió volando por los aires y su espalda terminó chocando contra el tronco de un árbol, dejándolo inconsciente al instante.

Aturdida, Amanda no salía de su asombro.

Sin dudar, James cambió a su forma humana importándole poco su desnudez, tan solo quería sostener entre sus brazos a su pareja de nuevo.

A su alrededor, mientras ambos se abrazaban la lucha continuaba. Los gemelos se dieron cuenta de que Matt estaba rodeado por tres hombres, que lanzaron sobre él una red.

—James —comentó Mandy, casi sin aliento—, perdóname. Creí que marchándome evitaría que os pasara algo.

—La manada siempre permanece unida, y formas parte de la nuestra —aseguró él.

—No lo entiendes —Negó con la cabeza—, se dirigen a la cabaña.

Un aullido débil retumbó por todo el bosque. Al escucharlo, los gemelos dudaron durante unos valiosos segundos si debían ayudar a Matt, situación que aprovecharon los hombres que aún quedaban en pie para lanzar botes de humo y escapar con su presa. Lo habían capturado.

El patriarca sintió que su corazón se partía en dos, debía tomar una decisión que solo un líder podía afrontar.

Su hijo mayor era fuerte y valiente, sabía de sobra que lucharía por escapar. Y en caso de necesitarlo, volverían a por él. Pero su amada Ely y su pequeña Amber los necesitaban.

Llamó la atención de sus dos hijos para que lo siguieran hacia la cabaña.

Amanda se levantó como pudo y miró a su alrededor, reteniendo las lágrimas en los ojos. Se sentía culpable y agotada, pero no era el momento de sentir debilidad. Miró a los ojos a su pareja y le dijo:

—Tenemos que ayudar a tu familia.

James amaba a su mujer con toda su alma, y la idea de que fuera herida o de que le sucediera algo era angustiada. A pesar de eso, asintió.

—Súbete a mi lomo, llegaremos antes —le propuso antes de volver a cambiar de forma.

Amber no dejaba de dar vueltas por toda la planta baja de la casa. Ely intentó distraerse en la cocina calentando una infusión al fuego.

Los nervios estaban haciendo mella en la pequeña de los Lowell, que no dejaba de mirar por la ventana rogando por ver las figuras de sus hermanos y de su padre regresando con Amanda.

Unos ruidos extraños llegaron a sus oídos, se acercó a su madre y le pidió que subiese a uno de los dormitorios de la planta alta.

Ely obedeció, pues poco podía hacer ella siendo una simple humana. Sin embargo, y solo por si acaso, se llevó con ella el cuchillo más grande que tenía en la cocina. Amber sonrió orgullosa, sabía de sobra que su madre sería capaz de usarlo si fuese necesario.

Caminó hacia la salida y abrió la puerta. Tres hombres vestidos de blanco se aproximaron apuntándola con sus rifles.

Preparada para pelear, entrecerró los ojos y dio un paso al frente. Los síntomas del cambio empezaban a correr por sus venas cuando, sin esperarlo, por detrás de los tres hombres salió un cuarto que la dejó sin aliento.

El chico mostraba unas facciones rudas, pero su mirada era dulce. Era alto, corpulento, y su pelo era de un tono castaño claro. Era él...

Alzó la mirada al cielo. La luna llena significaba que solo tenía un ciclo lunar para realizar el ritual de emparejamiento o se convertiría en una bestia sin raciocinio para el resto de sus días.

Ian iba a dar la orden de disparar, pero al ver a la joven se quedó mudo. Una sensación extraña recorrió su cuerpo de pies a cabeza, incapaz de dejar de observar sus espléndidos ojos azules.

El sonido de la radio lo devolvió a la realidad, atendió a sus compañeros y escuchó con atención: «Tenemos a uno, órdenes de volver a la base».

A regañadientes, Ian se dio la vuelta y los otros tres lo imitaron.

La suerte estaba echada, el reloj volvía a moverse y las piezas del tablero habían tomado posiciones.



XXII

El primero en llegar a la cabaña fue Billy, que irrumpió en ella como alma que lleva el diablo en busca de signos de lucha. Ni siquiera se planteó cambiar de forma, entró echando abajo la puerta principal, y fue recibido por las miradas asustadas de su mujer e hija.

—¿Se puede saber qué haces?! ¡Vas a destrozar la casa! —El tono enfadado de Ely lo pilló por sorpresa, agachó las orejas, e intentó quedarse quieto para no destrozar nada más. Amaba a esa mujer con toda su alma, y ella era la única que conseguía aplacar la bestia de su interior—. Amber, pásame algunas prendas para tu padre y hermanos, y luego espera en la cocina. Iremos en un rato.

La chica obedeció las órdenes de su madre sin oponer objeción alguna, y se dio media vuelta en dirección a la cocina.

En cuanto la niña de sus ojos desapareció, lo primero que hizo Billy fue cambiar a su forma humana y abrazar con todas sus fuerzas a su esposa.

—Cuéntame qué ha pasado —inquirió él.

—Primero ponte algo de ropa.

De mala gana, Billy se fue vistiendo. En ese momento los gemelos llegaron, y a diferencia de él, lo hicieron usando sus pies, tapados por unos simples pantalones de camuflaje que tenían en la entrada.

James llegó cargando entre sus brazos a Amanda, de la que no quería volver a separarse ni un segundo. Al ver cómo su madre fruncía el ceño y estiraba el brazo con un pantalón en la mano para que se lo pusiera, tuvo que posar sobre el sofá a su pareja.

Ely no solía ser muy autoritaria, pero tenía una serie de normas que no le gustaba que nadie contradijera, y el hecho de ir en cueros por la casa o transformarse en ella estaba totalmente prohibido.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Amber, asomando la cabeza desde la cocina.

James tomó asiento y subió en su regazo a Mandy mientras asentía. Estaba inmersa en un sueño profundo, agotada por el esfuerzo y la intensidad de las emociones vividas. El tremendo trabajo que había tenido que hacer para canalizar la energía contra el soldado de *La Orden* la había dejado exhausta.

Amber se quedó hipnotizada, observando cómo su hermano acariciaba la melena rubia de su pareja; los ojos se le nublaron de lágrimas al darse cuenta de que ella jamás llegaría a experimentar algo semejante.

Estaba tan concentrada en sus pensamientos, que no se percató de que habían comenzado a explicar lo que había pasado.

—Llega a pasarnos algo y... —Billy apretó los puños a ambos lados de su cuerpo. Ely le acababa de comentar que cuatro soldados habían ido hasta allí, pero que no les habían atacado.

Extrañada, Ely comenzó a buscar a su hijo mayor entre los demás. Llevó la mirada al hueco donde antes estaba la puerta y fijó la vista en la frondosidad del bosque. La penumbra de la noche, el viento que azotaba los árboles y el comienzo de una tormenta presagiaban lo peor.

—¿Dónde está Matt? —Dio un paso al frente y miró a los ojos a su esposo, inquieta.

Un incómodo silencio fue la respuesta que recibió la madre mientras observaba los rostros de sus hijos, que rehuían su mirada. Nerviosa, volvió a realizar la pregunta.

—Lo han capturado —respondió Calvin en voz baja.

El grito angustioso de Ely estalló lleno de dolor. Billy la sujetó de los hombros mientras le aseguraba que irían a su rescate lo antes posible.

Pero ¿por dónde debían comenzar? Ni tenían idea de dónde se encontraba la base de *La Orden* ni estaban seguros de si Matt seguiría con vida cuando diesen con el lugar.

Los primeros rayos de sol asomaban por el horizonte y el único sonido que se oía era el lamento de una madre, convencida de que acababa de perder a su hijo para siempre.

Amanda continuaba descansando entre los brazos de James. Su poder había despertado ante el temor de perderlo, y aún no era consciente de la repercusión que eso tendría en su vida.

Se revolvió incómoda cuando notó entre penumbras la presencia de lo que presentía que era una nueva visión:

Perseguía a dos personas por el bosque. Eran veloces y a ella la respiración le fallaba. Apartaba arbustos con las manos mientras avanzaba en su persecución, y miraba a un lado y al otro sin llegar a encontrarlos.

De pronto, una mujer se situó delante de ella. Era realmente hermosa. Sus ojos claros destacaban mucho en contraste con su cabello rojo fuego. La mujer la sujetó de los brazos y sonrió de forma siniestra.

Amanda giró la cabeza al sentir que no estaban solas, y descubrió que iba acompañada de un chico. Él abrió la boca y le mostró los colmillos mientras soltaba un siseo.

—No estamos solos —comentó, alarmando a todos, cuando abrió los ojos de par en par.

—¿A qué te refieres? —le preguntó James.

—He visto a dos personas que no son... —No sabía cómo llamarlos. Se quedó pensativa por un instante y añadió—: ¿He visto a dos vampiros en un sueño?

—¿Estás segura? —Jay intervino escéptico. Conocía de su existencia, pero nunca se habían relacionado con esa raza.

—Eso creo, y tengo la sensación de que no serán los únicos que lo harán —Giró la cabeza para preguntarle a Billy una duda—: ¿Por qué ahora y no antes? ¿¿Por qué estoy teniendo estas visiones!?

—Lo más seguro es que sea debido a tu unión con mi hijo. Existen humanos que poseen el gen nocturno, que son magos como tú, pero que jamás desarrollan su potencial. No conocemos los motivos.

Cuando Matt recobró la consciencia, se dio cuenta de lo estúpido que había sido al dejarse capturar.

Se levantó del suelo e inspeccionó la celda en la que se encontraba, pero ante el primer paso que dio, notó que sus tobillos y muñecas estaban cubiertas por unos grilletes. Intentó quitárselos, pero no lo consiguió.

Continuó revisando su entorno. Había mucha humedad y hacía frío; la celda estaba vacía y sin vida, sin ningún objeto o utensilio que pudiera utilizar como arma para escapar.

Las paredes estaban formadas por grandes rocas sólidas, y la única puerta de acceso estaba a una distancia a la que no llegaba.

En ese instante, se abrió. Un hombre alto y con barba canosa lo miró con cara de asco. A su lado se encontraba un soldado ataviado con un rifle que le apuntaba a la cabeza.

Matt tiró con todas sus fuerzas de las cadenas que lo retenían.

—¡Soltadme! —les ordenó.

Ignorándolo, el hombre mayor comenzó a anotar algo en una libreta.

—Excelente —murmuró—, llevadlo a la sala central y veamos de qué es capaz.

Tras decir eso, con la misma rapidez con la que habían llegado, cerraron la puerta dejándolo de nuevo a solas. Estaba extrañado, había intentado realizar el cambio, había sentido el ardor en su interior, pero no había conseguido efectuarlo.

¿Qué le ocurría?

De pronto, un pinchazo en el tórax lo sobresaltó; no se había dado cuenta de que habían regresado. Acababan de dispararle un dardo tranquilizante.

Luchó con todas sus fuerzas para no caer rendido, pero no lo consiguió.

Cuando volvió en sí, un dolor de cabeza enorme lo atormentaba. Se levantó dándose cuenta de que ya no llevaba ninguna sujeción y de que se encontraba en una habitación más amplia y redonda.

Alzó la mirada. Unos hombres con togas negras lo observaban desde la distancia a través de una cristalera. Se había convertido en una atracción de feria; se enfureció al verlos murmurar mientras lo señalaban.

El que estaba en el centro realizó un gesto con la mano. Por el rabillo del ojo, Matt observó que el hombre barbudo que le había visitado se encontraba en la misma habitación que los otros.

—Es posible que necesite un incentivo para eliminar de su cuerpo la toxina que le hemos inyectado —Escuchó la voz del misterioso hombre a través de un altavoz—. Meted a los sujetos.

Confuso, Matt se preparó para atacar si fuese necesario. Apretó con rabia los puños, intentando cambiar de forma, pero no lo consiguió. Estaba seguro de que era por culpa de esa droga que le habían inyectado.

Dos puertas se abrieron y de ellas salieron varias mujeres que iban vestidas con la misma capa roja que llevaba Amanda el día que la encontró James en el río. También se fijó en que tenían las manos atadas por las muñecas con una cuerda. Lo miraban con recelo y miedo, pero no tardaron en dispersarse. Se fijó en los rostros llenos de miedo que algunas mostraban. Eran cerca de treinta chicas atemorizadas, y todas, sin excepción, estaban mirando hacia un mismo lugar.

Matt se dio la vuelta, ¿qué era lo que tanto temían? No lo estaban mirando a él...

De repente, de otra puerta distinta salió un lobo y su olfato le advirtió de que se trataba de un nocturno, uno de los suyos. Sin embargo, en su mirada no existía lucidez alguna. Era un alma rota, un ser sin humanidad ni razonamiento.

Moviéndose con rapidez, atacó sin piedad a una chica, a la que le arrancó la cabeza de un solo mordisco. Matt sintió cómo el corazón se le partía en dos, apenado por el hombre que una vez había habitado en esa bestia y por la mujer a la que acababa de quitarle la vida.

—¡Ey! —llamó la atención del animal—. Ven a por mí, lobito...

¡Era una locura! Pero tenía que intentarlo, no iba a quedarse de brazos cruzados viendo cómo mataba sin piedad a cada una de las chicas.

Avanzó hacia él, recordando lo cerca que había estado su hermano James de convertirse en algo similar. Sin embargo, decidió alejar esos pensamientos de su mente; el animal que tenía enfrente no sería indulgente con él.

Volvió a concentrarse en su transformación; el sudor corría por cada poro de su piel y no sucedía nada.

Varias chicas comenzaron a correr en dirección a la puerta de la que habían salido y una se cayó en el trayecto.

El lobo fijó la vista en ella y cambió el rumbo de sus pasos. Matt maldijo por lo bajo, pero cuando posó la mirada en la joven, algo cambió.

—¡No! —gritó con toda su alma, antes de cambiar de forma y abalanzarse sobre él.

Sus cuerpos chocaron en el aire, cayendo de golpe contra suelo. Dejándose arrastrar por lo que le dictaba el corazón, Matt atacó sin pensarlo. Abrió las fauces y clavó sus colmillos, fuertes y afilados, desgarrando la dura piel de la bestia que se defendía mordiéndole en el lomo.

Matt se mantuvo firme, zarandó su cuerpo para librarse del mordisco del animal, y cuando lo logró, atacó de nuevo.

Mientras la lucha continuaba, los soldados aprovecharon para retirar a todas las mujeres, a excepción de una. El profesor Smith se frotó la barba mientras observaba los movimientos veloces de ambas abominaciones de la naturaleza, entusiasmado con el hallazgo que acabada de descubrir.

Su éxtasis aumentó considerablemente cuando comprobó que uno de los especímenes enloquecía por completo justo en el momento en el que su adversario intentaba aproximarse a la muchacha. Disfrutó viendo cómo intentaban matarse entre sí, y más aún cuando uno de ellos acabó muerto en un charco de sangre.

—Magnífico —susurró, conteniendo la euforia. Realizó un gesto a los soldados para que aturdiesen al que quedaba con vida y apresasen de nuevo a la mujer.

Exhausto, Matt pegó un salto colocándose enfrente de la muchacha y mostró sus dientes a los hombres que intentaban acercarse a ellos. Su instinto gritaba a pleno pulmón que debía protegerla, que ella era su otra mitad, su pareja.

Sin apenas darle tiempo a atacar, sintió varios dardos perforando su piel. Y en cuestión de segundos, cayó con todo el peso de su cuerpo en el suelo, volviendo a su forma humana. Dirigió la mirada hacia la chica y gruñó cuando un soldado la sujetó del brazo, arrastrándola para llevársela.

Desafió con los ojos a todos los presentes, jurando en su interior venganza, pero cuando escuchó la risa perversa de uno de los soldados que estaba más próximo a él, todo se convirtió en una absoluta penumbra.



XXIII

Los llantos en el hogar de los Lowell fueron silenciados por el dolor y la rabia. Ely se repuso como pudo y solicitó a su marido que salvara a su hijo.

—Todo es por mi culpa —Amanda rogó por su perdón, y lo que recibió a cambio fue el fuerte abrazo de la mujer que, según ella, más debía de odiarla, Ely.

—Tu llegada fue una bendición para mi hijo, ni eres culpable de los actos de otras personas ni de que se hayan llevado a Matt —le indicó—. Ahora, explícanos qué has visto.

Mandy no se guardó detalle alguno, los sueños que experimentaba eran tan reales que llegaba a notar el viento entre su cabello y el olor que este arrastraba. Describió con sumo cuidado los rasgos de las dos personas que había visualizado, y reiteró la sensación de que no eran los únicos que estaban por llegar.

—Tu poder está desarrollándose —aseguró Billy.

—No lo controlo —admitió ella.

—¡Lo que hiciste en el bosque con las manos fue la hostia! —exclamó Jay, consiguiendo que su padre frunciese el ceño.

—¿Qué hizo? —Amber intervino.

—Usó la magia y derribó a un soldado con una especie de honda invisible —Calvin estaba tan asombrado como su gemelo, pero se contuvo para no enfadar a su padre. No conocían el paradero de Matt, y era lógico que estuviese así.

—¡Wow, y me lo he perdido! —replicó la hermana.

Jay aprovechó que Billy negaba con la cabeza y mantenía los ojos cerrados, para gesticular la palabra «asombroso».

Los gemelos ocultaban su preocupación desviándose del tema. Su hermano mayor los conocía bien y no se lo tomó a mal.

—Papá, ¿qué podemos hacer? —James expresó la incómoda cuestión que nadie se había atrevido a pronunciar en alto.

Billy exhaló, no tenía ni idea y odiaba verse en tal tesitura. Él era el Alfa de su manada, era el patriarca de los Lowell. Debía guiar a sus cachorros a una lucha y no quería. Había huido de su antiguo *clan* para crear una familia junto a su esposa, no para que les diesen caza.

En silencio, salió al porche de la cabaña, se fijó en los restos que quedaban de la puerta que había destrozado e hizo una nota mental para repararla lo antes posible. Era mejor comenzar por las cosas que aún estaban al alcance de sus manos.

La situación era la siguiente: *La Orden de Sandor* existía, estaban organizados y eran peligrosos. Se habían llevado a su primogénito y rogaba por que estuviese bien. No conocían la localización de la base; desde la visión que había tenido su hijo James, habían pasado un mes buscándola sin éxito alguno. Y, por último, Amanda había presagiado la llegada de vampiros a su bosque.

Se dio la vuelta y entró de nuevo en la casa. Su mirada viajó por cada uno de los rostros que formaba su familia, y echando en falta la de Matt, dijo:

—El ejército del que dispone *La Orden* nos supera en número. Si Amanda está en lo cierto, es posible que tengamos alguna posibilidad de rescatar a Matt con algo de ayuda.

—¿Te refieres a los vampiros? —preguntó Calvin.

—Los nocturnos nos aliamos hace siglos para derrotarlos, es posible que necesitemos una nueva alianza —sentenció.

Esa misma tarde, salieron al bosque en busca de pistas que les mostrase dónde podía estar escondida la base de *La Orden*. Ely insistió en acompañar a su marido:

—Tendrás que atarme a un árbol para impedir que vaya a buscarlo —afirmó la mujer.

Cuando su esposa mostraba esa determinación en público, a Billy le generaba un inmenso orgullo. Sentía admiración por ella, y no solo por el carácter tan peculiar que tenía, sino también por su valentía.

Cuando la encontró, no fue sencillo para ambos; en su *clan* no estaba bien vista la mezcla de razas. Una humana con un nocturno era sencillamente impensable. Llegó a creer que la perdería y que no lo aceptaría por lo que era, pero cuando consumaron el ritual de unión, se juró protegerla.

—No me contradigas, no dejaré que te suceda nada. Te quedarás en casa por si Matt regresa durante el tiempo que estamos fuera, y tanto Jay como Amber se quedarán contigo —le comunicó.

Al final Billy consiguió convencerla y, acompañado por su hijo James, la pareja de este y Calvin, pasaron toda la tarde intentando dar con alguna pista.

Con la llegada de la noche decidieron regresar, pero lo que no sabían en ese instante era que no lo harían solos.

En la espesura del bosque, Olliver y Astrid encontraron un rastro que les trajo de vuelta la esperanza. Llevaban varias semanas en esa zona de Alaska debido a una *vendetta* pendiente.

Sin embargo, una vez se dieron cuenta de a quiénes pertenecían esas huellas, se dieron media vuelta. Se trataba de lobos, y preferían mantenerse lo más alejados posible de ellos, ya que eran bastante territoriales y no solían ser muy amables con los desconocidos, sobre todo tratándose de vampiros.

Aceleraron el paso cuando comenzaron a sentir que se aproximaban a ellos.

—Olliver, van acompañados de una maga —le advirtió Astrid, sujetándole el brazo.

—Es justo lo que necesitábamos —Sonrió él.

Amanda intentaba seguir el paso apresurado de James, Calvin y Billy, los cuales habían detectado el aroma inconfundible de un vampiro. Si estaban en lo cierto, eso significaba que su premonición estaba ocurriendo.

Asfixiada, se frenó para llenar los pulmones de aire de nuevo. Flexionó su cuerpo posando las manos en las rodillas, y cuando alzó la vista, allí se encontraba la mujer de su visión.

Tal y como había sucedido en su sueño, se encontró frente a ella. Amanda no sabía qué decir, no tenía ni idea de si la iban a atacar o de si, en cambio, sus intenciones eran otras.

Abrió la boca para llamar a James, pero antes de que le diera tiempo, comprobó por el rabillo del ojo que no estaba sola.

—Que no te asusten nuestros colmillos, ya hemos almorzado —le dijo Olliver.

Recordando las películas que veía de pequeña en casa de sus padres, Amanda pegó un grito y Astrid le tapó la boca con la palma de la mano.

—Pobrecita, ha de ser sorda —comentó la pelirroja, la miró a los ojos y vocalizó—: No te asustes.

—¡Soltadla! —exclamó James, haciendo que se sobresaltaran.

Chasqueando la lengua con fastidio, Olliver se colocó delante de Mandy con la intención de presentarse, pero eso James no lo sabía y no pudo controlarse.

Flexionando sus rodillas, dio un salto y cuando quedó a poca distancia del vampiro, lo cogió del cuello y lo estampó contra un árbol. Lo observó detenidamente; era moreno, de ojos marrones y piel pálida, pero eso tenía sentido teniendo en cuenta que el contacto con el sol era algo de lo que no disfrutaban.

—Deja a mi hermano en paz, perro apestoso —inquirió Astrid.

—¡Basta ya! —intervino Billy dando una orden concisa.

—Será mejor que hagas caso a tu Alfa —le susurró Olliver con cierto sarcasmo.

Aflojando las palmas de sus manos, James obedeció.

—Ahora soltadla o juro que os quedaréis sin cabeza —les aconsejó.

Mientras James amenazaba hacia los *chupasangres*, Calvin se percató de un dato que le llamó la atención: los vampiros eran hermanos. ¿Eso era posible?

Como era habitual en él, no pudo aguantar la intriga y le preguntó directamente al padre.

—Sí es posible, pero no es momento para darte lecciones sobre la reproducción —le contestó Billy a su hijo, centró la mirada en la mujer que retenía a Amanda e indagó—: ¿Qué estáis haciendo en estas tierras?

—Me presentaré. Mi nombre es Astrid y él es mi hermano Olliver.

—Olliver Schneider. Creo que decir que es un placer sería irónico —interrumpió.

—No hagáis caso a mi hermano. Nos dimos cuenta de vuestra presencia y nuestra intención era alejarnos de vuestro territorio, pero me percaté de la presencia de la maga y la necesitamos.

—¿Cómo sabéis que soy una maga? —preguntó Amanda con asombro.

Hasta hacía pocos días ni ella misma era consciente de ello, y los Lowell tampoco. ¿Cómo era posible?

—Has empezado a desarrollar tus poderes y ahora es más fácil detectarte —le explicó Billy—. ¿Para qué la necesitáis?

—Hemos recorrido un arduo camino para llegar hasta aquí. Puede que no lo creáis, pero *La Orden de Sandor* ha regresado y están secuestrando a las parejas destinadas —argumentó Astrid.

—Lo sabemos, Amanda escapó de ellos —le comunicó él.

Ante esa afirmación, Olliver agrandó los ojos y se aproximó a la maga, pasando con tanta rapidez por al lado de James, que no le dio tiempo a frenarlo.

—¿Es eso cierto? —preguntó nervioso, sosteniendo sus manos.

—¡No la toques! —gruñó James avanzando hacia ellos.

Olliver volteó la cabeza y siseo mostrándole los colmillos afilados.

—No voy a hacerle daño, chucho estúpido. *La Orden* tiene a mi compañera —manifestó, lleno de ira—, necesito su ayuda para recuperarla.

Las últimas palabras que expuso fueron un murmullo lleno de angustia y dolor. James miró a los ojos a su pareja, y luego dirigió la vista hacia su padre.

—Te ayudaremos, también tienen a mi hermano —concluyó.



XXIV

Con la llegada de Olliver y Astrid, Billy se sentía más optimista. Aprovechó la vuelta a casa para ponerse al corriente sobre lo que sabían de *La Orden*, y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que vivir aislados les había pasado factura.

Astrid le contó que las sospechas aumentaron entre las razas porque llevaban varios años sufriendo secuestros esporádicos que abarcaban los cinco continentes. Pero para cuando lo descubrieron, era demasiado tarde; *La Orden* había resurgido de sus cenizas, más fuerte que nunca.

—Han destrozado a familias enteras —soltó con rabia la mujer.

Estaban en guerra y él no se había enterado; se sintió molesto y furioso consigo mismo. Si hubiesen vivido en una gran ciudad, se habría enterado de tal peligro. ¿Pero quién iba a imaginarse que instalarían una base en una de las zonas más remotas de la tierra?

El destino era cruel, y en las últimas horas se estaba cebando con los Lowell.

Cuando estaban a punto de llegar a su destino, Billy se atrevió a preguntar por el resto de su grupo.

—Solo estamos mi hermano y yo, no formamos parte de ninguna colmena —le aseguró Astrid.

Esa respuesta lo tranquilizó, ya que eran conocidas por el caos que dejaban a su paso. Los lobos tenían clanes mientras que, a su vez, los vampiros se reunían en colmenas.

Aprovechando que notaba a la chica mucho más comunicativa que al hermano, decidió realizar una pregunta más.

—Tenía entendido que los vampiros solo eran capaces de tener un descendiente —le indicó el patriarca.

—Es lo habitual, nosotros somos la excepción que confirma la regla —dijo ella sonriente.

Escuchando la conversación, a varios pasos de distancia se encontraban James y Amanda, que caminaban agarrados de la mano. Ella quería realizar mil preguntas sobre lo que Astrid estaba hablando, pero se contuvo. «Para eso ya está mi... ¿suegro?», pensó.

Observó de reojo a James mientras dejaba escapar el aire que contenía en los pulmones lentamente. Ellos dos tenían una conversación pendiente, lejos de la familia, de las amenazas de *La Orden*, y de la magia.

Quería y necesitaba aclarar sus emociones y, de alguna manera, también era preciso compartirlas con él.

Mientras tanto, Calvin, osado, iba al lado de Olliver, repitiendo cada dos segundos: «¿Eso es cierto? ¡Hostia, eso no lo sabía!».

Pero el vampiro no le respondía. Se mantenía en silencio, con la mirada fija en la espalda del Alfa, que se había frenado frente a la cabaña. Olliver pensó que tendría dudas sobre dejarlos entrar en su hogar. ¡Y era lógico! Teniendo en cuenta la desconfianza entre razas, era de esperarse.

—Esperad fuera, voy a informar al resto de la familia de vuestra presencia —les indicó Billy tanto a Astrid como a Olliver.

Ambos hermanos se miraron a los ojos de manera cómplice, y esperaron tal y como les había dicho el Alfa.

La llegada de los nuevos visitantes no le agradó demasiado a Ely, que apretaba los labios entre sí y fulminaba con la mirada a su marido. Amber intervino:

—¿Se puede saber qué se les dará para el desayuno? Porque me niego a formar parte de su menú —Se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, esperando a que su padre le contestara.

—¿Creéis que voy a permitir que os pase algo? —realizó la pregunta usando un tono de voz severo, no le agradaba la insinuación de su hija.

Amber cerró los ojos arrepentida. Desde la noche anterior, cuando se encontró con el chico que era su pareja destinada, no podía controlar su humor y tampoco su lengua.

La lucha interna que se llevaba a cabo en su corazón era más dura de lo que se imaginaba. Su loba exigía ir en busca de su hombre y reclamarlo, pero eso no era tan sencillo para Amber.

Primero porque no tenía ni idea de dónde localizarlo, y segundo porque se trataba de un soldado de Sandor.

Su padre salió de la cabaña y regresó a los pocos segundos, acompañado de los vampiros. Estos se presentaron, pero ella no quería hablar, quería irse. Apretó las manos formando dos puños, y sin decir una sola palabra, subió a su dormitorio.

Su hermano James frunció el ceño al verla con tal actitud.

—¿Sabe alguien qué le pasa a Amber? —preguntó señalando las escaleras por las que acababa de marcharse su hermana.

—¡Puedo escucharte y no me pasa nada! —gritó ella desde la distancia.

Calvin y Jay agrandaron los ojos a la vez, dándose cuenta de que esa afirmación era toda una mentira.

—La captura de Matt está siendo difícil para todos —susurro Ely, llena de dolor.

—Siento interrumpir, pero mientras charlamos, *La Orden* continúa teniendo entre sus garras a mi pareja —planteó Olliver.

—¿Esta es toda vuestra manada? —cuestionó Astrid con incredulidad—. Una adolescente llena de hormonas —Levantó la cabeza mirando hacia la planta superior—, una maga que no sabe usar la magia —Se giró para observar a Amanda—, dos lobos curiosos —Miró a los gemelos—, el otro... impulsivo —hizo referencia a James—, y un Alfa sin *clan*.

—Te olvidas de la humana, hermanita —puntualizó Olliver, mostrando una media sonrisa que consiguió ponerle los pelos de punta a Ely.

—¡Se acabó! —soltó Billy—. ¿Queréis tener alguna posibilidad contra *La Orden*?, pues no tenéis a nadie más que a nosotros.

Pasaron las horas y se mantuvieron despiertos el resto de la noche intentando planear alguna estrategia.

Estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina, escuchando con atención la voz melódica de Astrid, cuando de repente intervino Calvin.

—¿Y no es posible que Olliver se comunique con su pareja? Por lo poco que conozco de vuestra raza, tengo entendido que vuestra unión os otorga el don de la telepatía...

El mencionado arrugó la nariz, no quería hablar sobre ese tema. Se levantó de la mesa arrastrando la silla hacia atrás y salió al *hall* de la cabaña.

—Mi hermano no ha completado el ritual... —se lamentó Astrid—. Si hubiese sido así, todo sería más sencillo.

—Pero... habéis dicho que la secuestraron hace un año y medio. ¿Cómo es eso posible? —tanteó Jay.

La pelirroja miró con estupefacción a la familia Lowell.

—Creo que no has hecho bien los deberes, lobito —Esbozó una tenue sonrisa en su boca que rápidamente borró—. Anota bien lo que te voy a decir porque dudo mucho que vuelvas a tener una maestra como yo en toda tu vida.

Los gemelos, James y Amanda prestaron toda su atención a la mujer.

—Sí, nos alimentamos de la sangre de otros seres, sean estos humanos, nocturnos o animales —Astrid realizó una pausa dramática mostrando sus colmillos—, aunque no hay punto de comparación de unos a otros. Cuando encontramos a nuestras parejas, no

tenemos un reloj que nos controle, aunque sí es cierto que no desistimos hasta que conseguimos que el ritual se efectúe.

—¿Es cierto que podéis procrear? —comentó lleno de curiosidad Jay.

—Como iba contando, nuestras especies son distintas, pero al mismo tiempo no lo son tanto. Nacemos, crecemos y nos desarrollamos antes de que se produzca el cambio por primera vez, entre los quince y los veinte años —James asintió con la cabeza. Tenía razón, a ellos también les ocurría—. Cuando eso sucede, debemos aprender a controlar la sed y a evitar la luz solar.

—Entonces eso quiere decir que no podéis convertir a nadie mordiéndole —Amanda necesitaba conocer más del mundo del que ahora formaba parte.

—Yo no he dicho eso, caperucita —Astrid utilizó ese sobrenombre haciendo alusión a la capa que llevaba la maga—. Para tener descendencia, tenemos que pertenecer a la misma raza, y eso sería imposible si mi pareja destinada resultase ser un humano —dijo poniendo los ojos en blanco—. Hace siglos que se prohibió convertirlos, a excepción de casos puntuales.

—¿Prohibido? —preguntó Amanda—. ¿Prohibido por quién?

—Debes ponerla al día con las normas —indicó Astrid mirando a James, y él asintió; era algo que tenía pendiente—, ya te lo explicaré.

—Sí, más le vale hacerlo —comentó Amanda cruzándose de brazos; no le gustaba sentirse tan ignorante. Volvió su atención a la mujer y realizó una última pregunta—: ¿Sois inmortales?

La carcajada que soltó Astrid sonó con fuerza.

—Tanto como lo es cualquier nocturno. Envejecemos a un ritmo muy distinto al de los humanos, y es lógico que haya surgido a lo largo de los siglos ese mito. Pero la realidad es que morimos y que pueden matarnos.

—¿Cómo de lento se envejece? —Amanda miró de reojo a James.

—Querida, tengo doscientos cuarenta y seis años y sigo siendo una niña... Haz los cálculos.

Las emociones de Mandy pasaron por varias fases: asombro, incredulidad, y por último, dolor y enfado. Sí, estaba molesta por lo que eso implicaba porque James era un nocturno y eso significaba que envejecía a un ritmo más lento que el de un humano. Y ella era humana, o al menos eso era lo que había asegurado Billy cuando le soltó la bomba de la magia que corría en sus venas.

—¿Qué te sucede? —le preguntó él, e intentó entrelazar sus manos con las de ella, pero Amanda se apartó.

—Nada, no me pasa nada.

James sabía que estaba mintiendo, frunció el ceño y esperó a que hablase con él, pero lo que hizo Mandy fue levantarse y salir al porche.

¡Estaba loca! «No se da cuenta de que *La Orden* continúa ahí fuera buscándola», pensó. Cabreado por la actitud de su pareja, se levantó y la siguió.

—Que tengas buena caza, lobito —le indico con sorna la vampiresa.



XXV

Desde la pequeña ventana de la planta superior, la más joven de los Lowell observaba cómo su hermano James perseguía a su pareja, que se adentraba en el bosque sin prestar atención a su hermano.

Estaba molesta; muy cabreada, para ser exactos. «¿Es que no se dan cuenta de lo afortunados que son?», pensó mientras cerraba con un impulsivo golpe la contraventana.

Desde la noche anterior, Amber no dejaba de soñar despierta con la imagen del apuesto joven, que por casualidades de la vida, no solo era su pareja destinada, sino que también era un soldado de Sandor.

Intentaba controlar todas las sensaciones que sentía en su interior, pero le resultaba imposible; el corazón le latía con fuerza cada vez que cerraba los ojos y lo recordaba. Tenía un conflicto tremendo y no sabía qué hacer. Le quedaban veintiocho noches hasta perder por completo la cordura, y temía que llegase el momento en el que tuviese que alejarse de su familia para mantenerla a salvo.

Pese a que se encontraba en su dormitorio, había podido escuchar la conversación entre su familia y Astrid, y cuando la vampiresa comentó que convertían a sus parejas, su corazón se quebró.

¿Por qué el destino era tan cruel con ella? ¿Por qué le concedía una pareja inalcanzable? Esas y otras preguntas merodeaban por la mente de Amber, que se estaba volviendo loca intentando alejar lo que su loba interior reclamaba.

Se sentó en el borde de la cama y le entraron ganas de tirarse del pelo. Ojalá fuese para ella tan sencillo como lo era para los vampiros, la idea de convertir a ese chico pertenecía a un mundo utópico. Los lobos no transformaban a nadie con su mordisco, eso eran mitos absurdos creados para atemorizar a los niños.

El vínculo que se formaba con las parejas de los lobos durante el ritual se basaba en entrelazar sus almas y emociones de por vida, pero para que eso fuese posible, los dos involucrados debían sentir algo el uno por el otro.

De nada serviría que Amber buscara a su pareja y la atara de pies y manos, obligándole a copular. Eso, a parte de ser repulsivo, no solucionaría nada. Ese acto sagrado debía realizarse con su consentimiento.

Estaba perdida, pues nunca lo conseguiría; él era su enemigo.

Sin embargo, Amber se quedó pensativa...

«¿Y si consigo que cambie de bando y que se aleje de *La Orden*?»

Era una idea descabellada, que por otra parte consiguió devolver la esperanza a la chica.

No tenía cómo localizarlo. No obstante, se acordó de un detalle. Llevándose la mano al bolsillo de su pantalón, sacó la pequeña tela que su hermano le había arrancado del uniforme en la lucha que habían tenido y se la acercó a la nariz.

Retuvo el aroma en sus pulmones y se deleitó con esa sensación. Amber podía ser la más joven de los Lowell, pero ninguno de sus hermanos era tan bueno en el rastreo como ella. Conseguiría dar con él, y estaba dispuesta a lograrlo.

Mientras tanto, en mitad del bosque, James intentaba convencer a Amanda para que regresara a la cabaña.

«¿Es que acaso está loca?! ¡No se da cuenta del peligro al que se somete saliendo de esta manera!», pensaba él mientras la llamaba.

—¡Amanda, espera! —gritó James, sujetándola del hombro para que ella dejara de caminar y se diese la vuelta.

—¡No quiero! —le espetó.

La tensión se palpaba en el ambiente. Amanda estaba dolida y no entendía por qué se tenía que enterar de determinados asuntos por boca de una desconocida, mientras que James, a su vez, estaba desconcertado ante la actitud de ella.

—¿Estás molesta conmigo? —preguntó de forma inocente él.

—Pues mira, ahora que lo mencionas, sí, lo estoy —Se cruzó de brazos esperando a que él se diese cuenta por sí mismo de lo que le pasaba, pero James seguía sin comprender nada.

En ese instante, el viento comenzó a soplar con mayor intensidad. Amanda se frotó los brazos al sentir el frío repentino que este traía consigo, su cabello se arremolinó danzando a sus anchas y James se quedó prendado de la imagen de su pareja. Deseaba estrecharla entre sus brazos y protegerla de por vida si eso fuese necesario.

La nieve comenzó a caer sobre ambos y una ventisca se formó en cuestión de segundos. Tomando la iniciativa, James sujetó de la mano a Amanda y le dijo:

—Debemos resguardarnos.

No estaban muy alejados de las cuevas, así que avanzaron juntos por senderos inhóspitos, guiándose por el sentido de la orientación de él, dado que Amanda no conseguía ver nada.

Cuando llegaron a su destino, lo primero que James hizo fue quitarle la capa a Amanda; estaba empapada y debía entrar en calor lo antes posible.

—Haré un fuego —le comentó en tono preocupado al verla tiritar.

Bajo la atenta mirada de su pareja, James se acuclilló para recoger del suelo pedregoso y húmedo aquellas pequeñas ramas y trozos de madera que estuviesen secas. Una vez reunidas, se levantó y le pidió amablemente a Mandy que se sentara mientras él prendía el fuego.

—¿No entramos más en la gruta? —tanteó ella para romper el silencio. James estaba demostrando una paciencia que hasta el momento le era desconocida a la chica y quiso mostrarle de alguna manera que lo agradecía.

—No, quiero quedarme cerca de la entrada para controlarla —le explicó él.

Las chispas que soltaban las piedras al chocar entre sí iluminaban las paredes de la cueva. Amanda miraba con admiración a James, mientras que él se concentraba en la tarea.

Cuando el fuego comenzó a brotar, ella colocó las palmas de las manos lo más cerca posible del calor, pero a los pocos segundos, James se encontraba sentado a su lado entrelazando sus manos con las de ella.

—Dime, ¿qué te ocurre? —le preguntó en tono suave.

Amanda expulsó una bocanada de aire y alzó la mirada, fijándola en los ojos de James. Tenía tantas preguntas acumuladas en la cabeza que no sabía por cuál de ellas comenzar.

—¿A qué normas se refería Astrid? ¿Quién o quiénes les prohibieron convertir a los seres humanos en vampiros? —Mandy escupió una tras otra las dudas que tenía, y dejó la que más le atormentaba para el final—: ¿Envejeceré antes que tú y me verás morir, James? ¡¿Cuándo tenías pensado contármelo?!

—¡No pienso dejar que mueras! —levantó la voz, enfadado— ¿Por qué me preguntas tal cosa?

—Por lo que dijo Astrid en la cabaña. Los nocturnos sois prácticamente inmortales y yo soy una humana, o eso creo —Frunció el ceño.

—Vamos a empezar por lo más importante, los magos son humanos, pero pertenecen a la raza nocturna. Si tus poderes no se hubiesen desarrollado, habrías disfrutado de una vida plena como humana. En cambio, uno —enumeró—: eres una nocturna; y dos: eres mi pareja destinada y, por lo tanto, nuestras vidas están ligadas. Viviremos nuestra vida unidos para siempre, sea cual sea su duración.

—Creo que lo comprendo pero ¿qué hay de lo otro?

—No soy un experto en otras especies, incluso habrá cosas de ti que descubriremos juntos. Lo único que sé, y porque mi padre nos lo contó siendo niños, es que hay una serie de normas que hay que respetar.

—¿Quiénes crearon esas normas y por qué? —Amanda estaba impaciente por conocer más sobre ese mundo.

—Se crearon hace siglos, justo cuando finalizó la guerra con *La Orden*. Fueron establecidas para evitar un nuevo conflicto con los humanos, y se ocupan de que se cumplan un grupo de nocturnos: los reyes.

—¿Tenéis una monarquía? —cuestionó Mandy.

—No exactamente. Según papá, son un grupo de guerreros que sobrevivieron a la guerra. El mejor de cada una de las cinco especies de la raza nocturna: Rómulo, un vampiro; Wulf, el lobo; un *cambiaformas* felino, que si mal no recuerdo se llama Sabas; el mago Viggo; y por último, el demonio Astaroth —Ante la mención del último, Amanda agrandó los ojos sin dar crédito a lo que James le contaba.

—¿Has dicho demonio? ¡¿Con cuernos en la cabeza, cola y esas cosas?!

James soltó una carcajada que desconcertó más a su pareja.

—No, no tienen esa apariencia. Los demonios son capaces de convivir entre los humanos sin problema alguno, a diferencia de los vampiros, que deben ser más cautelosos.

—Está bien. ¿Cuáles son las normas que establecieron?

Quería asegurarse de no incumplir ninguna de esas normas, ya que la sola idea de tener que vérselas con cinco guerreros le daba escalofríos.

—Son cinco normas básicas. La primera es que está terminantemente prohibido convertir a humanos; eso solo lo pueden hacer los vampiros, así que no es aplicable al resto — Amanda asintió recordando la excepción de que fuera su pareja destinada—. La segunda, no revelar a un humano nuestra condición; nadie debe conocer nuestra existencia. La tercera, nunca desobedecer una orden directa de los guardianes; así se hace llamar el ejército que está bajo las órdenes de los reyes. La cuarta, jamás comenzar o promover una guerra unilateral sin su permiso.

De esa última, Amanda tenía sus dudas, ¿estaban empezando una guerra con L.O.S.? ¿Deberían haber avisado de lo que estaba sucediendo a los guardianes?

—¿Y la última? Has dicho que eran cinco.

—Todos los nocturnos pueden tener descendencia, pero prohibieron las uniones entre demonios y cualquier otra especie, sea con lobos, *cambiaformas*, magos o vampiros.

—¿Qué sucedería si fuese su pareja destinada?

—Los perseguirían hasta darles muerte.

—¿Por qué? —preguntó Mandy.

—No lo sé con seguridad, me imagino que temen el resultado de tal cruce.

Entre ambos se instaló un silencio que solo fue solapado por el fuerte viento del exterior. James se aproximó a Amanda abrazándola con delicadeza, y cerró los ojos mientras llenaba los pulmones con su aroma. Quería decirle que la amaba, pero creía que era demasiado pronto para sincerarse de tal manera con ella. Era capaz de sentir las pequeñas dudas que aún existían en su corazón hacia su relación, y no la culpaba; era lógico que

pensara que todo había sido demasiado precipitado. ¡Que incluso dudase de que lo que sentía hacia él era producto del ritual!

Sin embargo, se consolaba sabiendo que mientras estuviese entre sus brazos podría protegerla. No vivían en tiempos de paz, pero haría lo posible por mantenerla con vida, aunque eso le costase la suya propia.



XXVI

En la guarida de *La Orden*, cautivo en una celda, se encontraba Matt. Los grilletes de sus muñecas y tobillos estaban tan apretados que se le habían formado laceraciones alrededor de la piel, y las cadenas que lo mantenían sujeto a la pared eran lo suficientemente cortas como para llegar a la puerta.

No era capaz de moverse con agilidad, sentía que su cabeza iba a explotar en cualquier momento, y seguía sin conseguir transformarse. Estaba convencido de que *La Orden* había desarrollado algún tipo de suero que ralentizaba su metabolismo, y eso impedía su cambio. Llegó a esa conclusión al comprobar que las heridas que había obtenido en la batalla tardaban en curarse más de lo habitual.

No obstante, no desistió en su empeño y tiró con todas sus fuerzas de las cadenas. Debía escapar de allí y encontrar una salida, pero antes tenía que encontrar a la chica. Seguía sin creerse que su pareja se encontrara entre esos muros.

De repente, la puerta se abrió; bajo su umbral se encontraba el hombre que había ordenado a los soldados soltar a la bestia contra las mujeres.

Matt gruñó mostrando los dientes y estirando el cuerpo hacia delante lo máximo que pudo. Los músculos de todo su cuerpo estaban en tensión, las venas de su cuello se hincharon y los hombros se le resintieron de dolor.

—Será mejor que guardes las fuerzas, te esperan veintisiete noches en las que desearías no haber nacido —Matt se quedó petrificado ante las palabras del humano. Se habían dado cuenta—. Sí, veo que sabes a lo que me refiero.

La mirada del hombre se tornó más remota, y en ella Matt vislumbró una excitación que le dio a entender que disfrutaba de todo lo que hacía. Se fijó en que hacía un gesto con la mano, y cuando se percató de lo que sucedía, la respiración se le atascó.

—Profesor Latius, ¿dónde la colocamos?

—¡No! —gritó con toda su alma, deseando soltarse y saltar sobre los soldados que sujetaban de los brazos a su pareja destinada— ¡Soltadla, hijos de puta!

Sin prestar atención a las demandas que Matt realizaba, el profesor señaló el otro extremo de la celda, que estaba preparada con unos grilletes similares a los que tenía él puestos.

—Os dejaré unos minutos para que os conozcáis, y luego... —comentó Latius pasando la palma de su mano por la barba y mostrando una sonrisa espelúznate—. Luego vendremos a visitaros.

—¡Os mataré! —bramó Matt mientras cerraban la puerta.

Tiró con más ansias de sus brazos y piernas, rogando para que su fortaleza regresase, pero nada cambió. Cuando recuperó el aliento y consiguió soltar un grito lleno de frustración, escuchó el lamento de la chica que se encontraba tendida en el suelo, sujetándose las rodillas con las manos. Su pequeño cuerpo temblaba mientras sollozaba en un tono bajo.

—Lo siento, no era mi intención asustarte —le indicó él, pero no obtuvo respuesta alguna de ella y decidió probar a preguntarle algunas cosas para saber si así tenía más suerte—: ¿Cuánto tiempo hace que estás retenida?

Nada, lo único que se oían eran los quejidos de la chica.

Para cualquier individuo que perteneciese a la raza nocturna, descubrir a su pareja destinada era sin duda alguna un acontecimiento asombroso. Muchos soñaban con ese instante durante décadas, e incluso los había que jamás daban con la suya.

No obstante, Matt en ese momento no podía sentirse agraciado en absoluto. Su instinto le instaba a proteger a la joven y no era capaz de hacerlo; era frustrante.

El mayor de los Lowell soltó una bocanada de aire y se dejó caer contra el suelo; por su mente pasaron mil dudas. Se preguntaba si la razón por la que no le dirigía la palabra era debido a su desnudez, sabía que las mujeres podían llegar a ser muy pudorosas. Sin embargo, desechó esa idea al recordar que le había visto matar a la bestia y transformarse en un ataque de ira sin precedentes.

—Jamás te haría daño —murmuró fijando la mirada en las palmas de sus manos.

—Cómo voy a creerte si eres una de esas bestias...

Un dolor inmenso atravesó el corazón de Matt. Ella le tenía miedo, puede que incluso asco por lo que era. Apretó la mandíbula con rabia soltando un gruñido por lo bajo, y ella dio un respingo al escucharlo.

—Yo tengo alma, la bestia que os atacó no —puntualizó.

En ese instante notó cómo la respiración de la muchacha iba recuperándose poco a poco. Volteó la cabeza para mirarla, pero esta seguía en la misma posición. Echó la cabeza hacia atrás, y sus ojos recorrieron el alto techo de la celda mientras su mente se alejaba y la preocupación por su familia regresaba con fuerza.

Fue en ese momento cuando recordó un detalle, y bajando el volumen de su voz, intentó ser lo más dócil posible.

—Hace dos meses mi hermano James rescató a una mujer del río, es posible que la conozcas... —Matt intentó agudizar el oído. Todos sus sentidos estaban adormecidos,

pero le dio la sensación de que la chica acababa de contener la respiración—, su nombre es Amanda y vive con mi familia.

—Mandy, está... ¿está viva? —Matt sonrió al escuchar otra vez la voz de la muchacha. Seguía sin mirarle, pero eso era lo de menos en ese momento. Tenía un tono dulce y sedoso que consiguió hacerle olvidar por un segundo dónde se encontraban—. ¿Cómo sé que no me engañas?

—Está viva y es feliz junto a mi hermano. No te miento. Para ser sincero, cuando llegó no fui muy agradable con ella; sabía que ocultaba algo. Pero nunca me imaginé que se debía a ellos —Dudó durante unos segundos si contarle más detalles, y al final decidió no hacerlo, ya que conseguiría exponerla a un peligro mayor—. En más de una ocasión mostró tener temperamento —murmuró recordando el día que reprendió a James por llegar con una pieza de caza.

—Espero que no den con ella —susurró.

—Mi hermano la protegerá.

—Nadie puede protegernos, estamos solas.

—Tú no lo estás, yo estoy aquí. Como se atrevan a tocarte, desearán no haber nacido —La chica volteó la cabeza por encima del hombro, y él se quedó prendado al instante de los ojos grandes y asustadizos que mostraba; eran de un tono oscuro casi negro. Carraspeó y le dijo—: Por cierto, mi nombre es Matt, Matt Lowell. ¿Cuál es el tuyo?

—Me llamo Ava —murmuró la joven.

«Ava...», repitió para sí mismo, sin dejar de observarla ni un instante.



XXVII

Con los primeros atisbos de luz de la mañana siguiente, el temporal que había azotado durante toda la noche amainó.

James sostenía entre sus brazos a su pareja, mientras ella dormía despreocupada. Acarició su larga melena rubia, recordando la pasión con la que habían unido sus cuerpos horas atrás.

No estaba cansado; es más, si por él fuese lo repetiría de nuevo. Pero si no regresaban a la cabaña en breve, su padre sería capaz de presentarse, y tampoco quería que su madre se preocupara más de lo que ya estaba, creyendo que los habían podido capturar como a Matt.

Inconscientemente, soltó un pequeño gruñido. La ira lo inundó y se juró que *La Orden* pagaría si le pasaba algo a su hermano mayor.

Sintió cómo Amanda se despertaba y bajó la mirada. Los ojos celestes de ella lo apaciguaron un poco, y besó sus labios con lentitud, agradecido de tenerla a su lado.

—Debemos partir —le indicó su amada.

Aunque James sabía que tenía razón, no pudo ignorar el aroma a excitación que desprendía Mandy. Se inclinó sobre ella y cubrió de nuevo sus labios, recibiendo a cambio todas las sensaciones que podía percibir gracias al vínculo.

Amanda encorvó la espalda al notar la lengua de él recorriendo su cuello, y su temperatura aumentó de golpe cuando sintió las manos de James sobre todo su cuerpo.

No podía alejarse de él, su respiración se volvió errática, maravillada por todo lo que significaba James: entrega, lealtad, determinación, honor... Deseaba entregarle su alma del mismo modo en que él manifestaba su pasión y certeza por ella.

Jadeó su nombre buscando su mirada, y cuando él alzó la vista, encontró el valor preciso para entregarle su bien más preciado, su confianza.

Separó con las puntas de los dedos la capa que cubría su cuerpo, dejando entrever el escote de su pecho. Levantó la cadera apoyando los talones en el suelo y se retiró el pantalón que llevaba puesto. La gélida mañana acarició sus partes íntimas y la piel de todo su cuerpo se le erizó.

Como si de un depredador se tratase, James atacó sin piedad y bajó metiendo la cabeza entre sus piernas. Comenzó a lamer, a chupar y a saborear cada pliegue, sin apenas dar un respiro a Mandy para recuperar el aliento.

Los quejidos de lujuria resonaban en la cueva mientras James luchaba con todas sus fuerzas para no perder el control. Deseaba complacer a su amada, quería adorarla tal y como se merecía, aunque eso significara tener que tomarse las cosas con calma.

Mandy estaba en el Nirvana, había cerrado los ojos y se dejaba llevar por cada sensación compartida entre ambos. Colocó las palmas de las manos en la cabeza de James, instándolo a que continuase. El suave vaivén de su pelvis se vio interrumpido cuando él se alejó e inspiró profundamente.

—Lo siento, esto es demasiado —inquirió lleno de urgencia, mientras abría la cremallera de su pantalón y sostenía con una mano su enorme erección—. Te necesito.

El pecho de Amanda subía y bajaba con rapidez, no fue necesario verbalizar que ella también lo quería. Tan solo separó más sus rodillas y se inclinó hacia delante para agarrarle de las nalgas con las manos y reafirmar la misma urgencia que él mostraba.

Soltando un exabrupto gruñido, entró de una sola embestida en su vagina. Dolor y placer se mecían en la cuerda floja, y por alguna extraña razón, a Mandy le gustaba.

Clavó las uñas en su piel cuando la penetración se volvió más profunda.

El lobo mostró una vez más su genética, y como iba ocurriendo en los últimos días, salió de su interior para luego darle la vuelta, dejándola de rodillas y con el trasero en pompa.

Amanda abrió de golpe los ojos al sentirlo de nuevo entrar con mayor ímpetu. En esa postura, James era capaz de hacerle ver las estrellas.

Lo animó moviendo la cadera al ritmo que le marcaba, y él no dejó ni un instante de acariciar cada palmo de su piel. Usando los dedos índice y pulgar, James realizó pequeños círculos sobre su clítoris mientras entraba y salía, una y otra vez sin descanso, consiguiendo que sus músculos comenzasen a mostrar los primeros síntomas de placer. Primero palpitó de manera suave, sintiendo un hormigueo insaciable, y poco después, le apretó el miembro de una manera casi delirante.

Justo antes de alcanzar el éxtasis, notó el mordisco en su cuello, y fue ahí cuando ambos explotaron llegando al clímax.

Sudorosos y sin aliento, James susurró mientras la abrazaba:

—Te amo.

Mientras tanto, en la cabaña, la vampiresa Astrid dudaba seriamente de la capacidad de los Lowell para enfrentarse a *La Orden*. Su lealtad era con su hermano, la familia era lo primero.

Asqueada, paseaba por la habitación de la pequeña mocosa. Había amanecido y, por desgracia, el cielo estaba despejado. El patriarca le había dicho que se cobijase allí, y su hermano se hallaba en la habitación contigua.

Hubiese sido mejor que la tormenta de nieve no amainase, ahora debían permanecer en la oscuridad para que los rayos del sol no los quemasen. No tenían inconveniente en salir cuando el tiempo lo permitía y el cielo estaba cubierto de un hermoso gris, pero en esta ocasión debían esperar.

Se tumbó boca arriba encima de la cama y suspiró con resignación. Un extraño olor llegó a su nariz y frunció el ceño.

Se incorporó dando un salto y levantó el colchón como si de una hoja se tratara. Allí estaba la pequeña prenda de la que procedía ese aroma a humano...

La sujetó entre sus manos y mostró los colmillos dando un siseo.

—¿Qué estás haciendo?! —le preguntó alterada Amber al entrar en su dormitorio.

—¿Qué significa esto? —inquirió Astrid.

—¡Dámelo, no es tuyo! —exclamó la joven.

Alejando la prenda de Amber, Astrid insistió una vez más:

—¿Qué demonios haces con esto? —preguntó de nuevo, convirtiendo su mirada en amenazadora.

Amber no podía consentir que se perdiese el aroma del soldado por culpa de la manipulación de la vampiresa. Y mucho menos iba a aceptar que nadie le exigiese explicaciones; si debía dárselas a alguien, sería a su padre, y para evitar que eso ocurriese tenía que actuar con astucia.

Sorprendiendo a la mujer, se dirigió hacia el ventanal y abrió de golpe la cortina, permitiendo que entrase en la estancia toda la luz posible.

Sabía que eso no la mataría, se necesitaba mucho más que el toque del sol para acabar con la vida de un vampiro, pero al menos le daría tiempo.

Escuchó el grito de dolor que emitió Astrid, quien inmediatamente se cubrió el rostro con los brazos, y se acercó a ella para quitarle la tela de la mano.

—Lo siento —susurró.

Cerró con la misma premura la ventana y salió de su habitación a todo correr. En el camino se chocó con Olliver, y con él también se disculpó, con lágrimas en los ojos.

No quería hacer daño a nadie, y por eso tenía que tomar una decisión sin más dilación.

Salió de la casa escuchando cómo sus hermanos la llamaban, pero no quiso mirar atrás. Se alejó corriendo y se metió en la espesura del bosque. Era capaz de oír las pisadas de su

hermano James y de Amanda, que se acercaban en dirección sur, así que decidió huir hacia el norte. Debía encontrar a su pareja, y con suerte, convencerle de que soltase a su hermano Matt. «Puede que así nadie muera en el camino», pensó con dolor.

Los improperios que soltaba Astrid por la boca llegaron a los oídos de James bastante antes de que cruzase el umbral de la cabaña.

Siguiendo el sonido de las voces, se dirigió a la cocina, que se encontraba en la más absoluta penumbra. Allí estaba toda la familia observando a la vampiresa que, sentada en una silla, miraba su rostro en un espejo de mano con un mango metalizado.

—¡La muy perra me ha quemado! —se quejaba a voz viva.

—Venga, no es para tanto, con unas horas de descanso te habrás recuperado —le decía su hermano Olliver.

—Me recuperaría antes con sangre —escupió las palabras, iracunda.

—Tiene reflejo —susurró Amanda señalando con el dedo a la convaleciente.

—Mito —zanjó la duda Billy, interviniendo—. No comprendo qué le habrá ocurrido a mi hija para actuar de esa manera —Negó con la cabeza.

—¡Me importa una mierda de demonio lo que le pase por la mente! —volvió a estallar la vampiresa—. Solo le pregunté por la tela del soldado que guardaba en su habitación y enloqueció.

—¿Qué? —indagaron al unísono todos los Lowell.

Sin embargo, en ese momento algo le ocurrió a Mandy...

En un descampado, cerca del río, la suave brisa del viento mecía los árboles, y el murmullo del agua sonaba de fondo.

Los gemelos mostraron sus dientes afilados y clavaron sus garras en el suelo nevado. Billy encabezaba el grupo, preparado para saltar en cualquier instante; su forma de lobo era impresionante.

Los vampiros siseaban, ansiosos por la batalla, y mostraban con rabia sus colmillos puntiagudos. A su vez, James se mantenía al lado de Amanda, fiel y protector. Ella acarició el pelaje de su pareja y mostró preocupación.

Las figuras sombrías de los soldados de Sandor aparecieron entre la espesura. Era hora de luchar.

Amanda volvió en sí, pestañeó varias veces y se fijó en que todos la observaban.

—¿Qué has visto, maga? —masculló Olliver.

—Tenemos que prepararnos, van a venir a por nosotros —sentenció ella.



XXVIII

Ese mismo día, los Lowell comprendieron dos cosas: la primera, que Amber no regresaría pronto; y la segunda, que debían prepararse para enfrentarse a *La Orden*. Durante varias horas intentaron dar con el rastro de la pequeña, pero era astuta, y muy buena cubriendo sus pasos.

Al llegar la noche, las heridas causadas por los rayos del sol en el rostro de Astrid habían desaparecido. Salió a la entrada de la cabaña y se fijó en lo que estaban realizando los Lowell.

Olliver mostraba a los gemelos diferentes maneras de reducir a un atacante, e instaba a los chicos a que fueran a por él con todas sus fuerzas. En el lado opuesto, Billy vigilaba con atención cada movimiento que realizaban, mientras que su hijo James y la maga mantenían una acalorada discusión.

—Lo he visto, iré —le decía ella.

Su pareja soltó un gruñido lleno de inconformidad y apretó las manos formando dos puños.

—No dejaré que te pongas en peligro —Para sorpresa de todos, su voz sonó temerosa.

—Eso lo decidiré yo —replicó ella, alejándose de él a paso acelerado.

Cuando se cruzó con Astrid, esta le comentó:

—Vaya, pero si Caperucita tiene carácter... —Lo único que consiguió a cambio con esa declaración fue una mirada asesina. La vampira puso los ojos en blanco y decidió intentarlo de nuevo—: ¿Por qué no estás entrenando como el resto? —le preguntó haciendo alusión a James, que se acababa de unir a los gemelos y a su hermano.

—No quiere que vaya —masculló irritada.

—¿Por ser una mujer?! —exclamó sintiendo cómo la rabia aumentaba a pasos agigantados en su interior. Odiaba la doble moral que muchos humanos y nocturnos

compartían, siempre subestimando la fuerza de las mujeres.

—No lo creo —aseguró Amanda, llevándose la mano al pecho—, tiene miedo.

—Eso no nos ayudará a vencer —le indicó—. Deberías intentar mejorar tus habilidades. Si consiguieras canalizar la energía...

—¿A qué te refieres? —Amanda ladeó la cabeza con interés.

—Escuché cómo Jay alardeaba de tu poder, comentó que fuiste capaz de lanzar por el aire a un soldado con un simple movimiento —Imitó el gesto con las manos descrito por los chicos.

—Fue algo puntual, no lo controlo —aseveró ella.

—Pues será mejor que empieces a practicar, si no quieres que nos maten a todos —le soltó sin medias tintas—. Podrías empezar por probar con aquellos tablones de madera —Los señaló.

—Son para el tejado de la nueva edificación que James está construyendo —comentó con tristeza al recordar que Matt y Amber ya no se encontraban con ellos.

—Hazlo, no pienses, actúa —inquirió Astrid, enérgica.

Fijando la mirada en las pesadas tablas, Amanda concentró toda su atención en desplazarlas. Retuvo el aire de los pulmones y extendió el brazo derecho. El murmullo de los gemelos, los gruñidos de su pareja y la risa airada de Olliver la distraían.

Cerró los ojos, cansada, y una gota perlada de sudor bajó por su frente a causa del esfuerzo. Encorvándose hacia delante, apoyó las palmas de las manos en sus rodillas mientras respiraba con dificultad. Se estaba rindiendo.

Astrid chasqueó la lengua con disgusto.

—¿Qué crees que ocurrirá cuando den con tu familia? ¿Acaso piensas que los matarán con rapidez? No, eso no sucederá. Lo que harán será descuartizarlos lentamente, uno por uno, y cuando se cansen de jugar con sus vísceras, los utilizarán para experimentos.

—¡Cállate! —gritó Amanda.

—Sin embargo, eso solo les pasará a los gemelos —continuó sin prestar atención a las quejas de la maga, que le rogaba que se callase—. Tanto a Billy como a vosotros, al estar emparejados os torturarán hasta que flaqueéis. Y cuando eso suceda, matarán a uno para estudiar el comportamiento de un lobo sin alma.

—¡He dicho que te calles! —volvió a insistir, alzando la voz de tal manera que todos se giraron para observar lo que sucedía.

—Pero estoy segura de que cuando se den cuenta de tu estado...

La tierra comenzó a temblar, y pequeñas piedras se alzaron del suelo rodeando el cuerpo de Amanda. Su largo cabello rubio danzaba por el aire como si se tratara de una medusa, pero lo que más impactó a la vampiresa fue comprobar el color que habían adquirido sus ojos.

¡Eran blancos!

Con un simple movimiento de mano, movió sin esfuerzo alguno una de las tablas dirigiéndola hacia ella, que esquivó haciendo uso de su velocidad sobrenatural. La risa que soltó Astrid logró que Amanda regresase en sí, pero en cuanto sucedió, cayó al suelo sin fuerzas.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó James, malhumorado, mientras se arrodillaba para alzar en sus brazos a su pareja.

—He despertado su poder —comentó la vampiresa, orgullosa.

—Aléjate de ella —le ordenó furioso, pero su rostro se suavizó al acariciar la mejilla de su amada—. Estoy aquí... —le susurró.

Un leve pestañeo fue la respuesta que recibió. Cuando abrió por completo los ojos, se encontró rodeada por todos. No obstante, lo primero que hizo fue llevarse las manos a la barriga.

—Papá, ¿qué le pasa...? —murmuró Calvin.

Billy le ordenó callar al instante, vio la expresión preocupada de su hijo, que no entendía nada, y observó el gesto de Amanda.

Todo cobró sentido.

—James, déjame en el suelo —le indicó ella con voz serena.

—Pero... —Quería replicarle, pero la firmeza con la que sentía a su pareja lo convenció. Asintió y la ayudó a posar los pies.

—¿Podéis subir al tejado? —les preguntó Amanda a los gemelos, ladeando la cabeza hacia ellos.

—Claro que sí —fanfarroneó Jay.

Frunciendo el ceño, James observó la escalada de sus dos hermanos por los laterales de la estructura y se giró para ver a Amanda hacer algo impensable.

Con una convicción arrolladora, realizó un movimiento lento de muñeca dirigido hacia un tablón. Sin embargo, no pasó nada.

Cuadró los hombros y alzó el mentón, decidida a continuar. Canalizar la energía y visualizarla no era sencillo; segundos antes la rabia había sido el motivo por el que lo había logrado, pero no podía depender de ello en caso de estar en mitad de una batalla.

Las piernas le temblaban y, de pronto, la gravedad de su entorno parecía que quisiese engullirla al mismo centro de la tierra. Sin apenas darse cuenta, una lágrima se le escapó y James dio un paso al frente para que desistiera de su intento.

—¡No! Sé que puedo lograrlo —le indicó.

Todos guardaron silencio, esperando con atención, nerviosos por conocer si sería capaz de conseguirlo.

Para James fue sencillo averiguarlo; en el preciso instante en el que la pesada madera comenzó a tambalearse, la esperanza brotó por cada poro de su piel. Era una emoción que le enviaba Mandy y que sentía gracias al vínculo.

Siguió la trayectoria del tablón, que poco a poco iba elevándose, con la vista, y alternó la mirada vigilando cada gesto que realizaba su pareja. Emitió un pequeño gruñido por lo bajo cuando Astrid sonrió con superioridad. No le agradaba la actitud que mostraba, pero debía ser cauto porque no quería desconcentrar a su pareja.

Observó a sus hermanos, que alargaron los brazos para sostener y sujetar la viga. Necesitaron hacer uso de su fortaleza sobrehumana para conseguirlo y, cuando lo lograron, Mandy soltó una bocanada de aire que denotó un agotamiento enorme.

—Enhorabuena, hija —la felicitó Billy, pero al comprobar la tensión que mostraba su hijo, se alejó para darles espacio.

—No cambiaré de opinión, no quiero que estés en mitad de una lucha —James dejó clara su postura. La sujetó por los hombros, los ojos le brillaban y sentía cómo su corazón se encogía, temeroso de perderla.

—No me quedaré de brazos cruzados mientras dan caza a mi familia —le aseguró ella.

—¿Por qué lo haces?, ¿para qué arriesgarse? —No comprendía nada.

—Por nosotros, por ella —afirmó colocando ambas manos sobre su vientre.

En su desesperación intentando que Astrid se callara, había tenido una visión: se trataba de una joven niña de ojos verdes, con una melena larga de mechones rubios, que la observaba fijamente. Tenía el mismo mentón que su padre.

Estaba embarazada.

No sabía cómo se había dado cuenta la vampiresa, pero eso le daba lo mismo, no consentiría que nada le pasase a su hija.



XXIX

En el hogar de los Lowell se palpaba el nerviosismo en cada una de las estancias de la cabaña. Ely intentaba que la angustia no la cegase, tenía a dos de sus cinco hijos en paradero desconocido, y en su interior, rogaba para que tanto Matt como Amber siguiesen con vida.

La incertidumbre la tenía descolocada por completo, quería gritarle a su marido y maldecir a Amanda por haber llegado a su hogar trayendo consigo a *La Orden de Sandor*, pero al mismo tiempo era consciente de que todo eso eran los pensamientos egoístas de una madre preocupada.

Debía estar feliz con la noticia de que iba a ser abuela, pero tenía miedo.

Intentaba que ninguno de sus hijos viese sus lágrimas, y cada vez que le preguntaban si estaba bien, forzaba una sonrisa imaginándose que existiría un futuro para los suyos donde la paz y las risas de su familia inundasen una tarde de verano cualquiera. Que Billy enseñaría a sus nietos a pescar y a cazar, tal como hizo en su momento con sus retoños...

En ese momento, la matriarca de la familia se encontraba en la cocina. Llevaba horas vaciando estantes y organizando especias porque ni era capaz de controlar más sus nervios ni de encubrir la realidad de lo que sentía. Su marido era conocedor de cada una de las emociones que ocultaba, pero él las asumía de otra forma. Se abstraía dirigiendo su ira contra *La Orden*, entrenando a sus hijos para la batalla y advirtiéndoles de que su enemigo no mostraría ninguna piedad cuando se enfrentasen.

Debían ser letales o morirían.

El tarro que sostenía se le deslizó entre las manos y el recipiente se rompió en mil pedazos. Consternada, observó las bayas desperdigadas por el suelo. Las había recolectado con Amber...

—Deja que te ayude —dijo, apareciendo de la nada, Amanda.

—No es necesario, puedo sola.

—Insisto.

La maga separó con cuidado los cristales y colocó en un cuenco los frutos bajo la atenta mirada de Ely, que tardó varios segundos en arrodillarse a su lado para no quedarse de brazos cruzados.

—Tu hijo quiere que me quede contigo, insiste en que no debería acudir a la batalla —le dijo, mientras realizaba la tarea.

—No te dejaré ir y lo sabes.

—No necesito su permiso —insistió ella.

—Te olvidas de que ahora debes pensar en el bienestar de alguien más —Ely alzó la cabeza, buscando con complicidad la mirada de Amanda.

—Pero no puedo quedarme sin hacer nada, ¿y si le pasa algo? ¿Y si le hacen daño o lo capturan? —La voz se le quebró.

—Estarán bien, volverán a nuestro lado. Ya lo verás —le indicó, sin creer sus propias palabras.

—¿Y si eso no sucede? —Tragó con dificultad, sintiendo que la garganta se le cerraba—. No quiero perderle —confesó en voz baja.

Ely agarró su mano.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó. Ella negó moviendo la cabeza muy despacio—. Creo que le gustaría escucharlo.

—Es posible —«Y decirle lo que siento por él», pensó.

—Me acuerdo de lo difícil que era hablar con Billy cuando nos unimos, cada sensación era tan... —Frunció el ceño buscando una palabra que la definiese bien—, intensa —terminó diciendo con nostalgia. Esa época, lejos de todo lo que conocía, había sido dura, pero al lado de su marido tenía la sensación de que todo era posible.

—Tienes razón, lo son.

—¿Crees realmente que venceremos?

Amanda se dio cuenta del cambio de tono en la voz de Ely, estaba rogándole que le diera esperanzas. No quería romper el corazón de la mujer, pero no podía engañarla.

—No lo sé —respondió con sinceridad.

Con esa respuesta dieron la conversación por terminada. Ninguna de las dos quería contemplar esa posibilidad, y decidieron mantenerse ocupadas haciéndose mutua compañía sin volver a sacar el tema.

Dos días después.

Estaba terminada, después de varias semanas trabajando en ella, James había logrado finalizar la cabaña colindante a la de sus padres en la que viviría con Mandy y su futuro

hijo.

Entusiasmado, le mostró cada rincón a su pareja. Las pisadas sonaban con fuerza formando un eco por toda la estancia, y la voz de James tronaba poderosa.

—Aquí pondremos el salón —le indicó, para luego mostrarle el gran ventanal del que dispondrían—. Sé cuánto te gusta el calor de una hoguera, así que he colocado la chimenea en el centro de la casa para que se distribuya bien.

—Es preciosa, James.

—Espera, que aún no has visto lo mejor —le dijo agarrándola de la mano, para arrastrarla escaleras arriba.

El hogar que le estaba enseñando no disponía de ningún mueble, y tampoco había puertas. Las ventanas estaban tapadas con tablones, debido a que en mitad del bosque no disponían de esos materiales.

James se propuso elaborar con sus propias manos el mobiliario, pero tenía que conseguir otros materiales que necesitaba en la ciudad. No le gustaba esa idea, y teniendo en cuenta lo que estaba sucediendo con sus hermanos y *La Orden*, dudaba que fuese a pasar en un corto plazo de tiempo. Sin embargo, ante la llegada de su hijo y teniendo a su mujer con él, necesitaba ocupar su mente con cosas positivas, porque la otra opción era demasiado dolorosa.

—Cierra los ojos —la instó.

—No seas tonto y enséñamelo de una vez —se quejó ella.

—Hazme caso, ciérralos —insistió.

Reticente, Amanda bajó los párpados. Era capaz de sentir la emoción de James como propia, además de la expectación y la adrenalina que lo anegaba.

La guio por la planta superior, avanzando poco a poco. Dando pasos pequeños pudo notar la brisa en su rostro.

—¿Puedo abrirlos ya? —preguntó.

—Eres una mujer impaciente.

—Entre otras muchas cosas, pero ya las iras descubriendo —Sonrió.

—Ábrelos —le indicó, susurrándole al oído, situado a su espalda mientras rodeaba su cintura con los brazos y apoyaba el mentón en su cuello.

No tardó ni un segundo en obedecerle.

—Este será nuestro dormitorio —le dijo—, espero que te gusten las vistas.

—James, es... es precioso —le respondió.

Había dejado el triple de espacio para un grandísimo ventanal, y ante sus ojos se podían contemplar las montañas cubiertas por un manto blanco, pero también se vislumbraban los

miles de árboles que el paraje de Alaska poseía. El cielo estrellado dibujaba el firmamento y la luna menguante bañaba con su luz esa maravillosa noche.

Rodeándola, se paró frente a ella. Posó la palma de la mano en su vientre e inspiró con profundidad su dicha. Fijó la mirada en la suya antes de besar sus cálidos labios.

—Te prometo que jamás volverás a sentirte encarcelada ni presa de nada ni de nadie —le juró—. Te quiero, pero libre de ser tú misma, sin miedos ni fantasmas que te acechen. Pero en el caso de que llegue alguno, te aseguro que no pararé hasta que desaparezcan del todo, porque mi cometido en esta vida es, entre otras muchas cosas —Sonrió con picardía—, que te sientas segura y que alcances la felicidad. Te amo, Amanda, y lo eres todo para mí.

—¡Oh, James! —Amanda lo abrazó con fuerza mientras las lágrimas le caían por las mejillas—. Yo, yo también te amo. No sé en qué momento sucedió ni me importa. Pero no quiero perderte, tengo tanto miedo a lo que pueda pasar...

—Imagínate por un segundo nuestra vida entre estas paredes, criando a nuestro hijo...

—Hija.

—¿Qué?

—He tenido una visión y he visto una niña.

—¿Estás segura? —Alzó una ceja mientras le acariciaba la barriga aún plana—. Podríamos tener gemelos...

—Espero que estés bromeando —le dijo ella poniéndose tan blanca como el paisaje que había en el exterior.

—Déjame asegurarme —continuó él, arrodillándose en el suelo de madera para posar su oreja en su vientre—. Ahora guarda silencio y permíteme oír a nuestro hijo.

Mandy se dio cuenta de que se estaba burlando de ella, iba a replicarle y decirle que lo dejase. Pero en su lugar, lo que sucedió fue algo muy distinto.

No fueron necesarias las palabras, el amor que James proyectaba era tan inmenso que colmó su corazón. Supo cuál fue el instante exacto en el que oyó a su bebé porque a ambos se les cortó la respiración.

—Voy a ser papá —comentó con la voz entrecortada alzando la mirada.

—Vas a ser un buen papá —le indicó ella, emocionada.

Él se levantó.

—Y tú serás una magnífica madre.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque eres mi elegida, la única que posee la mitad de mi alma.

Ambos se fundieron en un beso pasional. Estaban empezando a conectar de una manera que iba más allá de lo carnal; se trataba de algo tan elemental como la noche y el día

fusionándose en una sola esencia.

Y esa fuerza mística que los unía sería un arma de doble filo, porque la batalla estaba muy próxima, y en ella estaban en juego sus vidas.



XXX

Agazapada detrás de un matorral, Amber esperaba en silencio a que su presa se acercase lo suficiente como para abalanzarse sobre ella. Meció la cadera alternando el peso de las patas traseras, y cuando la tuvo lo suficientemente cerca, pegó un salto.

Le mordió con fuerza en la yugular, estaba hambrienta; llevaba dos días sin comer y necesitaba recobrar fuerzas. La desesperación por llenar el estómago con algún tipo de alimento logró que se olvidase de todo escrúpulo, arrancó un pedazo de carne y tragó sin apenas masticar.

Sin embargo, en el momento en el que el trozo del zorro se deslizaba por su garganta, una arcada consiguió que se alejase vomitándolo de inmediato. Convulsionando, la pequeña de los Lowell dejó atrás la forma de loba, recuperando su forma humana.

—Esto es asqueroso —murmuró mirando de reojo al pobre animal que yacía en la nieve—. A la parrilla y con la salsa de mamá estaría de miedo. Me tendré que conformar — Suspiró.

Se limpió con el antebrazo la boca, dejando un rastro de sangre en la mejilla. Luego, se levantó con dificultad, tambaleándose ligeramente hacia la derecha, y tras recuperar la estabilidad, agarró por las patas traseras a su cena. Tenía que llevarlo hasta la cueva donde se estaba resguardando. Pero antes, cerró los ojos con fastidio; debía asegurarse de cubrir sus huellas para no dejar ningún indicio de dónde se estaba escondiendo porque en cualquier momento podía aparecer de la nada un grupo armado con la intención de acabar con ella.

Estaba convencida de que estaba cerca de ellos porque en alguna ocasión le había llegado su aroma; era eso o que los primeros síntomas de la locura estaban nublando su juicio.

Era la primera vez que estaba tanto tiempo alejada de su familia y los echaba de menos. Además, sabía que la decisión de irse habría causado un dolor enorme en el corazón de su padre. Ella era su niña pequeña, su consentida, nunca le ocultó nada y él siempre había sido comprensivo con cada propuesta que le había hecho. No se negó a enseñarle a cazar, a rastrear, o a construir al mismo nivel que a sus hermanos; siempre la había defendido

poniéndose de su lado cuando su madre se oponía, resaltando que esa no era la manera de criar a una niña.

Amaba a ambos a partes iguales, pero Billy era un nocturno, y vincularse con uno de los responsables de la captura de su hijo mayor era quizá demasiado.

Lo cierto es que le daba miedo confesárselo, decirle que su pareja destinada era un soldado de *La Orden*, un cazador de nocturnos.

¿Su hogar o su destino...?

Le era imposible escoger. Su naturaleza la guiaba hacia los brazos de ese desconocido, y su familia la odiaría para toda la vida. Y para su desgracia, los nocturnos tenían una vida muy longeva.

Al llegar a la cueva, lo primero que hizo fue vestirse: pantalón vaquero, una camiseta de manga corta de color blanco y unos botines. Giró la cabeza acercándose la nariz al hombro, necesitaba lavar esa ropa pronto.

Después, se puso de cuclillas buscando dos piedras, una para darle filo y la otra para golpear la primera; de esa forma conseguiría un cuchillo rudimentario. Tardó varios minutos en conseguirlo, le temblaban las manos porque estaba ansiosa, pero antes debía encender la hoguera.

Se puso a ello, pero la impaciencia la estaba matando. Realizó una muesca en una tabla que había recogido el día anterior, esperando que al meterla en el interior de la gruta se secase. Agarró una rama en forma de palo y comenzó a acumular varias virutas. Frotó con más ímpetu. Debería empezar a salir humo, pero no sucedía nada. Las lágrimas empezaron a acumularse, y apretó los dientes con fuerza.

—No me vas a ganar, soy una Lowell, y los Lowell no se rinden —le dijo a la estúpida tabla mientras una gota se deslizaba por su mejilla—. No lo hacen, luchan por sus objetivos, combaten contra las adversidades, pelean por sus sueños —La voz se le quebró, y un quejido salió de su boca al decir—: juntos, porque la manada siempre es lo primero.

La rabia la invadió y, dando un grito, enfadada, lanzó la tabla lo más lejos que pudo. Se llevó las manos a la cabeza cuando se percató de que lo había hecho en dirección a la nieve. Ahora, además de sola se sentía estúpida.

Se tapó la cara con las palmas de las manos, realizando varias inhalaciones para serenarse. Le estaba costando bastante, pero terminó consiguiéndolo. Un poco más calmada, avanzó por la nieve con la intención de recuperar el trozo de madera inservible. Pero todo quedó en eso, en una intención. Agudizó el oído y alzó el mentón olisqueando el aire para determinar la dirección en la que provenía.

No podía ser, lo había encontrado.

Agrandando los ojos con asombro, y sin creerse del todo que lo hubiese hallado, emprendió el camino olvidándose por completo del cansancio y de su cena.

Agachándose detrás de los arbustos, guardó las distancias; no estaba solo. Iba acompañado por dos soldados armados con rifles. Como era de noche, usaban linternas, pero ella no las necesitaba para ver en la oscuridad.

—¿Estáis seguros de que es este el lugar? —preguntó él.

—Eso es lo que han asegurado —le indicó el que iba a varios pasos por delante de él.

El otro se distanció observando con detenimiento la nieve. Estaba buscando algo, pero el qué solo lo sabían ellos.

Amber ladeó la cabeza para no perder de vista a su pareja. El corazón le latía con fuerza y le costaba controlar su respiración. Tragó con fuerza mientras se clavaba las uñas en las palmas de las manos, intentando controlar a su loba interior.

—¡Ian! —gritó uno de los soldados.

Ella se quedó sin aliento, así se llamaba: «Ian».

—¿Qué ocurre? —inquirió él retirando la pistola y mirando a su alrededor.

—Aquí hay restos de sangre.

«¡Mierda!», pensó la chica.

Se había descuidado al transportar a su presa, un error que le podía costar la vida en caso de que diesen con ella.

—Sigamos ese sendero —ordenó él—. Han intentado borrar sus pasos, estad atentos porque podría ser una trampa.

La muchacha esbozó una sonrisa; su pareja era astuta, se había percatado de la ruta que iba hacia la cueva. Los siguió zigzagueando entre los árboles, escondiéndose detrás de ellos.

—¿Habéis escuchado eso? —cuestionó uno.

Apoyando la espalda en el tronco de un árbol, Amber cerró los ojos con fuerza. Se quedó inmóvil esperando un buen rato.

—Sigamos —dijo Ian.

Ella expulsó el aire de sus pulmones y prosiguió. Pero al girar sobre sus pies, se encontró cara a cara con un soldado que le golpeó con la culata del arma.

Tirada en el suelo, se tocó el mentón porque le dolía la mandíbula. Escupió y varias salpicaduras de sangre salieron disparadas de su boca. Amber alzó la vista con rabia, la ira la invadía.

El soldado levantó el rifle con destreza, apuntándola directamente a la cabeza. Y sin dudar, apretó el gatillo al mismo tiempo que ella usaba las piernas para desestabilizarlo y de ese modo tirarlo al suelo. El disparo se oyó con rudeza pero, por suerte, ella seguía viva.

—¡Ian! —gritó él, alarmando a su pareja.

«¡No, no, no, no! No debería pasar esto», se dijo a sí misma.

El chico comenzó a removerse con nerviosismo, intentando volver a posicionar el arma para dispararle de nuevo, pero Amber actuó con rapidez. Utilizando las piernas, realizó una maniobra para asfixiarlo y apretó todo lo que pudo su cuello hasta que el hombre perdió el sentido.

Sin apenas haber tenido tiempo para recuperarse, notó cómo alguien tiraba de su brazo y la levantaba con brusquedad. Era él, Ian.

Durante un eterno segundo, sus miradas se cruzaron; acababa de desarmarla por completo.

—Llémosla a la base —dijo él, dirigiéndose a su otro compañero—. Avisa para que vengan a recoger a Louis.

—Ahora mismo —le contestó el otro en un tono grave.

—Tú... —Amber señaló al soldado. Ahora que lo tenía a pocos pasos, era capaz de diferenciar su aroma con el de su pareja—. Eres... eres un nocturno.

—Rag, ¿qué está insinuan...? —Ian no terminó la frase; el soldado le pegó un puñetazo, y acto seguido, le disparó.

—¡No! —gritó Amber, que sin dudar, se abalanzó en dirección al soldado.

—¡Quieta! —inquirió Rag.

Los músculos de la chica se congelaron al instante, obedeciendo la orden de inmediato. No tenía ni idea de lo que sucedía, no comprendía nada en absoluto. Observó por el rabillo del ojo a Ian; estaba perdiendo mucha sangre, iba a perderlo.

La desolación invadió el corazón de la pequeña.

—¿Quién eres? —preguntó ella—. ¿Qué eres?

—Eso no tiene importancia ahora —comentó, estudiándola con detenimiento—. Ian es tu pareja destinada, ¿no es así?

No sabía si debía confesarlo, pero algo tenía que hacer. No era capaz de cambiar, tampoco tenía control sobre su cuerpo. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

«Oh, Dios. No puede ser», se dijo a sí misma.

—Contesta —insistió él.

—Sí —admitió con dolor.

—Huye lo más lejos que puedas, se aproxima la guerra y desearás no estar en medio de la batalla —le aconsejó.

—No puedo dejarle —declaró con pesar.

—Lo sé, llévatelo contigo. Os cubriré —comentó dándose la vuelta para agacharse y romperle el cuello al soldado que ella había dejado noqueado—. Han enviado a un grupo para aniquilar a una familia de lobos que vive al noreste.

—¡Oh, no! Debo avisarles —soltó de golpe.

—Es tarde, te llevan más de una semana de ventaja y dudo que en su estado puedas alcanzarles —Señaló con desprecio a Ian.

—¡Eso es por tu culpa! —le chilló ella con atrevimiento.

—No seas insolente, loba, sé que te has dado cuenta de lo que soy. Te ha cambiado la cara al instante —Sonrió él, enseñándole el cambio de color en sus ojos a un rojo carmesí—. Están a unos quince minutos de distancia, debéis marcharos ya.

—Pero ¿pero tú qué harás?

—Terminar la misión que me ha sido encomendada —reveló.

Amber sintió cómo sus piernas y brazos poco a poco volvían a recuperar su autonomía, y de inmediato fue a revisar la herida de Ian. La bala le había dado en el hombro, pero en la caída se había golpeado con una piedra en la sien que lo había dejado inconsciente.

Escuchó que, en efecto, se estaban aproximando a ellos, así que la muchacha tomó la decisión de arrancarse un trozo de su camiseta y presionar la herida para que dejase de perder sangre. Luego, alzó a Ian con dificultad; era una loba, pero llevaba días sin comer y estaba agotada.

Cargando con él a la espalda, empezó a alejarse de allí, echando la vista atrás para comprobar que el demonio no la hubiese embaucado. Pero antes de que la distancia fuese mayor, exclamó:

—¡Me llamo Amber, gracias!

—¿Aún sigues aquí? ¡Corre!

—Tienen a mi hermano Matt, ¿le ayudarás?

—Esa no es mi misión —murmuro él con fastidio.

—Tampoco lo era ayudarme —Tiró de nuevo del brazo de Ian para subirlo a su espalda de nuevo—. ¿Lo harás?

—Vete —ordenó Rag usando su influjo.

Reticente, no tuvo opción alguna a réplica. La pequeña Amber había encontrado a su pareja y ahora la vida de él pendía de un hilo. Por consiguiente, también la suya.



XXXI

Temblando y llena de sudor, Amanda se removía entre las sábanas. Le dio una patada a James, que se despertó al instante con el ceño fruncido. Apoyándose en el codo, se incorporó un poco. Parecía que su mujer estaba teniendo una pesadilla, así que intentó calmarla realizándole caricias suaves y pausadas en el hombro. Depositó pequeños besos en su piel y mencionó su nombre con amor:

—Mandy, todo está bien. Solo es un mal sueño.

Pero ella no despertaba. Con cada segundo que pasaba se ponía más y más nerviosa; él, que sentía su angustia, intentó despertarla con cuidado.

—Mi amor, no estás sola —le comentó dándole un beso en la sien.

—¡Amber! —exclamó ella incorporándose como un resorte; el pecho le subía y bajaba con violencia.

—Mi vida, no pasa nada, estoy aquí. Ha sido una pesadilla —le recordó él, abrazándola con firmeza.

—No, creo que lo que he visto es real.

—¿A qué te refieres con real? —James se distanció un poco para fijar la vista en el hermoso tono azul de su mirada. Al darse cuenta de que estaba siendo precavida para explicarle lo que había visualizado, le entró el miedo y su corazón comenzó a latir con fuerza—. ¿Es Amber? Ella, ella está...

—¡Ella está bien! —aseguró, agarrándole la mano.

—¿Entonces qué ha pasado?

—Ha encontrado a su pareja y *La Orden de Sandor* atacará esta noche —decidió omitir el resto. Había visto pequeños fragmentos, fogonazos fugaces de una pelea, una cueva y disparos. Pero lo que menos necesitan los Lowell en ese momento era tener la preocupación añadida de Amber.

James se levantó de la cama con rapidez para ponerse el pantalón. El ruido en el dormitorio contiguo y los murmullos en la planta baja revelaban que en esa casa no existían secretos para aquellos que poseían un oído sobrenatural.

—Espera, que bajo contigo —comentó Amanda al ver que él estaba a punto de salir de la habitación. Se apresuró en vestirse y ambos bajaron las escaleras.

En el salón se encontraban todos los Lowell, Astrid y Olliver.

—¿Vamos a por esos canallas? —siseó el vampiro.

—Hija, dime antes una cosa —Billy se acercó a la maga con el rostro compungido—. ¿Estás segura de que mi pequeña está bien?

—Lo estoy, es una chica fuerte —afirmó, dándole ánimo tanto a él como a Ely, que se encontraba en un extremo de la estancia, en un segundo plano, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—¿Podemos dejar el drama familiar y centrarnos en lo que importa? —propuso Astrid en un tono mordaz—. *La Orden* quiere aniquilar a toda nuestra raza, ¿sabes por dónde van a llegar?

—No.

—Al menos podrías intentar concentrarte —Olliver realizó un gesto de desdén con la mano.

—No le hables así a mi mujer, *chupasangre* —James dio un paso al frente amenazándole con la mirada.

—Guarda tu ira para *La Orden*, la necesitaremos —planteó la vampiresa.

—Mandy —interrumpió Calvin—, te he visto luchar a nuestro lado y sé de lo que eres capaz. Tengo fe en ti, todos la tenemos.

La presión de tener que indicar una ubicación era sofocante, Amanda temía equivocarse y que su familia saliese herida o algo peor. Inspiró con fuerza; no tenía ni idea de cómo inducir su poder.

—¿Necesitas una ayudita? —Astrid sí era capaz de fomentar la canalización que necesitaba, solo tenía que provocarla un poquito, ya lo había hecho con anterioridad.

—Cállate y deja que me concentre —le respondió la maga con apremio. Sin embargo, precisaba de mucho más.

Cubriéndose los hombros con la capa roja, decidió salir al frío invernal. Bajó los tres escalones del porche, y cuando pisó la nieve, se arrodilló en el suelo.

—¿Qué haces? —preguntó James—. Te vas a empapar.

—Hijo, tu mujer sabe lo que hace —la melodiosa voz de Ely siempre tranquilizaba a todos sus pequeños.

Hundiendo las manos en la nieve, Amanda cerró los ojos concentrándose en su tarea. La familia Lowell confiaba en ella, Amber y Matt la necesitaban también. Al poco rato,

empezó a sentir cómo la energía fluía por sus extremidades y se conectaba con la esencia vital de la naturaleza.

Las imágenes llegaron con dureza a su mente, algunas ya las había visto con anterioridad, otras eran totalmente nuevas, y a la vez preocupantes:

Seis, siete, diez, doce... Hasta veintitrés soldados llegó a contar en el descampado que estaba cerca del río. La suave brisa del viento mecía los árboles, y el murmullo del agua sonaba de fondo.

Alzó la mirada buscando algo que la ayudase a identificar mejor el lugar, se fijó en un árbol de gran tamaño cortado en dos y con signos de haber sido quemado. Revisó el resto de la arboleda que lo acompañaba, estaban bien.

Las figuras sombrías de los soldados de Sandor aparecieron entre la espesura. Era la hora de luchar.

Los gemelos mostraron sus dientes afilados y clavaron sus garras en el suelo nevado. Billy encabezaba el grupo, preparado para saltar en cualquier instante; su forma de lobo era impresionante.

Los vampiros siseaban, ansiosos por la batalla, y mostraban con rabia sus colmillos puntiagudos. A su vez, James se mantenía al lado de Amanda, fiel y protector. Ella acarició el pelaje de su pareja y mostró preocupación.

Las llamas invadían el hogar de los Lowell. Ely yacía muerta en el suelo, a punto de ser carbonizada. Billy se había convertido en un animal feroz que descuartizaba a cada soldado que tenía enfrente.

Calvin y Jay luchaban codo con codo intentando proteger a... ¿su padre?

No, esa parte ya la había visto y no era así. Amber estaba con ellos, ella estaba herida, ella... Negó con la cabeza, necesitaba saber si el final seguía siendo el mismo o no.

Volvió a concentrarse:

Giró la cabeza y vio cómo atacaban a su amado James. Corrió con todas sus fuerzas hacia él, pero era demasiado tarde; las balas atravesaron su cuerpo matándolo al instante.

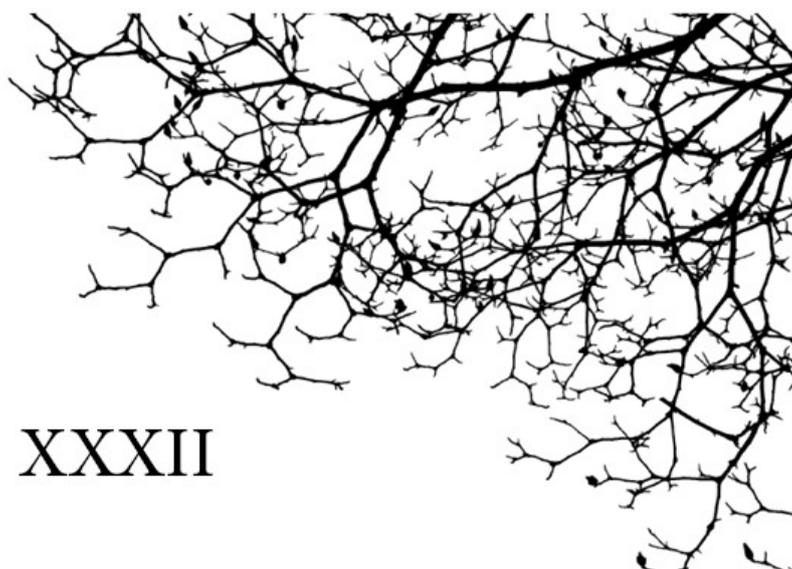
—¡No! —gritó enfadada consigo misma. Se levantó y se dio la vuelta para comunicarles a todos—: Tenemos que ponernos a trabajar ya.

—¿En qué has pensado? —solicitó el patriarca.

—En que somos dueños de nuestro destino y vamos a demostrarlo.

Su pesadilla se estaba materializando. Llevaba soñando con la libertad durante muchos años, y cuando por fin la consiguió, el amor de James la sorprendió, así como lo hizo dar con una familia maravillosa que la abrazó y protegió.

No permitiría que *La Orden* le arrebatase eso.



XXXII

Todo estaba preparado. Ely y Amanda se quedarían en la cueva de la terma, protegidas de los soldados. La despedida había sido complicada. James rogó a su pareja que se mantuviese con su madre, pero ella tenía muchas dudas y temores al respecto.

Amanda intentó centrarse en que debía proteger al bebé que llevaba en su vientre y alejar a Ely del combate. Estaba desafiando al destino, pero la primera en arriesgarlo todo había sido Amber. Con la decisión de ir a buscar a su pareja había modificado los acontecimientos y, gracias a eso, Amanda sabía que existía esperanza.

A varias millas de distancia...

—¿Estáis seguros de cuál es el sitio? —preguntó Olliver.

—Sí, lo estamos —respondió de mala gana James. Tener que dejar a su madre y a su pareja en la cueva le ponía nervioso.

—Hará como unos cinco meses, hubo una tormenta y un rayo cayó cerca del río. Al día siguiente nos acercamos a la zona y vimos el árbol que describió Mandy —le explicó Jay.

—Esperemos que la maga no se equivoque —comentó Astrid.

Se estaban dirigiendo hacia el descampado. Billy levantó un brazo para que guardaran silencio, se estaban aproximando. En cuestión de segundos, se transformó en un impresionante lobo haciendo trizas su ropa; como Alfa de la manada, su constitución física era la más imponente. Sus hijos también realizaron el cambio, posicionándose detrás de él. El primero en aullar elevando la cabeza al cielo estrellado fue el padre, después los demás le respondieron, afianzando de este modo su puesto de autoridad en la manada.

Los vampiros se intercambiaron una mirada llena de complicidad. Las especies de los nocturnos eran muy distintas de unas a otras; para ellos, convivir todos en armonía era simplemente una idea absurda, algo utópico. Quizás por ese motivo la suya convertía a sus parejas.

El río se encontraba casi en su totalidad congelado, avistaron el árbol y agudizaron todos sus sentidos. El aire se volvió más denso; habían llegado, era una realidad.

Mostrando sus dientes afilados, los gemelos clavaron sus garras en el suelo nevado. James gruñó al notar movimiento entre la espesura del bosque. Billy lanzó un ladrido a ambos costados para que guardasen la posición y no se precipitasen. Y los vampiros sisearon con euforia, deseando descuartizar a esos bastardos.

En cuestión de segundos, la tensión del ambiente estalló.

—¡Rodeadlos! —gritó un soldado al verlos— ¡Acabad con ellos!

—¡Tienen a dos vampiros!

—¡Usad la luz ultravioleta!

Astrid no lo dudó, simplemente reaccionó. Con una velocidad casi imperceptible para los humanos, se situó a la derecha de uno de ellos y le partió el cuello, dejando caer el cadáver al suelo. Sin embargo, una bala procedente de otro soldado impactó en su hombro.

—¡Argg! —gritó furiosa. Sus ojos cambiaron de color pasando del verde oscuro al negro absoluto.

Necesitaba alimentarse para curarse con rapidez, así que fue a por el hombre que le había disparado. Tras colocarse a su espalda, clavó sus colmillos en el cuello del humano. Antes de que pudiera dirigir la sangre a todos sus músculos y sentidos para continuar con el combate, vio cómo herían a su hermano con varios impactos en el pecho y la espalda.

Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa, y le dio la sensación de que solo podía observar pasivamente la destrucción de su única familia. No le gustaba cómo estaba transcurriendo la lucha. ¡No era justo!

Ellos eran los buenos, *La Orden* debía desaparecer. Por su mente pasó la idea de que esa sería la última imagen que verían sus ojos en su decepcionante no-vida. No obstante, Olliver se retorció de dolor con un espasmo. Algo se había clavado en su espalda y debía de abrasarle por la forma en que había abandonado todo lo demás para intentar sacárselo.

La respiración se le entrecortó al darse cuenta de que le habían clavado una especie de estaca intentando alcanzar el corazón de su hermano. Colérica, miró a su alrededor. Los gemelos zigzagueaban con rapidez entre los árboles, con la intención de dejarlos sin armamento. El Alfa y su hijo James luchaban cuerpo a cuerpo con cuatro soldados. Nadie le prestaba atención, o eso creía, así que aprovechó el momento que se le presentaba para acudir a ayudar a su hermano.

Estaba luchando por controlar su temperamento y no entrar en pánico. Desgarró con sus uñas la yugular de otro humano y lo arrastró hasta los pies de Olliver.

—Bebe —le indicó, mirándole con altanería. Observó cómo tragaba con ansiedad y sus lesiones comenzaban a menguar. Pero, aun así, necesitaba que fuese letal o no volverían a disfrutar de una noche más—. Ahora levántate y recuerda que tienen a tu pareja. ¿Quieres recuperarla?

—¡Claro que sí! —le respondió él furioso.

—Pues acaba con ellos —apuntó.

Trataba de reconducirlo hacia una ira furiosa que le permitiese combatir sin dolor, dado que estaba convencida de que, tal como se encontraba, debía sentir cómo sus entrañas se retorcerían con un ardor tan potente como el de la luz solar.

Olliver reaccionó tal y como esperaba. Se dirigió directamente hacia la arboleda y ayudó a los gemelos, aniquilando a los soldados uno por uno. Sin embargo, en su cruzada Jay cayó junto a él, con la lengua hacia fuera y sangrando por un agujero en el abdomen.

El patriarca en ese instante rugió, lleno de ira e impotencia. Había prometido a su amada esposa que cuidaría de sus hijos y que todos sin excepción regresarían sanos y salvos. Pero la realidad era otra. Jay estaba malherido y James también había recibido varios impactos, aunque seguía peleando con rudeza.

Volteó la cabeza al notar la cercanía de Ely, su agotamiento... Estaba allí, detrás de Amanda, con un cuchillo en la mano y preparada para atacar a quien fuese. Volvió a girarse, estaban rodeando a James, apuntándole a la cabeza.

Amanda había sentido cada impacto, golpe y contusión que padecía su pareja. No pudo soportarlo, necesitaba ayudarlo. Intentó engañar a Ely para que no se diese cuenta de que pretendía acudir al descampado, pero la mujer era sabia y la siguió.

Se dio cuenta de ello cuando estaban a pocos pasos de la contienda.

Le pidió que se quedase detrás de un árbol, lo más lejos posible de la lucha. Y así lo hizo, pero Mandy no cumplió la promesa que le pidió James. El panorama que tenía delante se lo impidió. Jay estaba tumbado en el suelo, inconsciente, y había perdido su forma lobuna; Calvin lo protegía de dos soldados que intentaban llegar hasta ellos.

Los vampiros se hacían cargo de un grupo de cinco en la otra punta del descampado... Buscó con desesperación a su amor, necesitaba asegurarse de que estaba bien, pero se encontró con que lo estaban rodeando.

Su pecho subía y bajaba arrítmico, le faltaba el aire. Cerró las manos con fuerza y avanzó en su dirección, sin fijarse en nada más. Dejó de oír todo a su alrededor, concentró su energía en tres de los hombres que apuntaban la espalda de James, y usando un esfuerzo sobrehumano, realizó un gesto que los desplazó por el aire a todos.

Sin aliento, apoyó las palmas de las manos en las rodillas y alzó la vista; faltaban otros tres. Pero estaba demasiado agotada, temía no tener fuerza suficiente. Las lágrimas asomaron cuando la última escena de su visión regresó.

Pero algo inesperado sucedió.

Billy dio un salto en el instante en que disparaban hacia su hijo, recibiendo en su lugar todos los impactos.

—¡No, no, no! —exclamó Ely al ver que su esposo caía al suelo en su forma humana e intentaba arrastrarse hasta la base de un árbol.

Los siguientes acontecimientos fueron casi una nebulosa para Mandy, que no se pudo controlar. Se alzó por el aire, y emitiendo una honda expansiva, desarmó a los hombres que quedaban en pie.

—¡Retirada! —vociferó uno de ellos—. ¡Retirada, tienen a una maga entre ellos!

Sintiendo la mano de su pareja en su hombro, Amanda se irguió con rapidez para abrazarlo con vigor. Entre sollozos le pidió perdón una y otra vez.

—Menos mal que estás bien —le susurró al oído, para luego depositar pequeños besos en su mejilla hasta llegar a sus labios.

El llanto de su madre consiguió que parase, se dio la vuelta y comprobó la seriedad de lo sucedido. Su padre se encontraba en muy mal estado, Jay se acababa de levantar y parecía desorientado, Calvin cojeaba, y los vampiros estaban cubiertos de sangre de pies a cabeza.

Todos se acercaron hasta el patriarca en sumo silencio.

—¿Te he dicho hoy cuánto te amo? —le preguntó a su esposa intentando levantar la mano para rozarle la mejilla.

Ella negó con lágrimas en los ojos, era incapaz de emitir palabra alguna.

—Inaceptable —murmuró con dificultad—. Te amo.

Ely acariciaba el rostro de su marido como si pudiese modificar su estado, pero él se encontraba agonizante, peleando con cada bocanada de aire.

Un segundo más tarde, la muerte definitiva llegó a él exhalando su último suspiro.

—¡No!

El grito desgarrador de Ely rompió el corazón de todos.

Epílogo

Alojado en una mísera celda, en la fortaleza de la base de *La Orden de Sandor*, se encontraban Matt y Ava. Le quedaban catorce noches para completar el ritual, y teniendo en cuenta cuál era su situación, él deseaba que no se llevase a cabo. No era digno de ella. ¿Cómo iba a serlo si no era capaz de cuidarla y protegerla de los horrores de la humanidad?

Ava parecía ser una mujer tan dulce, no se merecía nada de eso. ¡No se lo merecía ninguna mujer, hombre o niño!

Los centinelas lo llamaban monstruo, pero ellos eran los únicos animales en ese lugar.

Tras la última visita del profesor, había quedado agotado. Lo mantenían atado con grilletes a la pared de piedra, y las muñecas soportaban el peso de todo su cuerpo, que había cedido al inmenso dolor.

Comenzó a recobrar la consciencia al notar la inquietud de la manada, algo estaba pasando. Incorporándose, tiró de sus cadenas con perseverancia.

—¿Qué sucede? —preguntó inquieta Ava, mirando de reojo a la puerta— ¿Son ellos otra vez? ¿Regresan de nuevo?

Matt no le respondió, soltaba gruñidos de frustración. Era capaz de percibir que su familia estaba en peligro, y solo pensaba en que debía reunirse con ellos.

Al poco rato fue cuando lo sintió en lo más hondo de su alma, su padre había muerto. Colérico, lanzó un grito lleno de impotencia, rabia y desconsuelo. Se olvidó por completo de la presencia de la chica, a la que también habían sometido a pruebas y torturas hacía pocas horas.

Incapaz de procesar sus emociones, Matt enloqueció e intentó liberarse de sus ataduras con tanto empeño, que se fracturó la mano izquierda.

—¡Matt, para! —exclamó ella desde el extremo opuesto de la celda.

Pero él no podía oírla, el sufrimiento por la pérdida de su padre era tan grande, que solo quería aniquilar a quien hubiese ordenado su muerte.

Deslizando la mano dañada, consiguió zafarse de una de las cadenas; comenzaba a percibir la fortaleza asociada al Alfa de la manada. Con empeño consiguió liberar su otra extremidad. Sin embargo, no había terminado, sus tobillos seguían capturados. Se agachó para sujetar los eslabones y, usando toda la entereza que le quedaba, tiró de ellas logrando que se desprendiesen de la dura piedra.

Girando sobre sus pies, desafió con la mirada a los soldados del pasillo que se encontraban detrás de la puerta y lo observaban tras la rendija.

Jamás había deseado ser el Alfa de la manada, pero ahora lo era.

Juró por la memoria de su padre que se vengaría.

A varias millas de distancia.

«¿Y ahora qué haremos sin él?», pensaba James de camino a la cabaña, mientras cargaba con el cuerpo sin vida de su padre.

Miró de soslayo a su madre, a ella también la habían perdido. Su mirada había quedado vacía y sin vitalidad en el instante en el que el alma de Billy la había abandonado. Tan solo habían pasado unas pocas horas y su cabello ya lucía canoso.

Los gemelos escoltaban a la madre a paso lento, situados uno a cada lado, sujetándola de los brazos para ayudarla. Se la veía tan apagada... Habían matado a su marido, a su pareja de vida, y ahora... Ahora solo le quedaba esperar a que le llegase su momento.

Al tratarse de una humana, su metabolismo volvería a la normalidad en cuestión de uno o dos años a lo sumo. Billy Lowell y Ely habían vivido juntos desde que, en 1867, el Secretario de Estado de los Estados Unidos, William H. Seward, realizase un trato para comprar Alaska a la Rusia Imperial. Pensaron que era una tierra llena de posibilidades, donde encontrarían la tranquilidad necesaria para formar una familia. Y así fue durante mucho tiempo, hasta que *La Orden de Sandor* regresó.

James giró la cabeza observando a su querida Amanda, su relación acababa de empezar y ya la amaba con todo su ser. Imaginó compartir con ella el mismo tiempo que lo habían hecho sus padres y le supo a poco.

—Os ayudaremos con la ceremonia —masculló Olliver, dirigiéndose hacia el montón de leña que tenían en un lateral de la cabaña, cubierta con un plástico.

—No es necesario —respondió James posando con cuidado al padre en el porche—. Nos ocuparemos nosotros, sus hijos.

—Sí lo es, Billy Lowell ha luchado con honor y se merece ser despedido como el guerrero que fue —replicó el vampiro.

Calvin y Jay asistieron conforme y esperaron su aprobación. Con Matt en paradero desconocido, él debía asumir el mando de la manada, pero no como Alfa; ese título solo le correspondía a su hermano mayor.

Meditó durante unos segundos cuál sería la respuesta que habría dado el patriarca en su lugar, y al final determinó que no había nada de malo en ello.

La raza nocturna mantenía la creencia de que al quemar a sus difuntos, facilitaban el viaje del alma, del mundo terrenal al espiritual.

El crepitar hipnotizante de la madera ardiendo era lo único que se escuchaba en las inmediaciones del hogar de los Lowell. Todos los asistentes observaban en silencio cómo las llamas se alzaban en el aire.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Ely; no había formulado ninguna palabra desde lo ocurrido, y dudaban que volviese a hacerlo.

El amanecer se aproximaba y los vampiros avisaron de que debían refugiarse pero, antes de eso, Astrid sentenció:

—Esto no es el fin, los encontraremos y acabaremos con ellos.

Los primeros rayos de sol aparecieron, y el fuego de la hoguera poco a poco fue menguando. La familia se encontraba a solas, meditando cuáles serían sus próximos movimientos. James tuvo que tomar una decisión.

—Tenemos que encontrar a Matt —comentó en voz baja, y luego, mirando a los ojos a su pareja, añadió—: Y para que eso ocurra, te necesitaremos.

—Haré todo lo posible —Notando el conflicto que esa petición albergaba, Amanda aceptó, aunque dudaba poder controlar sus poderes.

—Calvin, quiero que te prepares para ir a la ciudad, Jay aún está malherido y debe recuperarse. Hay que avisar a Los Reyes, necesitamos que envíen a los guardianes.

—Iré a prepararme —respondió.

Horas más tarde, James y Amanda se encontraban abrazados vislumbrando las altas montañas nevadas desde un risco. Sabían que *La Orden de Sandor* los acechaba, pero eso no sería ningún impedimento para seguir luchando por su amor, porque incluso en los peores momentos recordaron que existe la esperanza.

Continuará...

Índice

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[Epilogo](#)